

Mujer, política y sabiduría

Micaela Icó Bautista

Tuve diez hermanos en total: siete vivos y tres muertos. Sé que uno vivió tres horas y después murió. Mi mamá quedó muy triste por tanto sentimiento que le dio. Otro murió cuando ella tenía tres meses de embarazo, abortó. Eso fue por cólico, porque su cuñado la regañó, la puteó debido a que unos toros que tenía mi mamá entraron corriendo a la milpa y se comieron unas seis o siete. Aunque no fue tan grave, la regañó. No sabía que estaba embarazada. A los ocho días empezó a sentir dolor. Preocupada, le pregunté:

¿Qué le pasa, mamita?

¡Ay, no sé!, siento que me voy a morir.

¿Por qué? ¿Qué te pasó?

Me voy a morir.

No me quería decir porqué, pero como soy preguntona y me daba lástima mi mamá, finalmente me dijo:

Mira. Era un bebé... de tres meses ya. Se mira que es un niño, un varoncito, lástima, ni modo...

Empezó a llorar y mi papá lo llevó a enterrar. Mi mamá tenía mucha hemorragia y no sabía qué hacer. Mi papá se enojó, no quería darle atención, pues pensaba que no le dolía.

Aunque estaba chiquita, yo me preocupaba mucho. Mi papá me regañaba para que me fuera a la escuela, creo que tenía diez u once años. Mi mamá también me decía:

Ya, apúrate, vete, déjame sola. Déjales comida a tus hermanitos y a tus animalitos.

Y todo porque ella escuchaba lo que mi papá me decía, y ni modo.

A mí me gustaba ir a la escuela a estudiar, a leer, y decía el maestro que si fallaba, no aprendería. Pensé que tal vez fuera cierto y entonces me fui. Nada más le dejé agua y atolito de maíz a mi mamá. Me llevé mi libreta, pero me fui triste, pensando en lo que sentiría mi mamá, si estaría bien, si el petate en que estaba durmiendo estaría

seco, a la orilla del fuego.

Me sentía triste porque no se veía bien. Seguía acostada, lloraba, se le salían las lágrimas. Ese día me sentía triste, no me concentraba.

Cuando regresé a mi casa, ella seguía acostada. Salí a las ocho de la mañana y regresé a las dos de la tarde, y sólo había tomado el atolito que le di. Le pregunté cómo se sentía.

Mi papá salió a trabajar. Al regresar me preguntó: “¿Ya hiciste fuego? ¿Las tortillas? Apúrate, pues...” Le di su tortilla y su pozolito. Él pensaba que ella no sentía hambre ni dolor.

Estoy triste. Como soy la más grande, ¡pucha!, mis hermanitos empezaron a pedirme: “Quiero comer, quiero eso...” Tengo que hacer fuego, frijoles, nixtamal... Mi papá quiere que siempre tenga algo preparado.

Mamita, ¿qué tienes, pues?, ¿por qué no te levantas?

Me siento triste.

Mi mamá no camina y mis hermanitos lloran, están sucios. Quieren su comida. Pobrecita mi mamá. Tengo que hacer fuego, cocer mis frijolititos, preparar mi nixtamal, traer mi leña, porque si no, mi papá me va a regañar. No le gusta que no tenga nada para comer. Me apuré a hacerlo. Luego le pregunté a mi mamá:

¿Qué sientes, pues, mamita?

Ay, hijita, ¿sabes qué? Pásame mis naguas, no me puedo levantar...

Ahí empezó a decirme qué era el aborto. Yo no sabía que mi papá ya lo había enterrado. Mi mamá me explicó bien. Le pasé su ropita para que se cambiara y le ayudé a cambiarse. No tengo mucha fuerza para atenderla, pero pienso qué puedo hacer por ella. Le duele... creo. No conozco cómo es eso, pero veo mucha sangre. Empecé a llorar.

¿Qué le pasó? ¿De dónde le sale? le digo.

Pensé que le había picado algo, y le pregunté. Me dijo la verdad. Me acuerdo de su cara, empezó a llorar:

Tú no llores, hijita. Si me muero, cuídate y cuida a tus her-

manitos, no se peguen, quiéranse...

Me puse a llorar.

No llores. Si me voy a morir, pues ni modo. Y si no me voy a morir, quién sabe qué voy hacer. Nada más que pare un poco la sangre...

No me acuerdo cuánto llevaba con la sangre. Cuando se cambió de ropa, habían pasado tres días desde que enterraron el bebé, y como que a mi papá no le interesaba. Se iba a su trabajo, a traer leña, salía mucho. A mí me preocupaba mi mamá. Pensaba: "¿Por qué no tendré conocimientos para saber qué medicina le puedo dar?"

¿Qué quieres, mamá? ¿Quieres café? pensaba que el café era medicina . ¿Quieres café dulce o amargo?

¡Aha! Café no quiero. ¿Sabes qué? Tráeme agüita de pozolito, quiero el agua calientita me dijo muy cansada.

Mi corazón se pregunta qué voy a hacer.

Salí corriendo a traerle su agüita de pozol. Como no hay quien lo muela, lo metí en el molino.

¿Cómo quieres tu pozol: finito o enterito?

Finito. Aprieta tu molino bien, m'ijita... lo hago rapidito.

Después vinieron mis hermanos chiquitos gritando:

Yo también, yo también...

Ay, espérenme les digo .

Preocupada por mi tarea, no me doy cuenta de que se está tirando la masa. Como tenemos animalitos, pollos y puercos, vienen también a pedir su comida.

Ay, hija, ve tus animalitos dice mi mamá , han de tener hambre, dales su maíz, algo que comer.

Me voy corriendo. Mi mamá me manda a hacer mandados. Me siento alegre, pero la sangre no para. No sabía si mi papá entraría a pelear con mi mamá. Me quiero quedar con ella, pero mi papá no quiere que pierda mi clase.

No sé quiénes fueron a traer una curandera, a una partera que conoce de plantas. No supe si la vio mi papá, aunque creo que fue él quien la llamó.

Buenos días, doña María, ¿cómo estás?

Empezó a llorar mi mamá. La partera le dijo que don Pedro la llamó.

¿Qué te pasa? ¿Qué sientes? Estás mal, ¿cuantos días ya?

Mi mamá le dijo.

Ah, bueno, así que aguantaste. ¿Por qué esperaron tantos días? Fue mucho tiempo. ¡Cómo son...! ¿Qué no ven que hay mucha sangre? Esto es aborto, es peligroso, ¿acaso son animales?

Híjole, ¿qué voy a hacer? dijo mi mamá llorando.

Mira... a cada rato te enfermas, mejor muérete contestó mi papá.

¡Pucha!, cuando escuché eso, se me secó la garganta. ¿Por qué dice eso? ¿Pide que muera mi mamá? No lloré, pero no supe qué hacer...

Ahora que lo pienso, soy la mamá de mis hermanitos, así lo veo: les doy de comer, veo eso de la higiene de los chiquitos. ¡Ay, híjole! Yo los atiendo, me preocupo por mi mamá.

Mmm, Dios, no es posible que le digas eso a tu mujer; está muy mal dijo la partera.

Mi papá no contestó. No sé qué tanto dijeron, porque salí a ver por qué lloraban mis hermanitos. La partera me llamó:

Órale, Mica, vente y trae corriendo una jarra de agua.

Obedecí.

Micaela, échale leña. Ponle esta plantita, lo hierves.

Bueno decía yo.

Tráeme brasa, ponlo en un trastecito que ya no vayas a usar.

Como mi mamá siempre guardaba los trastes de barro, me dijo la partera:

¿Sabes qué vas a hacer, m'ija? Ponlo aquí, servirá para poner sus comidas, lo vamos a utilizar en lo que se compone tu mamá.

Y puse la brasa en la sartén de barro y la señora empezó a sobar, a calentar; miraba cómo se sentía mi mamá, pues su panza estaba bien hinchada. Cómo no se iba a morir así, si estaba bien fría su panza.

Ay, don Pedro, cómo eres... le hizo muchos reclamos a mi papá .

Como tú no sientes dolor, no sientes nada... pero el aborto es bien peligroso. Y cuando miras que sucede un problema, hay que buscar quién la atienda, que tome hierbas, ¿por qué no me fuiste a preguntar, don Pedro?

Es que no me dio tiempo.

¿No será que no quisiste?

Mi papá no contesta. Mi mamá sólo escucha mientras le soban su cuerpo en general, su mano, su pie, todo.

No te preocupes, María, no te vas a morir, te vas a curar le dice la partera.

Sí, por favor... mi mamá no sabe hablar español. Sí, kolabal meel (gracias, señora) le decía a la partera. Así hablaba.

Bueno, hijita me dijo la partera, por favor, tráeme la jarra. Esta plantita la vas a preparar así, se la vas a poner, la puntita de la planta abajo y su patita arriba. No se te vaya a olvidar, y tápala para que no se salga su fuerza. Te voy a decir cuántos minutos.

Y ahí estuve, viendo cómo curaba a mi mamá.

Pobre Mari, por poquito y no dejaste a las criaturas. Ay, don Pedro, cómo eres... Si no cuidas a tu mujer, ¿quién se va a quedar con los niños? ¿Quién los va a cuidar? ¿Otra mujer? Pues no. Ay, cómo eres... Ahora sí, don Pedro, te voy a recomendar, por favor, cuando mires que se enferma la Mari, cuidala. Si se enferma, busca rápido su medicina. Los que van a sufrir son los niños, ¿dónde van a quedar?...

Mis hermanitos escuchaban.

Míralos... Así haces sufrir a las criaturas...

Sí, es cierto dijo mi papá.

Como que se puso humilde, pues vio que ya estaba cambiando mi mamá. Si hubiera muerto, quién sabe qué habría pasado.

La partera la dejó sobada y le dio un té.

Mañana, don Pedro, la vamos a meter al temascal. A sobarla así, calientita, con plantas, y se va a bañar con agua de plantas. Temprano,

a las siete de la mañana, entro a bañarla y a sobarla, y tú me vas a buscar las plantas que te voy a pedir.

Está bien, ¿qué plantas quiere?

Mixto, punta de ocote, ramas de naranja, altamixa; las puntas de ocote deben ser seis y también de naranja, seis de cada clase. Las plantas se van a cocer en una olla grande.

Sí, tengo una cubeta.

No quiero cubeta, quiero una olla, y lo hierves.

Está bien.

Cuando venga, debe estar preparado, por favor, y lo dejan bien hecho. Quiero que se recupere Mari. Con esto, mañana se va a sentir bien, y con el temascal, la voy a dejar hasta que se cure. Cuando venga a visitarla, me preguntan lo que haga falta. Terminando esto, le vamos a dar vitaminas. Sí, Mari. Jech meel.

Bueno... qué vitamina le puedo dar preguntó mi papá.

Si quieres, apúntale.

Ay... no sé, es que no sé comprar. ¿Por qué no me haces favor de comprar tú?

Bueno, hoy lo compro. Pobrecita Mari, cómo la hiciste sufrir, pero no te preocupes, te voy a traer las cosas.

¿Tienes dinero? Si no, voy a ver, voy a pedir dice mi papá.

Ah, bueno, te lo voy a traer, pero primero vas a preparar las plantas y, después, le vamos a dar su vitamina. Yo sé que se va a recuperar la Mari. No quiero que duerma en el piso dice la partera. Está bien a la orilla del fuego, pero hay que poner una tabla para que no penetre el frío en su estómago.

Como estoy chiquita y no tengo tantos conocimientos, le doy su comida así nomás. Nos recomendó mucho que la atendiéramos. Cada uno tenía su tarea. A mí me tocó que, cuando su ropa se sintiera muy mojada, le pasara otra para que se cambiara. ¿Y quién lavará la que quedó llena de sangre? Pues yo tuve que hacerlo. Llevé mi red llena de ropa para lavar en el río, pero con lo más pesado casi no puedo. No tengo tanta fuerza. La piso en la orilla y, con las dos

manos, la echo sobre la piedra y la friego. La ropa de mi mamá es grande, es nagua, pues, por eso la piso con los dos pies. Me cuesta mucho sacarla a tender, no puedo, me sentía como en tela de araña.

Cuando voy viendo, mi mamá ya está mejor, saliendo.

Ya estoy mejor, todavía me duele, pero ya me siento contenta. Apúrate, hija me dice, cuece esto, desgránalo porque hay que hacer la tortilla.

Para el pozol es otra olla, pero ya todo me está diciendo mi mamá. A partir de ahí, poco a poco se recuperó y empezó a cargar otra vez a mi hermanito, que lloraba mucho. Empezó a darme más ropa a lavar. Primero se levanta ella, me despierta. Me toca lavar y moler nixtamal. Me levanto a las tres de la mañana y mi papá a las seis o siete, para irse a trabajar. Tengo que dejar atendidos a mis animales, hacer mis tortillitas y luego me voy a la escuela; mi tarea no la hago en el día, sino en la noche, con ocote, cuando duermen mis hermanitos. Poco a poco empecé... así crecí.

Había mucha tristeza, muchos pleitos, discusiones, celos. Mi pa-pá nos sacaba de la casa bajo el agua, de noche, y dormíamos bajo el rastrojo. Entre las hojas de los árboles nos escondíamos con mi mamá y mis hermanitos, que estaban muy chiquitos.

Cuando ella era nueva aquí, en el mundo me cuenta mi mamá, antes de que me encontrara (no se había embarazado), sufría mucho. Como no se embarazaba, sus cuñados y su suegra la regañaban, la maltrataban, le decían que ya era vieja, se burlaban; ¡pobre de mi mamacita!, tenía trece años. Ese tiempo fue muy malo, padecía mucho. A los tres años de casada buscó la medicina que curaba y se embarazó. ¿Quién llegó? Pues yo. Entonces se sintieron felices cuando nací, tuvieron contento y, además, dejaron de molestar a mi mamá porque no sabía tener hijos. Mi papá estaba contento, le decía: "Déjalos, no les hagas caso".

Mi papá era pura finca. Se iba a trabajar, a buscar dinero. Por eso mi mamá sufría mucho. Cuando me tuvo, se sintió contenta, jugaba con ella, pero algo no estaba bien: siempre me enfermaba.

Ella me atendía, pues sabe un poco de plantas, algo que le enseñó su difunta madre. Cuando era chiquita le mostró la planta para el dolor de estómago y cómo se preparaba, era poquito el conocimiento que le dejó, porque de ocho años quedó sin padres. Empezó a utilizar el conocimiento y a darme remedios, así iba creciendo yo. Por poquito una vez no me morí y me fui para siempre. Se preocuparon mi mamá y mi papá y fueron a buscar a un curandero para que me levantara. Pensaron que me iba a morir, que nunca me lograría ni mirarían mi cara; eso me contaron. No tenían papá ni mamá, pero sí tenían su pensamiento, su conocimiento, su forma de ser y me querían mucho.

A los tres años nació mi hermanito y me empezaron a decir que caminará; ya no me cargaba mi mamá. Ahora me toca cargar a mi hermanito. Me cuenta mi papá que me quería mucho. Soy niña, no niño, pero sí me quiere mucho, y cuando salían a caminar o cuando iban a escuchar la doctrina, o a la iglesia, siempre me llevaba mi papá; mi mamá cargaba su niño chiquito. Su cuñado le decía a mi papá:

Míralo, estás cargando a tu hija.

Sí, la cargo, haaaa...

El cuñado de mi papá decía que se ponía en vergüenza si cargaba a una niña. Si fuera niño, no. ¡Pucha! Mi papá se sintió un poco molesto. Eso yo no lo escuché, me lo cuenta mi papá. Mi mamá se siente bien de que la esté apoyando, de que mi papá me lleve. Esas palabras me dan gusto.

Después fui creciendo. Siempre fui un poco traviesita, había muchos juegos, no me acuerdo... Jugaba con muñequitas hechas con olote de maíz, les hacía su ropita, su pañalito. Cuando mi mamá se iba a trabajar porque mi mamá nunca se sentó en su casa, en su cocina, con sus dos hijos, iba a limpiar su milpa, ella me miraba jugar. Yo tenía cuatro años entonces y me buscaba un lugarcito, una planadita, y me dejaba sentada. "Ahí abrazas a tu hermanito", y entonces, con un chal, nos amarraba a los dos, hacía una hamaca y me dejaba delante a mi hermanito. "Abrazalo, cuídalo, voy a trabajar,

a limpiar un poco la milpa.”

Me cuenta que cuando miró, me había caído con mi hermanito y tuvo que levantarme para sentarme otra vez con él. Así es la vida de mi mamá. Cuando cumplo mis cinco años ya puedo cargarlo.

No sé a los cuántos años me puse grave. A mi mamá le dio mucho sentimiento de tanto que la hice sufrir y se enfermó otra vez. No sé de qué ingrata enfermedad. Adelgacé, me iba a morir, ya no tenía fuerza. Sé que me pusieron una inyección. No sé qué enfermedad tenía. Lo que sé es que ya no podía y mis papás ya no tenían dinero para que me curaran. Tenían una docena de gallos y los llevaron a vender a San Cristóbal para pagar. Me empezó como diarrea, y me dejaron en casa de una señora donde me curaron. Sólo mi mamá se quedó para mirarme. Mi papá se fue a su casa, a arreglarla, porque la señora que me estaba curando le dijo que yo ya no podía, que sólo me quedaban pocas horas... “Mejor ve a tu casa, límpiala y arréglala para que la velen”.

Qué tristeza me da cómo hice sufrir a mi mamá. “Se va a morir...” No sé si lloran. Mi papá ya viene con la caja. No sé si ya estoy tiesa.

Llegando a la casa, al rato de que me dejaron acostada, según que ya estaba yo muerta, empecé a decir: “¿Dónde estoy?”. Me dijeron que estaba en la casa. Me senté a platicar. De ahí reviví. Después me curé.

Cuando tenía casi ocho años, mi papá se fue a Tierra Caliente, pues allá se da buen maíz. Mis hermanitos estaban chiquitos, ya eran cuatro. Mi hermanito tenía seis.

Un día le dijo mi papá a mi mamá:

Tú, hija, quédate. Me voy a ir con mis dos hijos (Micaela y su hermano).

Bueno, ¿qué hago? Yo no puedo ir.

Parece que estaba un poco mal mi mamá. Se quedó cuidando a mis hermanitos más chicos. Me fui con mi papá a donde siembra, a Carranza, donde se da buen maíz y buen frijol. Fui con mi hermanito. ¿Para qué me quiere mi papá? Para que haga las tortillas. Ya miró que lo sé hacer, que sé hacer algo dicen sus cuñados, que le prestaron

sus terrenos para sembrar . Fui a hacer tortilla para mi papá. Muelo, preparo la masa y después agarro mi prensa y torteo; le echo leña a mi comal y torteo, ya sé cómo. No aguanto los trastes grandes, pero sí pongo mis frijolitos, mi agua ca-liente para tomar y hago muchos mandaditos. Dice mi papá que sí le serví mucho, que era un apoyo. Mi papá va a tapisar la mazorca y se levanta temprano.

Ora sí, hijita, levántate. Ven a moler tu nixtamal. Ahora sí vas a tortear bien.

Ésa es mi tarea: lavo una parte de ropita, ya está bien cansado mi papá. Mi hermanito pasa la leña, ayuda un poco. Servíamos, pues, para traer agua, pues hacía mucho calor; a cada rato nos me-tíamos a bañar en un charco de agua, porque no aguantábamos. Sacamos nuestro maíz, porque sí crecía mucho frijol y calabaza amarilla. Todavía estaba yo chiquita cuando terminaron de tapisar la mazorca; me mandó sacar muchos costales del pergamino que salió. ¡Híjoles!, ahora sí íbamos a poder pagar algo al señor que nos prestó su terreno. Pues sí, pero cuando llegó el dueño del terreno a agarrar su maíz, ya desgranado, bonito, a mí me dio... Híjole... Estaba chiquita, pero me fijé. Le dio su maíz a mi papá, poquito, y eso trajimos.

Me enfermé de calentura por el calor. Se preocupaban, buscaban mi medicina los cuñados de mi papá: "Se va a morir la niña. Hay que cuidarla". Como era la única niña las demás eran puras señoras y sus maridos, los trabajadores , se extrañaban de que le ayudara a mi papá, de que le hiciera sus tortillitas, le lavara y le pusiera su frijol; mientras mi papá se iba a tapisar su milpa, yo me quedaba en la cocina, con mi hermanito, para hacer la comida. A las mujeres de sus cuñados les daba risa: "Parece que la niña grande ya es una mujer, parece que ya no es una niña..."

Cuando terminamos de tapisar, dejaron pagada la renta. Trajimos el poquito maíz de mi papá. Me caía mal que siempre me enfermaba, pero ahora sí ya sabían mi papá y mi mamá cómo curarme. Pinche enfermedad que tenía yo, pinche espanto; se

me cayó el pelo, pinches lombrices. No sé dónde encontraron la medicina que me dieron a tomar, la preparaba mi mamá. Mis hermanos salieron temprano a traer leña. Me dejaron dicho que mantuviera mis animales y que hiciera la tortilla. Cuando regresaron, vieron que no había hecho nada porque se me pasó demasiado la medicina y no le medí bien. Como quería curarme rápido, le tantí bastante, y cuando llega mi mamá, ve que estoy tirada debajo de la piedra grande, con mucho calor. Ahí me fui a tirar, como borracha, porque me tomé como medio litro. Por una parte me daba risa, porque era para curarme de un jalón; esa planta se llama yisim wamal en tzeltal, es buena para lombrices, y yisim vomol en tzotzil, es buena, eso es lo que sé.

De diez años me llevaron al primer día de clases. ¿Acaso quería quedarme en la escuela? Gritaba para que no me dejaran sola. Pensaba que ahí me quedaría perdida, tirada por allá. Gritaba: "No quiero que me dejen, no me despeguen de mi mamá, quiero estar con mi mamá todo el tiempo..." Era una buena escuela adonde me mandaron. El segundo año participé con una recitación y un bailable; me encantaba ya. Me sentía feliz. Mi papá me vio; quería que me llevara adonde bailarían para el 10 de mayo. Me compró mi listón, mi invisible; en el segundo año me compró mis zapatitos con una chanclita de hule de color azul. ¡Híjole!, me sentía alegre, contenta, porque me puso mis zapatos mi papá y me compró mi listón.

Sí, te lo voy a comprar, pero tú le vas a echar ganas a estudiar.

Pero no sé leer, me falta. No puedo con matemáticas, no me sale, me da flojera verlo. Ése es mi problema, español y matemáticas.

Pero siempre se me hacía difícil, ¿y sabes qué hizo mi papá? Empezó a machucarme la mano, el dedo, a golpear con su mano encima de la mesa; agarraba la punta de mi lápiz y lo metía en mi dedo porque no podía escribir ni hacer nada, no pensaba...

¿Por qué no piensa tu cabeza, cabrona?

¡Pass! Un coscorrón. Me siento sola, lloro. No sé responder. Y me duele, pero no quiero responder. Mi corazón lo siente, pero sólo

lloro. Cuando me mira que lloro, me dice:

¡Cállate!, no quiero que llores.

Y ya con eso. Como unas dos veces me hizo eso mi papá, lo del lápiz y el coscorrón; sentí que salía sangre de mi cabeza.

Que me perdone mi papá, porque le dije: "Pinchi pendejo viejo". Me regaña, me pega. Ya no quiero estudiar, le dije. Pero hice todo, lo fui sacando bien. Cuando miraba mi papá que concursaba en tercer año, en canto y baile, y salía bien, mi papá encantado de verme.

Así me gusta, hijita, que le echas ganas...

Y me gustaba, soy muy traviesa... Me encantaba.

A los diez años me metieron a clases y con trabajos pude lograr, a los once, el segundo año. Y siempre era traviesa. Nunca me quedo en mi casa. Hago rápido mi tarea. No la hago en la noche porque tengo que hacer en casa, porque me voy a jugar. Rápido me voy a la casa de mi abuelita cuando no está mi mamá; me deja que hacer en la cocina y lo hago rápido, lo dejo listo y me voy. Mi abuelita me quiere mucho.

Una de tantas veces que hice eso, dejé abierta la puerta donde tenía el nixtamal mi mamá y me fui a casa de mi abuelita. Como a las tres horas, me grita mi mamá:

Ven, ven.

Y no quiero ir. Sentí miedo, y me dijo:

Mira lo que hiciste, dejaste abierta la puerta y entraron todos los pollos a la casa.

Pobre de mi mamá, se fue a traer su leña y dejé abierta la puerta. Tenía una olla de nixtamal y entraron todos los pollos a comer; tiraron todo el pozol de mi mamá y no lo cuidé; me lo encargó y me fui a jugar. Se enojó mi mamá, se sintió mala y me dijo:

No eres chiquita, ya estás grandecita. Ven acá...

Y me agarró mi mamá y me llevó con mi abuelita.

¿Qué pasó? ¿Qué fue?

¡Ah! Dejé abierta la puerta de la cocina y entraron los pollos a comerse todo el maíz. ¿Qué voy a comer ahora?

Y no se le pasaba el coraje; me empezó a pegar con una cuerda. Como no quiero que me pegue, me escondo en la espalda de mi abuelita.

Órale, mamá, suelta a tu nieta, por favor, suéltala, déjala, yo sé qué hacer con ella...

Sí, pero no le vayas a pegar le dijo mi abuelita.

Tú no me mandas, le voy a dar, es mi hija, hazte un lado...

Bueno, pero no le des fuerte; despacio dijo mi abuelita.

No me digas. ¡Cállate! se encabronó mi mamá porque es un chingo una olla de nixtamal—. Hizo muchas cosas. Un desastre dentro de la cocina, no quedó nada de comer.

Se enojó mucho y tenía razón, pues. No dejé cerrado. No me hice responsable. No sé cuántos cueros me dio, pero me dio fuerte. Sentía que ya no reaccionaba.

Si vuelves a hacerlo dijo mi mamá, no aprenderás a ser responsable, así vas a crecer y así serás en tu propia casa.

Así me dijo. ¡Híjole! Con trabajo sané. Se me quitó el dolor. Para la próxima, no lo vuelvo a hacer. Hago cosas, pero no tanto. Cada vez que mi mamá sale, que va a traer su leña, me deja encomendado que cuide la casa. Y me quedo, pero... ya ves como son los niños. Mis vecinos vienen a jugar, pero antes llenamos mi agua, "no, primero la mía", ¡sale, pues! Y nos vamos a traer agua desde el pozo. Aunque me pegan, no obedezco. Juego a escondidas. A la hora que torteo, hago mi muñequito, lo envuelvo, lo cargo y hago mi maíz. Cuando viene mi mamá, lo agarro y lo tiro rapidito. Así pasó que un día me cachó y me dijo: "Ay, mujercita, te lo digo, hija, tú dirás que es un juego lo que haces, pero un día vas a encontrar que no es tan fácil, lo vas a ver..."

No entendí.

A los doce años algo que pasó me dio tristeza, coraje o risa... Llegó un señor a pedirme para ser su mujer... Fue chistoso cómo lo hicieron. Llegó con su mamá y su papá; llevaron pan, una canasta llena de pan, azúcar y no sé qué tanto, y su trago. Mi papá y mi mamá hablaron

con esos señores que entraron a mi casa. Se sentaron y empezaron a decir lo que querían. Después les dijo mi papá:

Muchas gracias, pero ¿qué te voy a dar? No tengo nada. ¿Qué te voy a dar si no sabe trabajar ni hacer su mandadito ni nada? Muchas gracias, pero si quieren tener nuera, vayan a buscar a otra. Hay muchas mujeres que ya están grandecitas, pueden ir a pedir las ahí.

Dijeron que ya habían gastado en su trago... Porque habían visto que a mi papá le gustaba tomar su traguito, que no sé qué... Volvió a decirles:

No, muchas gracias, aunque me obliguen a tomar trago, no quiero. No voy a tomar para que me dominen. No puedo, muchas gracias. Aquí nomás busquen su camino. Déjenme en paz, no tengo nada que dar, muchas gracias.

Y así, la señora y el señor que entraron solos, porque el hijo se quedó escondido afuera pensaron que mis papás iban a aceptar. Después se fueron. Yo no sabía que me estaban pidiendo y le pregunté a mi mamá:

¿Oye, mamá, a qué vinieron estas personas?

Vinieron a pedirte, a ver si te ibas con su hijo.

¿Y qué voy a hacer con su hijo?

Mira, le vas a hacer su tortilla.

No, ni quiera Dios, eso que me vas a decir, no, gracias...

No quiero pensar en esa tristeza. ¿Por qué me vinieron a pedir? No sé, así nomás, me quedé dudando. Así quedó... Oí decir a mi papá:

Ay, Dios, ni gracia tienen. ¿Cómo no piensan un poco que nos vienen a molestar? De veras, ¿qué hacen?

Es lo que digo le contestó mi mamá.

Y ahí terminó.

Después, no sé a los cuántos años, empezaron a enseñarme a practicar de todo, y a veces me daba flojera. Ya sabía hacer el trabajo, las tortillas, pero a veces no quería hacerlo. Echaba las tortillas y se quemaban, se echaban a perder y mi mamá me decía:

Por favor, no me echas a perder mi masa. No está bien lo que

haces, parece que fuera la primera vez que haces tortilla. Trae tu mano, te voy a decir un secreto y ¡pas!, me agarró la mano y puso mi palma en el comal. Ahora sí, pruébalo, con eso vas a ver que sí puedes; para la próxima no sentirás nada.

¡Ay, no! empecé a llorar y a sentir... Ya no lo vuelvo a hacer. Lo voy a hacer bien. ¿Por qué me hiciste eso?

Y me puse a llorar con mi mamá.

Ya, déjalo, yo lo voy a hacer, si tú no quieres. Ve a buscar otro trabajo, vete a lavar, lleva los pañales y lávalos.

Me fui porque así metía en el agua fría mi mano. Me llevé la ropa y se me hinchó la mano, se ampolló. Con una vez que me lo hizo, jamás volví echar a perder la tortilla. "Hazlo así", dice mi mamá, y así lo hago; no me hago la que no sabe, o que no lo quiero hacer, o que no aguanto el fuego. Con una vez que me lo hizo mi mamacita, por Dios santo que sí me sirvió. ¡Santo remedio!, aprendí a hacerlo. Lloré, me sentí, pero, eso sí, agarré la onda. Ahora, si quiero comer tortilla, me la hago; lo sé hacer gracias a mi mamá... Un rato sentí molestias, pero ella tenía razón. Después me dijo:

Perdón, mi hija, que te hice eso. Lo que pasa es que lo sabes hacer, pero te pones como si no lo supieras. Si te dejo así, ¿cómo vas aprender? Vas a perjudicar la masa, el santo maíz lo quemas y eso no sirve; quiero que seas ordenada. Cuando crezcas, será bueno para ti, ya verás. Cuando tengas tus cositas, verás que sí, vas a estar bien. No te regaño así nomás, ni te molesto...

Bueno, pues, ni modo. Yo también me sentí molesta, pero poco a poco, va a pasar...

Cúrate tu mano, porque si te curo yo, vas a decir cualquier cosa, y no. Mejor trátate y cúrate.

¿Qué le hago a mi mano? La lavo, le pongo su medicina; así nomás, le inventé. ¿Qué le pongo? Mi orín. Lo junté y lavé mi mano en la mañana, al levantarme; y cuando me voy a dormir, lo vuelvo a lavar. Cuando se seca, le pongo cebo de vela caliente. Y se me curó. Sí tardó, pero se curó. Todo por caprichuda. No sé qué me pasó ese

día, estaba de mal humor. Sé tantear mi leña para que no se quemem las tortillas, pero estaba enojada; por eso mi mamá... ya sabía... Tiene razón, tiene medida la masa que vamos a servir y para cuántos.

También hago los mandados cuando termino la cocina. Mi mamá me lleva a buscar leña con ella, y si lava, también lavo. Cuando estaba chiquita lavaba pañales, porque son chicos; ahora que estoy grande, encuentro la forma de lavar las ropas grandes.

Dije que soy traviesa, muy juguetona, y también fea. No sé cuántos años tenía una vez que fui con mi papá y mi mamá a la iglesia. Ellos estaban escuchando la lectura de la palabra de Dios. Había sentados muchos hombres y mujeres en las bancas, y yo empecé a jugar con mis amiguitas y unos niños; éramos cinco. Correteábamos dentro de la iglesia, entrábamos y salíamos; pasamos cerca de los altares y tiramos las flores. ¡Huuuy, pucha!... ¡Dios mío! A los demás niños los detuvieron y los sentaron en las bancas. Mi papá y mi mamá no me dijeron nada, muy tranquilos. Sintieron vergüenza, pena, porque soy mala. No me sentaba, puro jugar y jugar. Es lo que me gustaba hacer. Escuchaba que estaban leyendo, pero el juego era más felicidad. Venimos a la casa, no me dijeron nada en el camino, pero en cuanto llegamos, mi papá me pidió:

Por favor, pásame un poquito de pozolito, hija.

Fui a traerlo y le di porque tenía sed. Tomó mi papá y me dijo:

Tú también, tómalo.

Tomé la mitad de mi pozol.

Luego me ordenó:

Híncate aquí.

Y me hiqué.

Cuando sentí... ¡tras, tras, tras! Varios cinchazos. No sé si era eso, pero así lo sentí, no aguantaba el dolor. Ahora sí miraba yo oscuro. Y él me decía:

Y ahora, dime, ¿por qué me hiciste sufrir de vergüenza? ¿Por qué no te sentabas? Parece que estás en tu casa, me caes mal, me pusiste

en vergüenza. ¿Por qué tiraste las flores? Te dije que te sentaras, que vinieras acá, no me escuchaste, lo hiciste a tu manera. Ahora dime si lo vas hacer para la próxima...

Ya no, ya no, ya no lo voy a hacer, papi, ya no...

Te lo digo, pues. No soy un animal que te pegue a cada rato. Sí, me enojé, sentí vergüenza por lo que hiciste; si no te hubiera dicho, yo tuviera la culpa, pero te dije. ¿Acaso no te dije? Si vuelve a pasar, vas a ver. Además, estás jugando. No eres niño para que andes jugando; me caes mal, cabrona. Aquí tienes para que aprendas, para que no lo vuelvas a hacer. Cuando vayamos otra vez, te quedas sentada al lado de tu mamá, sentada a mi lado. Cuando estés fuera de la iglesia, puedes jugar, pero tanteado otra vez...

Sí, sí, ya no quiero que me pegues.

Bueno, pues.

Eso fue lo que me pasó. Sentí dolor y dolor hasta la madre. Lloro y lloro. Jamás lo volví a hacer, con una vez tuve. Cuando voy a la iglesia, me siento como una persona grande; donde se siente mi mamá, me siento; pongo atención a lo que dicen, a la palabra de Dios. Aunque vea que juegan los demás, ¡que jueguen!, qué me importa, ya no lo vuelvo a hacer.

La verdad, cambió mi vida con los años.

Cuando todavía no cumplía doce años, voy viendo que baja mi menstruación. Me dio miedo. Una gran pena pasé. No sabía qué me pasaba, de dónde salió, de dónde vino la sangre. Ahora sí me espanté. No me había contado nada mi mamá de qué me iba a pasar, por ser niña, cuando llegara a esa edad. Quedé bien mojada, empapada; me espanté.

Pensaba yo que me picó algo, algún animal. Lloraba y lloraba. No se me pasaba el miedo. Mi mamá me dijo que me levantara para hacer el quehacer de la cocina y no quiero.

¿Por qué no quieres, qué te pasó?

No sé, me duele mi pie.

Estoy envuelta en mi chamarra. Por esa cosa pensé que me iba

a morir. ¿Qué voy a hacer? Como a mi mamá le parecía que estaba triste y no quería hacer mandados, se preocupó. Después me salí, me levanté, fui detrás de mi casa. Me registré. Más que nada, pensé: "No quiero dormir en mi cama, tal vez hay animales allí. Voy a cambiar mi cama". Dormía con mis hermanitos chicos, "ahí que se queden ellos, yo voy a dormir aparte". Así estaba, platicando solita, detrás de mi casa, cuando mi mamá me fue a buscar:

¿Qué estás haciendo?

Nada. Lavaba mi pie en agua fría.

¿Qué te pasó, qué tienes?

No sé qué me pasó y tengo mucha sangre, mucha, mira. Estoy lavando mis piernitas y no sé de dónde sale la sangre.

¡Ay, señor mío! dijo mi mamá. Bueno, como no sabe decir "señor mío", decía: "¡Ay, To't ángel!" To't ángel, ¿por qué así? ¿Qué te pasó? Estabas bien ayer...

No sé qué me pasó...

Le dije que me dolía un poco mi panza, mi espalda, tengo calosfríos. No sé qué me pasó, pero así me siento.

Cuando tengas ganas de hacer pipí me vas a decir...

¿Y qué pasó? Lo voy viendo: pura sangre. ¡Dios santo!, me puse más triste. Pensé que me iba a morir. He escuchado que cuando la gente sangra porque algo les pica, se mueren, pero mi mamá me dijo:

Hija, ya sé qué tienes. Es normal que baje, pero no creo... ¿Por qué tan temprano? estás chiquita... ¿Acaso eres vieja? Estás tan chiquita, que no lo creo. Si no tienes cumplidos tus doce años, ¿por qué?

Pues no sé. Así me siento.

Ay, hija, pues bueno, ni modo. Yo también me quedo con la duda, yo tampoco sé, pero eso quiere decir que eres ya una muchacha. No te preocupes, ya veremos cómo le vamos a hacer.

Sí, pero no quiero caminar.

Déjame ver cómo le hacemos...

En ese tiempo no había "toallas femeninas". Mi mamá me hizo mi ropa interior de ese tipo, pero como me bajaba bastante, me duraba

del primer al tercer día. El primer mes me tardó ocho días; ya después se me quitó, pero ¡cómo sufrí! No fui a la escuela por eso, hasta que terminó mi primer periodo de menstruación. Ora sí que cada mes sufría mucho, me tardaba, con mucho dolor, y no sabía qué hacer y mi mamá tampoco. Me metía al agua a lavarme, a mojarme en agua fría, así cada vez. Me dolía un chingo mi menstruación. Mi mamá me había mostrado las plantas para el dolor de estómago, pero no para esto, ¿qué iba a hacer?

Ve a traer Cha'il vomol decía para cuando tengas dolor de estómago, con eso se te va a quitar.

Iba a buscar la planta, la cuezo y, la verdad, sí me quitaba el dolor, lo calmaba. Así pasó todo eso.

Cuando tenía como diez años, una vez mi mamá me mandó a lavar pañales, pero como no había agua en la casa en ese tiempo, se cargaba la ropa para ir al río. Se camina como hora y media para llegar, porque hasta allá hay suficiente agua. Me salí con la ropa sucia metida en la red y, como a las once de la mañana, empecé a lavar. Llevaba cuatro o cinco pañales lavados, y cuando los estaba tendiendo encima de unas matas, voy viendo que el agua sube y sube hasta llegar a mi rodilla. No me doy cuenta, pero el agua está bonita, verde, y lavo y lavo. Llevé a un hermanito, lo dejo sentado en la orilla y le digo: "Siéntate ahí, no juegues con agua".

Mi papá tenía su milpa casi a la orilla del río y la miraba para ver si había salido un jilote. Él en su milpa y yo lavando. En eso vi que el agua ya estaba tapando la piedra donde estaba hincada. Y que se me va una ropita en el agua; quiero traerla, pero mi jabón se va como un pato, y otra ropa... Dije ya, esto ya se llenó y empecé a gritar:

Papi, papi, papi, papi...

¿Qué te pasó, hija?

Mira, se fue mi jabón en el río, mi ropa.

Mientras gritaba, vi unas basuras en el río cuando me paré a jun-

tar mi ropa. No sabía si iba a crecer más el río, pero no tenía miedo. Saqué mi ropa y la pasé del otro lado del río. Mi papá me dijo:

Ay, hija, ¿qué estás haciendo? Ya déjalo, salte de ahí. ¿No estás viendo que ya se llenó el río? Ya déjalo...

Y quiso agarrarme de la mano, pero no pudo; me resbalé y me llevó el río.

Sólo vi que mi papá iba apurado, preocupado, y pensé: "Ya me fui". Me arrastró como cuarenta metros. Me encontré un arbolito en medio del río y ahí me atranqué. Y ahí fue mi papá y me agarró, pero se cayó en medio del río. No supe cómo pasó, se resbaló, me resbalé, me llevaba de un lado al otro y casi iba llegando adonde estaba lo más hondo. Ahí sí me dio tristeza. Pero mi papá me decía:

No te preocupes, hija, vamos a sacarte.

Me arrastró a mí y a mi papá. En la raíz del árbol, me sacó, me paró, y unos cuantos pañales que pudo lograr. Me dio miedo lo que me pasó, no sé mirar que estoy chica. En ese tiempo no estaba lloviendo, estaba bien el día, había sol bonito, pero como es un municipio grande, arriba llovió fuerte. Lo bueno es que estaba mi papá cerca, así no me morí.

Otra cosa que me sucedió y que no sé a los cuantos años me pasó, lo tengo en mi corazón hasta ahora, desgraciadamente. Mi papá y mi mamá se fastidiaron de tanto ruido que había en la casa, peor en la cocina. En las noches no se podía dormir, decían que había cosas en el suelo, lloraban los ratones. Parecían gatos que caminaban arriba de la casa, así se escuchaba. Antes, la casa no era de lámina y el techo era de madera, nada más que finito, se llamaba tejamanil, y en algunas partes se estaban pudriendo. Mi mamá vio sus mazorcas, el agua y el montón de cuevas donde lloraban y hacían ruido los ratones, y les echó agua caliente para sacarlos. Los ratones eran rosados y salían corriendo.

Ella estaba cansada: "Ya basta de tanto y tanto ratón". Le dejaban su maíz bastante desgranado. Los ratones no eran chiquitos,

sino de los que llamaban “Carranza”, tipo gatos. Entonces planearon matarlos, porque se andaban acabando nuestras mazorcas y nuestra ropa.

Pero los dos solitos no podemos, le voy a decir a mi hermano y a sus hijos.

Se pusieron de acuerdo en que tal día matarían los ratones. Llegaron los señores, los hijos de mi tío: Pedro y Nicolás.

Ya llegamos.

Está bien, van a hacerme favor, pues dijo mi mamá.

Vamos a buscar dónde está el camino de los ratones dijo mi papá.

Vamos a sacar primero el maíz que esté bueno todavía y lo ponemos en costales dijo mi tío.

Sacaron el maíz y fueron saliendo ratones de debajo de las mazorcas y los iban matando. Yo también estuve con mi palito, no me daban miedo, me daban lástima los ratoncitos. “Pobrecitos”, decía yo. Los mataban mi papá y su hermano; otros se metían en su cueva. Los persiguen y les echan agua caliente, los ratones gritan y los van sacando. Y yo también les echaba, con la piedra y el palo, ayudando a mi papá. Esto empezó a las siete de mañana y terminó a las diez.

Había un resto de ratones muertos en el patio. En el montón había ratones de todos los tamaños y colores, grandes, chicos, negros, pintos, anaranjaditos, rayaditos; su carita, su naricita. Además, los recién nacidos, eran rosaditos apenas. Empecé a levantar los ratoncitos con un palo, medio vivos, otros no. Los voy contando, pero como no sé, sólo digo como he oído que dice mi papá: jun, chib, oxib, chanib, lajuneb, así nomás, estoy inventando los números y no sé hablar español. Y decía: “Pobrecito ratoncito, ya moriste”, les hablaba y como que escuchaban, se levantaban y me miraban algunos. Así andaba levantando y metiendo el palo donde están los muertos.

Mi mamá no se daba cuenta de lo que estaba haciendo; ella está ocupada en su trabajo, llenando de agua y poniendo leña para calentarla. Mi papá anda buscando los agujeros para taparles el ca-

mino y poder pescarlos. Pero el hijo de mi tío, que me cae retemal, por Dios santo, me provocó dolor en mi corazón, me dejó enferma.

Yo estaba contenta, me daban lástima los ratones. “Pobrecitos”, decía yo, y los agarraba, acariciaba sus bigotes y no me daba miedo, pero cuando levantaba uno queriendo pararlo otra vez, en el patio lleno de unos cien o doscientos ratones muertos, vino mi primo Pedro y, cuando estaba distraída contemplando los ratones, de repente se le ocurrió, cobardemente, gritar detrás de mí y asustarme. Me empujó adonde estaban los ratones y me caí encima con todo y el palo que tenía en la mano. Cuando sintieron el golpe, los ratones empezaron a chillar: cuik cuik cuik. Intenté pararme, pero como sintieron que los aplasté, algunos se colgaron de mi cabello. Me lo sacudí y lo sentía pesado, me levantaba y me volví a caer como tres veces, y como no salía del montón de ratones, a cada pisotón que les daba, chillaban, y por más que intentaba, me resbalaba. Sentí que se me secó la garganta y que ya no tenía mi espíritu, que ya no tenía sangre; sudé mucho. Al salir, no sé si grité, no me acuerdo, pero los ratones iban trepados en mi pelo y no salían, no caían. Otros estaban en mi ropa, caminado por mi espalda, en mi faldita, por mi pie. Empecé a decir: “¡Aaay, aaay, aaay!”, de miedo. Después no podía gritar. Se cerró mi voz. No podía decir nada y miraba a mi papá o a mi mamá para que me ayudaran, pero nadie se dio cuenta.

A mi malvado primo le tenía coraje, pero no lo dije en el momento; me quedé con miedo. No recuerdo nada por el miedo que me provocó. Mi malvado primo se divertía de lo lindo con lo que hizo: “Uuujuuujuuuju”, gritaba. No recuerdo si le dije a mi papá. Después de un tiempo quedé mal y no dormía; cada vez que me adormecía, brincaba de susto. Sentía que venían a mordirme los ratones. Después de ocho días mi tío y sus hijos se fueron a sus casas, pero me dejaron enferma de susto. Sólo lo sabe la persona que me asustó y los demás no.

La casa de mi tío no estaba lejos, éramos vecinos. Era mi ca-

pricho ir a su casa porque tenía una hija y nos queríamos bastante; la buscaba para jugar a las muñecas de madera y trapo y nos juntábamos. Pero lo que pasó con mi primo Pedro me asustó. Creo que era malo, porque siempre se burlaba de mí, se fijaba cómo vestía y me decía: “chaparrita”, “gordita”, y no le hacía caso.

La mujer del hermano de mi papá le decía que no me molestara, y la hija de mi tío también me defendía: “Déjala, ‘ta chiquita”, pero no obedecía.

Un día que fue a cuidar sus toros, los pastorearon temprano y ahí estaba yo, en la casa de mi tío. Me llevaba bien con su hija, pues aunque era mayor que yo, le gustaba jugar conmigo y le hacía ropitas a mi muñeca y ella me ayudaba.

En la tarde, los cuidadores del ganado regresaron a amarrar a sus animales para descansar, así era la rutina, y al día siguiente lo volvían a hacer. Antes de la despedida, mi primo me molesta: “Mica, gordita, chaparrita”. Se burlaba de mí y yo trataba de aguantar. Cuando no me había espantado, hubo un tiempo en que lo ignoraba, pero como apenas tenía ocho días de que me había espantado, no supe qué me pasó ni de dónde vino mi fuerza: agarré la vara, era verde y muy larga, como de dos metros aproximadamente, de las que usan cuando el toro no quiere caminar. Aquél seguía con sus burlas y, de repente, la agarré con mucha fuerza, justo cuando iba pasando mi primo Pedro y, sin que se diera cuenta, le solté dos chicotazos en el pie. Gritó: “¡Aaay, aaay...!” Y otra vez le volví a dar no sé dónde, porque como era larga la vara, le di desde lejos. Su mamá empezó a decir:

Deja de pegarle a tu primo. ¿Por qué le pegas, pendeja? A ver, la vas a llevar tú también, ya lárgate, pendeja.

Me quedé parada y a mi primo le salieron sus lágrimas.

Vas a ver, pinche.

Sí, como tú, cuando me espantaste con los ratones y empecé a llorar también. A ver si aguantas, así como me aventaste sobre los ratones...

Ya vete dijo mi tía , ya lárgate con tu mamá. Te voy a dar, ¿cómo es posible? Estás pequeña y le pegas a tu primo Pedro. ¡Mierda! ¡Idiota! Lárgate con tu mamá, ahorita. Si vienes, te voy a dar. Ahorita le digo a tu papá que le pegaste a tu primo.

Mi primo ya tenía mujer y dos hijos y todavía me molestaba, por eso le pegué por detrás, y no vio cómo le di en su pie y le dolió mucho. Después me culpaban porque le quedó morado. La hija de mi tía, con quien jugaba, salió en mi defensa: "Es que también Pedro la está molestando y se burla, y ya tiene tiempo y no te das cuenta, se merece lo que se llevó".

Sentí que me salvó, cuando respondió la hija. Me vine corriendo a mi casa. Ya no oí lo que decían exactamente. Como estaban las hermanas de mi papá y no quería que supieran, me fui con el pretexto de hablar con mi abuelita, pero ya había cometido mi delito. Y no le dije nada.

¿Y qué viniste a hacer si ya es tarde?

Nada, sólo pasé a verte. Vengo mañana...

Y otra vez di la vuelta y entré a mi casa por la parte de atrás. Mi mamá me dijo:

¿Dónde estabas? Te andaba buscando para que cuides a tus hermanitos.

Estaba allá, jugando con mi tía.

¡Uuuh! Acompaña a tu hermanito mientras hago de cenar.

No le dije nada de lo que hice. Me sentí contenta cuando me pude vengar por lo de los ratones. Tenía coraje y se lo merecía. Ahora sí, ni modo, ya le pegué. A ver si no me viene a pescar y me mata como a un ratón. Empecé a preocuparme y a sentir otro tipo de miedo. Nunca les dije a mis papás. Sólo esperaba, por si llegaban a contarles, porque dijeron que vendrían a quejarse. Pasó una noche, pasó un día, dos, y no hubo nada. Me salvé, y ya no iba a su casa porque me amenazaron, ya no querían ver mi cara porque le pegué a su hijo. Así pasó y me quedé enferma. Ahora que estoy grande, no puedo ver ratones, me dan mucho miedo. Cuando duermo, me tapo bien con la

cobija; la costuré arriba y abajo, encerrando la cabeza y los pies para que no me coman. Me pasó en una ocasión que, al amanecer, me estaba trenzando mi pelo y salió un manajo: la rata me comió el pelo. Me quedé muy sentida y por eso me cae retomal mi primo Pedro.

En otra ocasión, cuando mi papá tuvo ganado me dijo:

Ve a cuidarlos, ve a que busquen su comida.

Mientras lo cuidaba, estaba aprendiendo a bordar y a hacer una florecita. Estaba sentada y mis toros buscando qué comer. De repente oí un ruido a lo lejos. Donde yo estaba, también nuestros pollos caminaban debajo de los árboles. Empezaron a gritar la polla y los gallos. ¿Por qué? Yo no sabía, hasta que vi algo que movía las matitas. ¿Qué es eso? Ahí venía y no sabía qué era. Cuando estaba a medio metro de que me alcanzara, salió una culebrota de dos o tres metros, bien largotota, un animalote. Movía su cabecita, sacaba su lengüita, como bailando. La estoy mirando. No me doy cuenta, no le tengo miedo. Me mira y, de repente, se erizó mi cabello, ¡ay!... No sabía qué me iba a pasar. Le grité a mi hermanito: "Sebas, Sebas, tráeme el palo", le decía. No me oyó y se acercaba la culebrota... No se iba... ¿qué hacer? Estaba debajo de los árboles, y mis papás, lejos, como a trescientos metros de la casa. Se acercaba, y cada vez yo me alejaba y daba vuelta, hasta que algo tapó mi camino. Sudaba, me sentía pesada... Con todo y miedo se me ocurrió quebrar una rama para espantarla, pero ni se movía. Soplé y escupí tres veces y con eso se paró, pero no se iba. ¡Cómo no se duerme ese animal, pa'que no me mire! Me perseguía. Me encabroné y quise echarle agua, pero no la alcanzaba. A unos metros estaba tirado un huacalito y lo agarré. Estaba parado el animal. Me tapaba el camino. Entonces, me puse a un lado y empecé a hacer pipí en el huacalito y eso le eché encima. Se fue corriendo. Mi ganado lo dejé y le fui a decir a mi mamá:

Hay un animal... un animal...

¿Dónde está?

Cuando fue, ya no estaba. Se fue por el arroyo. Cuando me pu-

se a pensar, creo que la culebra se comportó como un perrito, como si me conociera. No llegó rápido. Sólo se mostró y esperó a ver lo que yo hacía. La verdad, fue extraño, porque según he escuchado a los demás, dicen que los muerde.

Cuando mi papá se iba a limpiar la santa tierra para sembrar maíz, siempre lo acompañaba porque soy la mayor, y también iba con un hermanito. Para quebrar la tierra, llevaba el ganado, pero como los toros eran nuevos, uno tenía más fuerza y el otro estaba chico y no sabía todavía cómo trabajar. La costumbre es usar la yunta para arar la tierra. La yunta está compuesta del arado, en tzotzil yuko, el timón, una reja de fierro y las cuñas necesarias. El manejador o guía de la yunta conduce al toro con el arado para que jale en línea recta para quebrar la tierra. Pero el otro torito no sabía trabajar y mi papá lo enseñaba. Entonces me dijo que lo jalara de la trompa con un lazo.

Camina derechito, hasta salir en la orilla.

Yo lo hacía, pero tenía mucho miedo. Cuando salimos, se pararon los toros.

Junta el rastrojo para que pase con mis toros, lleva la horqueta.

Obedecí, pero no podía porque era mucho y lo dejaba en la parte ya quebrada. Mi papá me decía con insistencia que me apurara. Yo le echaba ganas, pero él se enojó. Con una mano agarró la cola de su arado, y en la otra llevaba un palo con punta que sirve para pegarle en los chamorros al toro para que jale. Conforme iban pasando, se acercaban a mí y me decía:

Apúrate, cabrona.

Y yo no contestaba porque tenía miedo. Él se encabronó más y me pegó con la vara en la cara.

¡Que te apures, te dije! Si no, se encabrona el toro.

Con el golpe me caí al suelo. Sentí que me salía calor, pero no. Mi cara se hinchó rápidamente y empecé a llorar.

Grita, y te doy más.

Mejor me aguanté, tomé el gancho y empecé de nuevo a

levantar y mover el rastrojo. ¡Ahora sí que fue fácil! Mi papá se preocupó y empezó a hacerlo él para que pasara su toro. A mí se me hinchó el ojo, ya no veía y me dio coraje. Estaba muy enojada y no lo mostraba. “¡Pinche pendejo!”, le dije. Pobre de mi papá; ahorita estoy arrepentida. Decía para mí: “Ya no le vuelvo a ayudar”, pero seguía ayudándolo. Después llegué a decirle a mi mamá:

Mamá, mira lo que me hizo mi papá.

¿Qué te hizo, qué pasó?

Me pegó.

No has de haber hecho caso de lo que te estaba diciendo.

No cumplí, pero porque no tenía fuerza para juntar los rastrojos y mi papá me pegó; me caí y se me hinchó la cara.

¡Ay!, como es tu papá, no te perdonará. ¿Cómo es posible? No fui porque estaba haciendo la comida, para comer a las dos. Ay, hijita, ¿qué te voy a hacer? Si tu papá no te perdona, pues ni modo.

No miraba mi camino, estaba toda adolorida y tenía cerrado el ojo izquierdo. No sabía qué hacer, quería que bajara la hinchazón. Agarré un trapito mojado con agua fría para ponerlo en mi cara, pero no bajaba. Después me acordé de que mi mamá me había mostrado una hierba buena para golpes: la higuera. Fui a buscarla y la calenté al fuego para sobar mi cara. “Si mañana tengo que salir, se van a burlar de mí pensaba en lo que me iban a decir, mejor le echo ganas a curarme.” No quería salir ni ir a traer agua... nada. Mi mamá se preocupaba también. Hasta el segundo o tercer día se me bajó y salí a hacer mi trabajito, mi tarea, pues, cargar agua y lavar pañalitos. Cuando salí, mi cara estaba morada. Siempre iba a casa de mi abuelita o de mis tías, pero así no, mejor no iba, porque me daba vergüenza. No sé cuantos días que me quedé así. Luego me curé. Quedé como siempre, pero el huesito del lado de la nariz me quedó un poco chuequito.

Cuando pasaban cosas en ese tiempo, en lugar de que me pegaran, me regañaban. Después me daba pena no hacer nada, y nunca me quedaba sentada. No sólo ayudaba a mi papá, tam-

bién lavaba y trabajaba con mi mamá en todo lo que hacía en la cocina. Me enseñaron a quebrar la leña, para que un día sepa hacerlo, pues no todo el tiempo me van a mantener. Eso no lo creía, me daba risa, ¿será cierto? Poco a poco le agarraba la onda a como trabajaban mis papás y me gustaba sembrar la milpa y traer leña; todo lo hacía yo misma. Todo esto me interesaba, me encantaba, pues en ese tiempo estaba alegre, aunque a ratos sentía tristeza. Teníamos mucha hambre porque no salía tanto maíz, no se cosechaba bien el frijol. Tanto mi pobre padre como mi pobre madre buscaban dinero; no tenían gran terreno.

Mi papá se fue a conseguir dinero para comprar maíz, frijol, nuestras ropitas; ya somos tres niños. Con las enfermedades, quedaba endeudado mi papá. Le prestaban dinero, pero lo pagaba con intereses. Entonces no pudo pagar y mejor se fue a la finca, un mes, tres meses. Regresaba y se volvía a ir.

Cuando ya estaba yo un poco grandecita, quedó a cargo de mi mamá sembrar maíz y limpiarlo. Ahí estábamos, pues, con un pedacito de terreno prestado o alquilado para sembrar. Cuando era tiempo de que salieran las flores del maíz, mi mamá ponía su nixtamal y les iba a buscar jilotes para prepararlos.

Hazle así, sácales a los maicitos sus tallitos, y ahí, nada más, puros tiernitos, su flor, es lo que vamos a revolver con el nixtamal y lo molumos. Después lo torteamos para hacer tortillas, para que rindan.

En ese tiempo no conocíamos eso del “gasto” como ahorita las nuevas generaciones. Si quieren dulces, galletas, leche, avena, no sé qué, se lo dan, pero antes no. Comíamos, pero después de tanto nos hacía mal y nos daba diarrea. Ya no queríamos comer, y entonces decía mi mamá: “Pues si quieren comer, si tienen hambre, coman; si no, ¿qué le hago? ¿No ven que no hay maíz, no hay dinero?”

Ni modo, así la pasábamos con mis hermanitos. Estábamos muy solitarios en ese tiempo y nomás no había frijol. ¡Ay, Dios mío!, cuando había verduritas o papas o lo que sembraba y cosechaba mi

mamá, nos daba, pero, a veces, nos daban ganas de comer frijolitos y no había.

Si había dinero, creo que sí había quien lo vendiera, pero no teníamos, y mi papá, mientras, estaba en la finca y hasta que regresaba nos compraba cosas. ¡Ay, Dios!, qué feliz que encontró frijol mi mamá y me lo trajo. Lo coció y comimos. Qué feliz, qué rico, lo sentía como si fuera carne. Cuando iba a casa del hermano de mi papá, me daban unos taquitos de frijoles, ¡huuuuy, qué feliz!, como a carne me sabían. En ese tiempo, cuando era chica, sufrí mucho de hambre, no sé cuántos años, con mi pobre madre y padre.

Poco a poco fui creciendo. Cuando íbamos a trabajar, nos levantábamos temprano a hacer nuestro desayuno, a preparar nuestra lonchera. Mi papá alquila el terreno y siembra su milpa; la milpa me gusta. Nos vamos todo el día, salimos a las siete de la mañana y regresamos a las cinco de la tarde a descansar, por eso llevamos bastante en nuestra lonchera, para comer allá, y hacemos fuego. Como estoy chica, un rato trabajo, un rato juego, un rato cargo a mis hermanitos para que mi mamá trabaje. Me gustaba comer en el campo, qué rico, qué feliz. Ahí fui viendo que si me iba a trabajar, no iba a sentir hambre, hay harta comida cuando trabajo. Entonces, le dije a mi papá:

¿Sabes qué? Quiero que me des un pedacito de tierra para que yo lo siembre también, quiero mi milpa aparte.

¡'Tas loca, vos! Ni puedes. Mira, aquí estamos trabajando y no quieres hacer nada.

Sí, pero eso quiero, pues, pá. Sí, papá, sí papi...

Y dijo mi mamá:

Ay, a ver si es cierto. Si vas a trabajar, está bien, trabaja, agarra ese pedacito.

Yo también dijo mi hermanito.

Bueno, vamos a hacerlo, pues. ¿Cuántos surcos vas a tener tú?

Yo lo quiero grande dice. Híjole, pero ¿nadie nos va a ayudar a limpiar?

Pues no. Yo quiero cinco surcos, ¿y tú?

Yo también dijo mi hermanito.

Hicimos aparte nuestra milpita. Entre mi hermanito y yo hicimos diez surcos, y fijate que sí los sembramos.

Yo lo voy a sembrar, no te metas, papá; no te metas, mamá.

Sale, pero si puedes, me vas ayudar le dije a mi hermanito.

Y empezamos a hacerlo así, como sembraba mi papá: a qué distancia se encuentran las matas, qué tan amplios son los surcos... Así empecé y lo supe hacer. Después, cuando creció, miramos si salió completo o si faltó, pero mi papá va diciendo:

Ah, no, míralo, te hace falta, no salió completo. Lo vas a reponer: si hay tres, le pones otros dos, que sean chicos; así van a salir cinco mazorcas.

Luego vino el tiempo de limpia y otra vez no nos ayudaron mis papás. Yo y mi hermanito lo hicimos, y sí me salieron, muy bonitas, mis mazorquitas, de veras; le pusimos sus frijolitos, y agarró la milpa el frijolito. Qué bonito que salió, pues.

Como ya soy niña, quiero aparte mis pollos. Fui a casa de mi abuelita y me dijo una tía: "Si quieres tener una pollita, te la voy a regalar". Y me la dio. Después empezó a poner, y me encantaba. Y ahí se culecó y le puse todos los huevos. Entonces nacieron sus pollitos; ya tenían sus plumitas, eran unos cinco. Mi mamá tenía un marranote grandotote y malo. Mi polla entró a buscar su comida al chiquero, pasó el pinche marrano y se la comió. Me puse a llorar y llorar.

Se me murió mi polla, se me acabó.

Haz de cuenta que fuera una persona la que se murió. Dijo mi mamá:

¿Qué pasó?

Mira, tu marrano mató a mi polla, mamá.

Ya cállate, no me hagas eso. Va a crecer otro, se quedó su hijito.

No ma', es que no... A mi polla la quiero mucho.

Me calmé y me fui. No me bastaba con eso. "¿Qué quiero hacer?", dije yo. Y vi cómo costuraban las hermanas de mi papá: ponían

moños, floreada su ropa, su nagua, su orillita. Yo también quiero hacerlo. Me gusta, me encanta verlo y empiezo a bordar. Busco, ahora sí, a mi mamá:

Quiero una telita, pero no tengo.

¿Para qué la quieres?

Es que quiero bordar también, quiero mi servilleta para hacerle su florecita.

¿Para qué es la servilleta?

Para envolver nuestras tortillas cuando salgamos. Así, en el trabajo, tenemos servilleta.

Pero no sabes hacerlo todavía, juegas todavía con el hilo. Unos lo hacen porque lo saben hacer.

Sí, pero yo también quiero.

Y como no me lo daba mi mamá, corté un trapo suyo, de los que ya no sirven, que estaba tirado, y empecé a hacerlo. Fui cortando y juntando hilos, porque no me daba mi mamá, porque miraba que no lo sabía hacer. Bueno, si no lo sé hacer, está bien, pero siento que sí voy a poder, voy a aprender, y me voy con mis tías.

Regálame un hilo, me gusta este color.

¿Para qué?

Es que voy a costurar.

¿Y por qué no le pides a tu mamá?

Dice que no lo sé hacer, que no sé nada, que estoy desperdiciando el hilo y que voy a desperdiciar la manta si me la compra. Pero yo quiero. Sí lo sé hacer.

Aaahh... No sabes, tiene razón tu mamá, pero si quieres, te voy a dar. Hazlo, pero para que aprendas, pues...

Voy a aprender, ¿cómo se hace?

Así...

Empecé y agarré la aguja de mi mamá y llevé mi hilito. No le mostraba nada a mi mamá. Primero hice mi nagüita.

No quiero que adornes tu nagua, no quiero, no está bonito de-cía mi tía.

Bueno, ¿qué hago, entonces?

Lo escondo, no lo muestro. Espero que se duerma mi papá, mi mamá y mis hermanitos y empiezo a costurar en las noches, con mi ocote. Y me salieron unas florecitas. No sé a los cuantos días le dije a mi mamá que ya le había hecho algo a mi servilleta.

¿Dónde, dónde está?

Ni sirve. Ya lo lavé, pero cuando vayamos a trabajar la llevamos en nuestras loncheritas, ya no lo lleves en la bolsa de nailon. Con ésta la vamos a envolver.

Tráela, pues y miró que fue mi primer trabajo . Bueno, sí lo sabes hacer, está bien.

Pero no tienen pensado comprarme nada. Como sí me salía bien, ora sí le hablé a mi papá:

Papá, quiero que me busques mi chal para que yo le haga su florecita.

Mi mamá me decía:

Lo costuras así, nada más la orillita, y ya te tapas.

Empecé a hacerle su florecita; poco a poco fui agarrando la onda. Le enseñé a mi mamá y me dijo:

No le pongas tan grande el adorno, chiquito en la orillita, si te lo quieres poner.

Y miraba lo que le ponía a mi nagua su orillita.

¿Ves que estoy aprendiendo como lo hacen las otras mujeres?, pues me gusta también.

No le pongas adorno a tu nagua, ya te lo dije, hija. No quiero; te voy a pegar si no me entiendes, ya me estoy enojando.

No quiere que lo haga. Después me pongo un moñito con listón.

No le pongas tan grande el moño, por favor, no quiero tanto me decía mi mamá.

Bueno, mami, ¿por qué no me dejas que haga mis adornos?

Te lo voy a decir: no todo el tiempo vas a ser así; eso es temporalmente, mientras estás chica. Cuando eres niña, no tienes nada, no tienes marido ni hijo. Sólo piensas qué comer, qué quieres, nada más.

No tienes necesidad, pero te lo voy a decir: es una prevención, no porque no lo hagas. Hazlo, pero cuando una mujer está chiquita, así es como hace su moño; las flores de su ropa grandotas, adornadas, pero... ¿qué pasa más tarde? Que cuando se va a casar, se va sin adorno, sin moño, su nagua adornada de flores ca-gada de su bebé, su chal con adorno grandotote después está bien negrito; su moño lo trae arrastrando, monterona. Y peor: viene el hombre. El hombre toma mucho y pega mucho. Y, ahí, pobre mujer, se pone sonsa. Por eso te digo prevente; haz tu moño, pero chiquito, sencillo.

Me quedé pensativa, pero a mí me gustaba. Lo hice a la fuerza. Y mi mamá:

Que no lo hagas así.

Poco a poco hice eso, pues, el moñito de mi pelo, chiquito. Dijo también mi papá:

No hagas tan grandes tus flores. No me gusta. Conforme vayas creciendo, te las pones grandes. No quiero ver así, sonsita, a mi hija.

Yo no sabía eso. Y así, poco a poco lo acepté.

Luego mi papá me empezó a decir:

Fíjate, hija, que no me gusta que te pongas muy cortita tu faldita. Tú también le dice a mi mamá, ponle larga la nagua a tu hijita. Y no quiero que juegue con niños.

Y mi mamá no me sacaba. Ahí estaba yo.

En otra ocasión, me agarró un pinche espanto, como que me moría, me dio diarrea, se me cayó el pelo, estaba desnutrida de tanto que me duró. Dejé un rato de hacer mi trabajito. No tenía ganas. Aguanté casi un año sufriendo dolores. No encontraban la medicina, hasta que hallaron a un curandero y me curaron.

Otro día que me enfermé, pasaron dos o tres curanderos y no le hallaban; la última que entró, una curandera, me alivió. Hasta hubo baile. La curandera hizo una ceremonia y pusieron una ofrenda donde me caí.

Muchas cosas pasé en ese tiempo, cuando era chiquita. Cuando crecí, y luego de discutir con mi papá y con mi mamá, ya siento que

me apoyan. Cuando mi mamá me regaña, viene mi papá:

Déjala, dile bien, no la regañes ya dice así, dile así, fuerte, explícale.

Y cuando mi papá también se pasa de listo, que por cualquier cosa me pega o me regaña, viene mi mamá:

'Ta bien, no la regañes tanto, ya déjala. Voy a ver que haga su trabajito, déjala, no la regañes tanto.

En otra ocasión, estando en mi comunidad, como de costumbre fui a lavar ropa al río. Era muy de mañana, las ropas estaban en una red, las agarré y las llevé al río. Ese día me acompañaba mi hermana chiquita. Llegando al río, tiré mi red de ropas para empezar a lavar. Había un lugar bueno donde colocarme. Mi hermanita jugaba en la orilla. Después de tantas lavadas me percaté de que donde estaba yo lavando, alrededor de la piedra, aparecían muchos pececitos, pero no les hice caso. Mi hermanita me dijo:

Mira, hay muchos peces, hay que agarrarlos.

Está bien, hay que agarrarlos. Déjame terminar unas cuantas ropas y enseguida lo hacemos. Me faltaban dos mudas para terminar de lavar. Luego empezamos a agarrar los pececitos, algunos subían a mi falda, porque estaba yo hincada, y me extrañaba que se dejaran agarrar.

Hay que pescar más, porque se dejan.

Es curioso, nunca en mi vida había pescado así. Al principio salía uno por uno, y después venían más y más, no sé de dónde salían. Cuando me di cuenta, ya había varios peces grandes alrededor de mí.

Al ver que no terminaba de agarrarlos, salí del agua un ratito para tender mis ropas ya lavadas. Nuevamente entré al agua y se-guí pescando. Los agarraba como arroz, me preocupaba no tener algo donde poner los pescados. No me quedó otra alternativa que buscar una ropa para ponerlos ahí, haciendo como una bolsa. Pu-se diez pescados y agarré más. Después de tanto, ya no entraban más. Los demás los dejaba en la tierra, después buscaría dónde colocarlos.

Había mucho y no terminaba, y seguía y seguía. Me sentía muy feliz agarrando los peces. Ya tenía bastante, pues no sabía contar. Decía mi mamá: que para un montón ya es una cuartilla. Es un cálculo de lo que ya tenía de pescaditos.

Ahora sí, ya tenemos qué comer, ya tenemos para alimentarnos hoy y no nos preocupemos ya, hermana.

Mi hermanita también estaba feliz. De tantas emociones pescando, me concentraba más y metía mi mano en las piedras y en las cuevitas donde se encontraban, y no se terminaban y no se terminaba. Dije entre mí: "¿Por qué no están cerca mis papás para que me ayuden?, pero si voy a avisarles, imagino que los pececitos huirán", entonces continuaba agarrando.

Dándome cuenta de que no tenía dónde ponerlos, le dije a mi hermanita:

Pues aquí le dejamos y mañana venimos otra vez para seguir pescando. Si no, no llegaremos, porque está muy pesado.

Pescamos más de dos cuartillas porque se dejaban. Más de mil pescaditos pesqué. Y los veía chistosos y brillosos, parecían bebés recién nacidos, porque abrían las boquitas, y a la vez me daban lástima. Además, analizando que hay muchos hombres que quieren pescar y les echan bombas y los matan; no sólo a ellos, sino a todo lo que se encuentra bajo del agua, otras vidas, es más triste ver porque no lo respetan. En cambio yo, con mis manos, y sin lastimar a otros, pesqué mucho. Me extrañaba lo que estaba pasando. Al llegar a nuestra casa, encontramos a nuestra mamá. La sorpresa fue grande, estaba emocionada al ver los pescados.

Hijas, ¿de dónde sacaron los pescados?, ¿acaso se los regalaron?

No, mamá, los encontramos donde estábamos lavando.

Y nuestra mamá se negaba a creer.

¿Cómo es posible que hayan encontrado tantos pescados? Eso es inaudito.

Mami, no te preocupes, ya están sus pescados.

Ella los agarró y los puso para prepararlos.

No les creo, hijas, que ustedes los hayan agarrado. Sé que no es momento ni temporada de pesca, ni mucho menos que el río ha-ya crecido.

Lo tuvo que creer porque era verdad. Y seguía replicando:

¿Cómo es posible que ustedes hayan agarrado un chingo? Cuando voy a pescar no se dejan y se esconden bajo las piedras o en sus cuevitas. Bueno, ni modo, hay que prepararlos.

¿Sabes qué, mami? Tengo que volver a pescar.

No, hija, ya es muy tarde, sería hasta mañana.

Pero estaba inquieta de volver a ir a pescar. Al siguiente día nos levantamos muy de mañana a cocinar lo que quedaba. En seguida desayunamos y nos fuimos, sin decir nada.

Mami, hay más ropa que lavar y me tengo que ir.

Ve, hija, se apuran y no vengan demasiado tarde.

Nos fuimos, pero la intención era seguir pescando. Íbamos bien preparadas con nuestras bolsas para meter ahí los pescados. Y sí, en el mismo lugar donde pescamos el día anterior, llegamos nuevamente a agarrar. Pescamos diez peces más, pero los demás ya no se dejaban agarrar. Me percaté de que salían más, y ya son peces muy grandes, no como el primer día, pero los perseguimos para atraparlos.

Metí mi mano en las cuevas donde se encontraban los peces, los sacaba, y grandes, una y otra vez, pero a la cuarta, sentí que agarraba algo grande y muy resbaloso. Entonces sentí miedo y se me paró el cabello.

Ahí lo dejé, pero aún encontré media cuartilla de pescados.

Llegando a casa, le dije a mi mamá:

Mami, ya no encontré más pescado.

Ya no pesques más, déjalo ya.

Al siguiente día pensé que tendría que volver a pescar...

En la noche fui a descansar. Soñé que me decía un hombre sin rostro:

Hija, ya basta con lo que has agarrado. No te puedo dar más. ¿Ya terminaste de comer los pescados?

No, aún quedan pocos, para unos dos días.

Es verdad, es lo que veo. Bueno, termínalos. Nada más te pido de favor que no vayas ya a jugar con los peces. Si vuelves a ir sin mi permiso, ya no te daré nada y ya verás.

¿Quieres que nos vayamos? Te llevo.

No, no, no me quiero ir. ¿Por qué no me vuelves a dar?

No, ya no. Solamente eso. No a cualquier persona se los regalo; solamente a ti. Te lo di con todo mi corazón para que comas. Si vuelves a venir y a meter tus manos, si te veo, te llevaré. En caso de que no me entiendas, me mostraré contigo. No soy tan grande y mi cabeza es chica, ¿quieres verme?

Sí.

Cuando la vi, era la cabeza de una víbora y me dio mucho miedo. Me decía que era la mamá de los peces. En ese momento me desperté asustada.

Me quedé pensando y me dijo que ya no fuera, y si lo hacía otra vez, que me agarraría como yo agarraba sus peces. "Si no me obedeces, pues, te llevaré, como te llevaste mis peces. Solamente a ti te los regalé y nada más." Y me advirtió: "Cuídate mucho y dile a tu hermanita que no lo haga".

Desde ahí ya no volví a pescar, pues estaba advertida a través de mi sueño. Los pescados que pude pescar es algo importante en mi vida.

Algo que no les conté, fue que vi, cuando pescaba, alrededor de mí, una especie de corona. Fue una experiencia muy bonita y poderosa que nunca volveré a ver, pues a partir de ahí ya no volví a pescar, respetando lo que el hombre me advirtió.

Cada vez que iba a lavar, no voy pensando en pescar.

Esto me llevó muchos meses olvidarlo y me daba miedo entrar al agua para lavar. Todo lo que me pasaba, nunca le decía a mi mamá. A veces lo comentaba, pero no todo.

Mis papás me decían:

Yo creo que lo que decía la niña, cuando pescó esa vez, es que

fue un regalo de un ángel que anda en el río, por eso le permitieron pescar bastante; por lo tanto, el río es sagrado y tiene un ángel que respetar.

Me recomendaron también que respetara el río y respetara las palabras que me dijo a través de mis sueños: "Así que, hija, respétalo y no hagas tu caprichito en el río".

Cuando ya estaba grande, no sé a los cuantos años, iba a la escuela y me escogieron para que me fuera a Zinacantán a un concurso. Me fui con unos compañeros de mi grupo. Era la única niña, y cuatro hombres iban conmigo.

Me mandó el maestro cuando estaba en cuarto año o tercero, no me acuerdo, pero sí que me fui a concursar en canto, en baile, qué chistoso. Mi mamá no me quería dar permiso, pensaba que me iba a quedar allá. A mi papá sí le gustaba que fuera, pero mi mamá, ¡pobre de mi mamá!, no me quería mandar porque decía que en algo la apoyo con mis hermanitos chicos y, además, que soy una niña y no va mirar qué me pasa. Pero me fui. ¡Qué bien salió todo! Unos quince o veinte días estuve allá. En ese tiempo me preguntaron qué quería aprender, qué quería hacer, y que si quería tocar la guitarra o la marimba. ¡Ay, qué feliz!, me encanta, me siento contenta.

Pero pobre de mi mamá, lloraba por mí. La dejé porque era la única grande, los demás estaban chicos, y mira lo que me pasó: me caí. Hubo limpieza en la escuela, dentro de nuestro salón; en nuestro dormitorio, pues. Estaba lavando y, de repente, me resbalé; llegué boca arriba, me golpeé la cabeza en el piso y... ¿quién me curaba, quién me levantaba? Pues mis compañeras. Mientras, no sabían mis papás. Estuve ocho días en cama. A los quince días lle-gó mi papá a verme.

Me estoy recuperando, pero me duele mi cabeza.

¿Qué te pasó, hijita?

Me enojé, nadie me curó. La pinche directora de la escuela no me hizo nada, no me curó, y es una casa albergue. No me die-

ron nada, solita, y así aguanté el dolor. Tuve mucha calentura y no me dieron nada.

En otra ocasión, mi papá estaba sentado acá, mi hermanito aquí y mi mamá tortillando. Yo no sé qué estaba haciendo. No supe cómo empezaron, si respondió mi mamá, o no hizo su mandadito, no sé qué delito tuvo. Todavía me dan ganas de llorar. Estaban discutiendo mi mamá y mi papá, y... passs, su hacha se metió en el fogón y toda la chispa le llegó a mi hermanito, que usaba ropa tradicional, cortita, pues, y se mira su pierna: "¡Ay, ay!", dice mi hermanito.

Quise ayudar, pero si me acercaba, quizá también yo lo recibía. Estaba bravo mi papá y no supe por qué. Salió, pero la ropita se le quedó pegada a la pierna y las chispas le quemaron su camisita. De ahí, no me recuerdo. Mi mamá se preocupó y dejó de tortillar. Salió llorando mi hermanito, gritando fuerte. Y no sé qué pasó, que hasta a mí me pegaron, me regañaron. Y me fui a llorar atrás de mi casa. Llorando y llorando.

Mejor me calmé, porque si me escucha, otra vez mi papá me iba a pegar. Me callé y entré. Y ahí está mi mamá cambiando la ropa de mi hermanito. Y a mi mamá se le salían sus lágrimas. Y cuando estaba cambiando la ropa, dice: "Míralo... hijito, qué hiciste. No llores..."

¿Cómo está, mamá, cómo está?

Y entré a ver dónde se lastimó. Muy negra su piernita y su ropa. ¡Chispas! ¿Qué tiene? Se quemó. Huele feo.

Y que voy tocando su piernita, veo donde le sacaron la ropa y despego su cuerito. Y, por fin, no sé cómo ni quién lo curó. Pero en este tiempo tuvimos miedo y miedo. Ahora mi hermanito todo lo tiene en su mente, en su corazón; no olvida. Así dice cuando toma trago. Discuten todavía. Como es hombre, le puede responder. Yo no respondí nada, nada más me desquitaba llorando.

Lo que sí me dieron fue esta prevención. Me educaron y me enseñaron a trabajar. Si no me hubieran hecho nada, no sé... Me ima-

gino que no sabría nada ahora. Me doy cuenta de que los que no hacen nada en el campo, esos son los que sufren. Pero es una parte... golpes, regaños, me detuvieron lo traviesa, no puedo hacer cosas malas. Mis papás quisieron que yo saliera bien.

Cuando estaba grandecita, me empezaba a explicar mi papá:

Mira, te he pegado, te he regañado, porque por una cosa que hagas de traviesa, no quiero que me pongas en vergüenza. Si un día me vienen a decir tal cosa, no quiero que no trabajes, que no hagas nada. Quiero que seas trabajadora, que hagas algo que te beneficie. Mira, ya voy a estar viejo. Deberías tener algo, es lo que veo. Ya estás grande. No por gusto te estoy pegando. No quiero que te la pases jugando, no me gusta.

A veces, cuando está cerca mi mamá, la escucho también:

Sí, está bien... lo que pasa es que le das mucho... Es el problema, tú también... qué ejemplo le vas a dar si estás tomando, nos corres, ¿qué ejemplo le vas a dar así?

¡Cállate tú, chingada! le dice a mi mamá.

Me siento cuando le dice así, tengo miedo. He visto que la saca, jalotea su pelo, le sangra la nariz a mi mamá, que carga a su hijito, a mis hermanitos, aunque les esté dando de mamar, ¡pass!, viene y ¡pass!”, le pega. Tenía mucho miedo.

Son celos. Hasta que se calma. Es porque mi papá cree cuando personas malas le dicen chismes. Entonces, él pensaba que mi mamá era mala. No es cierto, sino porque la persona lo desorienta. Mi papá tomaba porque se sentía mal, molesto.

Pasó eso porque mi mamá es huérfana. No tiene ni mamá ni papá. No había quien respondiera, ni sus tíos ni hermanos grandes. Al contrario, es la mayorcita. Y tampoco mi papá, sólo tiene su mamá. Así, más que nada, son huérfanos. Por eso pelean entre ellos. No hay con quien distraerse, no hay nadie.

Espantada, pero ahí aguantó mi mamá. Aguantó todo. Nos creció. Somos ocho. Y bueno... felicito a mi mamá porque no se dejó tanto, lo aguantó. Un rato estuvo así: la molestaban, la regañaban.

Lloraba mi mamá pidiéndole a Dios que se compusiera mi papá, que mejorara su vida. Aunque sea mi mamá, la desprecian, pero mi mamá no piensa así. Ella pide a Dios, así nos creció.

Cuando llegaba a casa de mi abuelita, con mis tías, ellas tenían sus hijos y me decían: “No sabes prensar tu pelo, no te sabes peinar, no sabes amarrarte la faja”. Las hijas de mis tías tienen sobrinas también. Nos encontramos y yo llego sola. Mis tías me dicen que ya no me quieren, porque quieren a otros: a una de las hijas de mi tía la quieren mucho, porque tiene el apellido Muxan. La hija de mi tía se llama Manuela Muxan. Y los sobrinos, Melen Muxan y Mi-caela Muxan. Yo soy la única ló. Ésa es la diferencia que sienten y no me quieren muy bien. Mi abuelita sí me quiere mucho.

Éste es el coraje que tiene mi tía, que me quiere mucho mi abuelita, no le gusta. Cuando voy donde va mi tía, donde van los otros dos niños, me dice: “Tú, quédate, quédate con abuelita. Quédate porque no eres Muxan. Los que son Muxanes sí los quiero mucho”.

Me pongo triste y me regreso.

Decía mi abuelita:

Oye, Manuela; oye, Petrona, peina el cabello de m'ijita.

Sí dicen.

Dizque aceptaron, pero entre ellas se dicen:

Enséñale tú, péinala tú, arregla su cabello.

¡Y que me lo hacen, desgraciadas!

Agarra el peine como si arrancara tierra: pass, pass, y fuerte lo mete en mi cabello. Y lo saca. Está enredado y lo jala, fuerte. No le echa agua para que se ponga suave mi pelito. Y empecé a llorar.

¿Qué le haces a m'ijita? dice mi abuelita.

Nada.

Y otra vez: ¡pam! Otra vez fuerte el peine en mi cabello.

Ya no quiero digo. Déjame mi pelo, tía, ya no quiero.

¿Cómo que no quieres? Te voy a trenzar.

Con el coraje que siente, no me peina bien. Fuerte jalotea mi

pelo y me sale sangre de mi cuerito. Y duele un chingo. Ya no quiero.

Mira, abuelita, cómo me hace me pongo a llorar.

Mi abuelita me quiere mucho. Agarró a mi tía y le dio una nalgada. Vi que lloró también. Ya no vuelvo, pienso. Con una vez que me hicieron eso, ya no quiero estar con ellas.

Pero no entiendo, y otra vez regreso. Voy porque van los dos niños y quiero agregarme a ellos. Y siempre me hacen desprecio. Y me jalan mi faldita, mi faja. Dicen:

Ay, cómo eres... amárrala, amárrala...

Y no me la amarro. No sé amarrarla otra vez.

Amárrala, por favor...

Como que le cuesta mucho para amarrármela.

Agarró mi faja en mi cinturita y me la apretó, como nunca me han amarrado. ¡Putal!, cómo sentía, como si se fuera a cortar mi cinturita de lo apretado. Me lo hizo con coraje mi tía. Empecé a llorar y después me quedé varios días adolorida. Ni siquiera le digo a mi mamá, porque estoy yendo y sé que ella no quiere que vaya a casa de mi abuelita a cada rato. Si le digo, me va a regañar.

Entonces me dijo mi abuelita:

Ya no te acerques a ellas, pendejos, no entienden. Déjalas, van a ver, si regañan o molestan a m'ijita, van a ver.

Otra situación que pasó, pero más fuerte, fue en Todos Santos, cuando fueron a arreglar el panteón. En las tumbas de los muertos, mi papá y mi mamá fueron a poner flores, a limpiar. No sé a qué hora salieron. Sé que dijeron: "Vamos a arreglar, porque mañana encenderemos las velas". Lo que hacen de costumbre, pues, para las fiestas de nuestros muertos.

¿También vas a ir? pregunta mi papá a mi mamá.

Sí, pero ¿y los niños?

Déjalos encargados. Mica que se quede a cargar; carguen a sus hermanitos.

Mis hermanitos son gemelos, niños los dos. Como somos dos ni-

ñas, el que lloraba mucho, muy inquieto, ése lo tengo yo, lo puedo calmar, hacer cosas para que no llore. El otro no sabe llorar, es más quieto, humilde, le das algo de comer y está calmadito. Es el que mi hermanita carga, lo atiende.

Al rato vengo dijo mi mamá.

Así que comimos, tenemos de comer, y les dejaba de mamar a los dos.

Se fueron con otro hermano. Nos quedamos con mis hermanitos más pequeñitos. Ellos se durmieron y a cada uno lo cargamos. Esperamos. Dieron las seis de la tarde, las siete, y no llegaba mi mamá ni mi papá. ¿Qué pasó? Ya entró la noche. Estábamos sentadas haciendo un juego con mi hermanito.

Mi hermanita está preocupada también, quiere llorar porque pesa su carga. No aguanta mucho todavía. Yo también ya me cansé, pues ya pesa mi hermanito, tenía seis meses. ¡Ay!, ¿qué les pasó? Dieron las nueve y nada. Ahí tenía su reloj mi papá, lo estoy mirando que está pasando el tiempo. Las diez y nada. Pero no se duerme mi hermanito, que quiere a su mamá.

Hicimos su agua, algo de comer, buscamos para que se calme, que no llore, jugamos, pero no. No se quiere calmar. ¿Qué le vamos a dar? No tenemos chichi nosotras. Me dan ganas de llorar también. Y ya es noche, nunca nos ha hecho eso mi mamá. Mi papá sí, llega para amanecer. En cambio, mi mamá, nunca.

Hay una cocinita y un cuartito, nada más, separados. Ay, Dios mío, se oyen pasos en la puerta de la cocina y del cuarto. Ahora sí que tengo miedo.

Además tenemos un puerco y una marrana. Está embarazada. Y no sabía si era tiempo de que se aliviara. Pobre, la tenemos amarrada a un metro de la casa. Y va llegando su día en que se va a aliviar. Escuchamos que va naciendo un marranito: "Oinc, oinc, oinc". "La primera", dice mi hermana.

Después se queja la marrana. ¡Pero qué ruido!, es del dolor que siente al nacer su bebé. Saca mucho su nariz, como que está cansada.

¡Pobre mi marrana!

¿Qué vamos a hacer? Se va a morir nuestra marrana. No llegó ni mamá ni papá, y ahora tenemos puerquecitos.

Y con nuestras criaturas vamos a ver. La pobre marrana muere de dolor también. Se queja, “uuu, uuu” dice, como gente, mi marrana. ¡Híjole!, necesito moverla, si no, va a aplastar a su bebé.

Mis hermanitos chicos, la verdad, se calmaron, no lloraban. Eran las diez de la noche. Le dije a mi hermanita: “Ven acá, la criatura no baja, tráela así, cárgala así, y vamos a traer más ocote para ver bien”.

Se me olvidó mi mamá y mi papá. Rajamos el ocote. Empezamos a ver a la marrana, que no aplaste a su hijito, pobrecito. El marrano grande está amarrado abajo del árbol. Y tenemos dos perros, pero tienen miedo, “¡ba ba ba ba!”, y ladran; pensaba que había alguien que llegaba. No lo veo. Los perros se van a la casa, se esconden y ladran, “¡guaa, guaa, guaa, guaa!” Ya está cerca, pe-ro nosotros no nos damos cuenta. Y, de repente, “ka ka ka ka, ka ka ka ka”, dice el otro marrano.

¿Qué le pasó? dije yo.

No sé dice mi hermanita.

Sigue gritando el otro marrano grande. ¿Qué pasa?

Se me apagó el ocote y fui a encenderlo otra vez.

No hay viento y se apagó. ¿Qué es eso? Ni siquiera me doy cuenta ni tengo miedo. “Trajjsss!”, un ruido fuerte afuera, ¡cuando voy viendo a un hombre y a mi marrano!, huyendo los dos, cada quien por su lado.

¿Que le pasó a mi marrano? Lo quería robar el hombre. Ahora sí les dije a mis perros, búscale, búscale...

El perro se esconde porque tuvo miedo...

Entonces, cuando estoy parada, siento que se me paró el pelo de repente.

¡Ya cállense, cállense! les dije a mis hermanitos que estaban llorando. A mí me daban ganas de llorar también. No viene mi papá ni mi mamá. Ahora sí me preocupé.

Ya no había ruido en el patio, estamos pensativas, ¿qué será lo que está pasando? No sabemos.

Por ahí de las tres de la mañana, oí el grito: “¡Xi meel, xi meel, xi meeel!”, decía la hermana de mi papá. Salí a ver qué estaba pasando.

¿Dónde está tu papá?

No está, estamos solitas.

Cómo jlam ta vaneketik.

Pues no sé.

Que ¿no se preocupan?, ¿no sienten nada? A mí ya me robaron mis animales... el coyote. Robó todos mis animales, por eso vine a ver a tu papá, para que me ayudara, pero no está...

La tía se enojó porque nos dejaron solitos.

¿Cómo es posible? Tu papá, tu mamá, les voy a decir que cómo te dejaron. Ya me voy, cuídense... Cierren bien su puerta.

Y se fue a buscar a sus animales, y cuando los hallaron, el coyote se los estaba comiendo.

Nos quedamos en mi casa y cerré bien la puerta. Platiqué con mi hermana:

Oye, ¿no sientes nada?

No, no siento nada.

¿De veras?

De veras.

A mí, de repente, se me paró el pelo.

Cuando estaba con mi hermana, fue entonces cuando el coyote que pasó por la casa hizo ruido y molestó a los animales.

Como a las siete de la mañana llegaron mis papás... Y les empecé a decir... Estaba enojada con mi papá porque no regresaron temprano, pero ya después pasó eso.

Otra situación me causó tristeza. Me queda un resentimiento de cuando murió mi hermanito. Tenía un año y medio cuando murió. En ese tiempo mi papá se fue a la finca y mi mamá estaba en-ferma.

No sé qué enfermedad tuvo. Desde ahí ya no podía cargar, ni abrazar, nada. Y estoy mirando, cuidando a mi hermanito. Tos ferina, eso fue lo que le dio. Me dice mi mamá que me vaya a buscar su medicina, pues conozco a la señora que sabe dar algo. Fui a verla y se la traje. Le di de tomar poquito, poquito. Al siguiente día, veo que está empeorando y mi mamá no se levantaba.

Oyes, mamá, el niño se está... ya va morir; veo que no respira. ¿Qué voy a hacer?

No puedo dice mi mamá.

Ay, mamá, vamos poco a poco a llevar a la criatura.

Vámonos, vámonos.

Caminó mi mamá y nos fuimos. Cuando llegamos a casa de la señora, preparó la medicina y se la dio a mi hermanito.

No se van a ir dijo la señora . Vamos a verlo poco a poco; si Dios quiere, se va a curar aquí; hasta mañana se van.

Empezó la curación, le dieron la medicina, lo sobaba.

No sentimos cuando entró la noche. Por ahí de las ocho o nueve de la noche, mientras cuidamos a mi hermanito con la señora que estaba haciendo favor de atenderlo, escuchamos que cayó una piedra encima de la casa. ¡Pa'su mecha!

No sabíamos que era eso. Y, al rato, otra vez. Mi mamá tenía abrazado a mi hermanito dentro de la casa. Y de repente ¡tras!, otra piedra llegó al lado de mi mamá. Al rato, otra vez. Se arrimó a la orilla del fuego. Al rato, otra piedra. Era piedra de panteón. Entonces dijo la señora que curaba a mi hermanito: "Es difícil que lo podamos hacer. Esas piedras significan algo".

Yo no pensaba que fuera a morir mi hermanito. Por ahí de las once o doce de la noche, de repente, se murió para siempre. Eso es lo que me da sentimiento hasta ahorita.

Mi mamá empezó a soltar su llanto. ¿Cómo le voy a hacer?

Bueno, ni modo, ya murió mi hijo, no he logrado crecer mi criatura. Desgraciadamente... ¡pinche pobreza que tenemos!, no es-tá su papá, se fue a la finca de Tierra Caliente a trabajar. Como estoy enferma,

no logré crecer mi criatura, lástima.

¿Y quién lo va llevar 'ora que ya nos vamos a la casa? Tenemos miedo, yo y mi mamá, a las doce de la noche. Y dijo la señora:

Mira, Mari, te suplico que no te pongas a llorar mucho, andas mal, estás bien enferma; por favor, tranquila. No llores. ¿Sabes qué vas a hacer? Se van a ir, ni modo. No logramos salvar a la criatura. Ya estaba avanzado cuando lo trajeron... Dios mío. Tú, Mari, no lo vas a cargar. Que lo lleve tu hija.

Lo llevé. Me envolvieron a la criatura, me lo prepararon y lo cargué ya muerto, bien muertito. A la una de la mañana salimos de casa de la señora. En el camino íbamos llorando. Estaba bien oscuro. La señora nos dio ocotes pa'que miráramos nuestro camino. Nadie nos acompañó. Sólo yo, mi mamá y mi muertito. Los que nos escucharon en el camino nos preguntaban qué nos pasaba. Les dijimos que estábamos con gran pena: "Falló nuestro hijo", decía mi mamá. Así pasamos y amaneció.

Las personas que nos escucharon llorando en el camino fueron llegando a nuestra casa. Le mandaron aviso a mi papá, que estaba en la finca. Aunque lo mandaron llamar, mi papá no lo pudo lograr. Cuando llegó ya lo tenemos enterrado.

Yo me enojé: ¿cómo es posible? No sé qué sentía porque se murió mi hermanito por tanta deuda que tiene mi papá por comprar maíz. ¿Qué pasó que ya no pudimos estar juntos? No logramos crecer todos juntos. Así desaparecieron algunos de mis hermanitos. Por pobreza muere otro, enferma otro, de veras. Porque estoy chica, no tengo experiencia, no tengo idea de cómo curar, cómo sanarlo... Y duele... ¿Cómo buscar la forma de estar bien de salud? Con trabajo pude olvidar, hasta que tuve un sueño.

Yo estoy lavando en el río y vino una mujer en mi sueño y me dijo:

No llores, hijita, no llores. No te preocupes tanto. No llores... No va a estar abandonado tu hermanito. Yo lo voy a abrazar.

¡Qué guapa la mujer, qué bonita su falda, su chal! Su pelo largo está en una orilla del río o de una cueva. Está bien adornada de

muchas cosas.

No llores. No te preocupes, lo voy a ver.

¿Lo ve usted? ¿Va a ver a mi hermanito?

Éste es mío, lo voy a llevar, lo voy a cargar, lo voy a abrazar.

Así como lo soñé, se lo conté a mi abuelita.

Aaaah, bueno, es un ángel ése. No te preocupes, ni modo, ya se fue, ya no llores dijo mi abuelita.

Nunca se me olvidó que lo fui cargando muerto, como si estuviera vivo, con mi chal. Con trabajo pudimos salir de tanto sufrimiento. En ese tiempo fue un milagro de Dios, dice mi mamá, que pudo lograr todavía a mis otros hermanitos.

Con el tiempo me puse contenta. Hacía todo lo que puedo hacer: mi mandadito dentro de la casa, afuera. De todo un poquito hacía el trabajito. En mi clase también estoy haciendo la lucha. Estuve feliz cuando me enseñaban mis maestros, hacía mi tarea y, poco a poco, me fui olvidando de la tristeza. Cuando me enfermaba, de diarrea, de vómito, no me daban ganas de comer por el empacho, el espanto. Cada enfermedad la probaba y, como soy muy preguntona, otras compañeras de la escuela que me decían: “Este remedio es muy bueno, mi mamá se curó de tal enfermedad, se curó de tal otra...” Poco a poco me fui interesando en los remedios. Ahí empezamos a conocer las plantas medicinales en el campo. Al lado de nuestra escuela había unos jardincitos, un pedacito de bosque. A la hora de recreo salíamos a coleccionar las plantitas. Y como soy muy preguntona: “¿Cuál es éste?, ¿cómo se llama?, ¿cómo se toma?”; cuando veía plantitas, pensaba que todas eran puras medicinas.

Un día me enfermé mucho de diarrea. ¡Híjolas! Nunca se me había puesto el estómago así. Entonces, mis amiguitas me dijeron qué planta era buena. La busqué en el monte y la tomé. Le dije a mi mamá:

Me dieron el nombre de esta planta.

¡Aaah! ¿Y será que es cierto? no me creía.

Sí, de veras, así me dijeron y lo apunté. Todo lo apuntaba en un

cuadernito. Y fui probando así cada plantita. La verdad, sí me han curado, me van sanando. Entonces, cuando veo que alguno de mis hermanitos, o mi mamá, se enferman, voy tomando y voy dando las plantas para curar: tomadas, lavados en baño. Me dicen cómo se da. Me cuentan las mamás de mis amigas. No todas saben, sólo algunas. Así agarré la onda, poco a poco.

También en mi clase me gustaría concursar en eso, el conocimiento de las plantas medicinales. Eso es lo nuestro.

Me iban a meter en el albergue de Zinacantán, pero ya no quise ir; además, mi mamá no me quiso mandar ya. Dijo: "Que termine la escuela en su paraje".

Terminé cuarto. Después me mandaron a otra colonia donde hay albergue: Chempil. Ahí terminé mi sexto. Ahí sí que me gustaba. Hacía todo, otra vez concursos. Competí en las carreras, por Chempil en Huixtán. Y también en basquetbol, quedamos en segundo lugar. En carrera de velocidad de cincuenta metros quedé en primer lugar; de brincar quedé en segundo. En recitación y canto me divertí mucho con mis amiguitas.

Ahora ya estoy en la adolescencia y entra el sufrimiento en mi vida. Me miran que ya estoy creciendo y no faltan los hombres que me molestan. En ocasiones me chiflan y dicen: "Te quiero mucho, mamacita". No es nada... eso pasa. Me pongo a reír, nada más.

Hubo otra cosa más, así, dolorosa. Cuando ya me miraban los hombres. Pasó en mi casa, un día que estábamos durmiendo mi mamá y mis hermanitos mi papá no estaba. Estoy durmiendo aparte, casi a la orilla de la cama de mis hermanitos. Y como no tenemos bien hecha la casa, la puerta es una tablita y la pared es puro lodo revuelto con juncia, bien chafita nuestra casita. Cuando nos acostamos, me sentía yo rara. Presentía mi cuerpo no sé qué. Siento como que hay algo que viene. Nos acostamos, no sé a qué horas.

Estaba ya el silencio, es de noche y no me entraba el sueño. Mis

hermanitos y mi mamá se durmieron. Y cuando apenas me va entrando el sueño..., voy escuchando que hacía ruido mi puerta. Me desperté muy bien. Con calma van arrimando la tablita de mi puerta. "¿Qué es eso?", me dije. Mi corazón empezó como tambor: tun, tun, tun. ¡Voy viendo que ya metió su pie un hombre! No sé que le hizo falta que no metió toda su mano. Va pisando donde estoy, me va a agarrar, ¿qué me va a hacer? Sólo vi que va caminando despacio. Me quitó y... ¡órale! Me quitó mi cobija. Me levanté y me fui hasta la pared, en la cabecera de mis hermanitos, y ahí me metí a acostar.

¿Qué te pasó? dice mi mamá.

Yo no hablo.

¿Qué te pasó?

Me metí a dormir en medio, como un chiquito, en la cama donde estábamos durmiendo.

¿Qué te pasó?

Ay, mami, ¿quién viene?

Entonces se oyó mucho ruido y que va saliendo el pinche pendejo. Era un ratero y se fue. Como no tenemos perro, los perros de mis vecinos estaban ladrando porque pasó por el monte ese pendejo demonio. Ése fue el dolor que primero me arrancó mi corazón, que primero me asustó, me metió miedo en ese tiempo.

Mi mamá me preguntó:

¿Qué te pasó? ¿Por qué hiciste eso?

Mi mamá no sabía. Ellos no sintieron que entró así esa persona y que me iba a agarrar.

¡Ay, señor mío!, ¿cómo es posible? dijo mi mamá. ¿Pues quién sería?

Se levantó mi mamá a ver a mis hermanitos, pero no halló nada.

Me quedó el miedo varios días. A los ocho días supimos. Pinche gente pendeja, lo que hace, pinches cosas que traen en su cabeza. Nada más piensan en eso. Me miraron que ya estoy grandecita y piensan que es fácil sacarme.

Salió un señor, que es el marido de mi vecina, no tan vecina; viven

como a unos cien metros de nuestra casa. Pensaron que era fácil robarme, pero yo no pensaba que pudieran hacerme mal. Supe que el vecino dijo: "Pinche pendeja, se salvó. Es mi comida esta chamaca. Ya está buena, ya se puede". Así le contaron a una amiga de mi mamá. No sé adónde fue a platicar su puta suerte, pero así fue.

Lástima, suerte que tuvieron. Se levantó rápido, me espanté y me salí. No sabía a dónde irme para que no me agarraran. No vayan a decir nada, calmada la boca.

Mi mamá se quedó sorprendida.

Esperemos si lo vuelve a hacer. Como no lo vimos, la información fue de boca, no estamos seguros que sea cierto. Mi papá está preparado por si pasa otra vez. Esperó casi un año. Ahora ya no me duermo en la orilla, sino que me dejan en la pared.

Mi papá se preocupó de cerrar bien la puerta, más trincadito, más fuerte. A la hora de dormir, pues, trincamos; también cuando no está mi papá o mi mamá. Mi mamá ora sí tuvo miedo, mucho miedo.

Yo sentía que el hombre me estaba mirando, que me quiere chingar. Voy creciendo y, ahora sí, me mandaron a otra escuela, en la colonia Chempil, donde puedo lograr mi primaria, mi sexto año. Ahora hay más peligro, más tentación, para mí es un demonio. Faltaba una semana para que terminara la escuela, para hacer mi clausura de sexto año, ya tengo mi madrina. Dios mío, ¿qué me pasó? Nunca se me olvida, hay veces que se me remueve: ¡puta suerte!, digo yo.

Como cada viernes, regresamos a nuestra casa, y el domingo volvemos al albergue, para estar todos el lunes y, tempranito, ir a la escuela. Desgraciadamente unos querían que me casara. "No quiero", les dije. Unos sí entendieron. Viene otro. Le digo que no quiero: "Discúlpame, es que no me gusta". Él me ofrece todo, dice que tiene dinero, ganado, terreno, que no voy a sufrir y que me va a querer mucho: "No quiero, muchas gracias".

Me decía:

No, pues si no sabes, vas a hacer comida, vas a hacer esto, va-mos

a vivir, vamos a estar juntos, vamos a hacer casita, vamos...

Me ofreció muchas cosas, pero no quiero. Algunos se retiraron, otros se pegaron entre ellos: "Yo la quiero mucho", "ya es mía", decía el otro.

Pobres hombres, de veras se pegaron por mí. Por una parte me dio lástima.

¿Por qué no quieres?

Es que quiero estudiar, quiero platicar cosas, eso es bonito, es lo que quiero...

No, es mejor que te vayas conmigo.

No, no me gusta lo que tú estás pensando. Ahí están tu mamá y tus hermanitas, puedes estar con ellas.

No, mi mamá y mis hermanitas es otro asunto, a ti sí te quiero mucho, quiero que vivamos juntos, hacer nuestra casita.

Es que no quiero, discúlpame.

Con eso se fue, pero no quedó ahí nomás. Se fueron a hablar con mi papá y mi mamá. Regresé a mi casa en la tarde del viernes y el sábado tempranito llegaron a pedirme. Llegaron el chavo, su papá y su mamá. Mi mamá no quiere:

Ella no quiere, quiere estudiar, quiere sacar sus estudios.

Mi papá dice:

Ella no quiere, no puedo obligarla, no puedo mandarle que se case, que se vaya. Todavía no lo tiene pensado. Cuando llegue el día, ella misma lo dirá. No puedo exigirle que se vaya con un hombre, que se case. Al contrario, quisiera que no se casara, que estudie o que tenga su trabajito. Eso me gustaría.

Ahorita no te puedo decir nada, no te puedo responder dice también mi mamá. Hay otras muchachas, búscalas. No me desorientes a mi hija, por favor. Voy a esperar a que termine sus estudios. No les puedo dar el permiso, porque sería como un compromiso. Así no, discúlpame, señores.

Ya llevaban todos los regalos que nos iban a dar, pero no los aceptaron mis papás, y se los llevaron otra vez.

Pasó una semana y presenté mi examen, sólo faltaba la clausura. Antes de salir de mi casa rumbo a la escuela estaba muy contenta. Teníamos un jardín y me gustaba sembrar flores al lado de mi casita. Dejé limpio mi jardincito, dejé barrido, limpia mi casa, le dejé hechas las tortillas a mi mamá, dejé puestos sus frijolitos y su nixtamal. Sentía que sí podía, me sentía muy contenta, A las doce pasaron mis compañeros por mí para irnos.

Me salí y cargué mi mochilita.

Ya me voy, mamá. Vengo hasta el viernes.

Te cuidas, te portas bien.

Íbamos cuatro, tres niñas y un niño. Nos fuimos caminando a la colonia Chempil, que está lejos. Pasamos el río primero, después entramos en el bosque. Por poquito no regreso. Algo presentía mi cuerpo. Por poquito y no me mataron.

A la mitad del bosque, soy la primera que va adelante, los demás vienen atrás. De repente, en medio del camino, me dice un señor:

Buenas tardes, ya vinieron.

No me acuerdo si le contesté o no. Miré a mis compañeras, pensé que nos iba a llevar a todos, pero me agarró a mí: "¿Por qué me agarras? ¡Suéltame!".

Me espanté. Cuando vieron que me agarró, mis compañeros se fueron corriendo. No supe adonde se fueron. Empecé a gritar: "¡Ayúdenme, ayúdenme!" Nadie me ayudó.

Ora, ¡qué ayuda!... ¡chinga a tu madre! me dijo el hombre.

Y vino otro hombre. Quedó tirada mi mochila, mi ropita, mis papeles, mis libros, todo.

El otro vino con una máscara; vino, pinche maldito, con ropas de diablo que se puso, cola de chango, larga y peluda; su mano estaba tiznada como con pintura de carbón, negra, negra; está feo. Empezó a agarrarme. No hablaba, nomás me agarró y pass... me puso en su hombro. Yo gritaba y me caí, no me pudo detener.

Viene el otro feo, con su ropa de diablo, traen puestas puras formas de animales: cola, nariz, máscara, orejas... ¡puta suerte! Me

llevaron dentro del monte. Se me secó la garganta, ya no tengo espíritu. ¿Qué me va a pasar? “Me van a matar”, pensé. Como iba gritando, me taparon la boca, me metieron un trapo y, pa’que no mirara, me taparon los ojos con otro trapo.

Después de tanto, perdí toda mi fuerza y me agarraron los tres hombres. Casi cuatro, el otro estaba lejos, vigilando si no venía nadie. Tres son los que me están agarrando. Los pateo y los muerdo y hago todo lo que puedo. Me resbalaba de sus manos, me caía, ponía mi chancla; tenía trenzado mi pelo y se desató mi lis-toncito, por allá quedó tirado mi zapato. Voy corriendo, me voy agarrando un zapato. Me resbalo, me ruedo, me meto en una zanja, no importa si hay espinas.

“Si hubiera alguien que me apoyara, no me pasaría esto”, pensaba.

Si encontraba trancas, de tres o cuatro metros, me subía con tra-bajos y ellos también, y me tiraban. Ya estaba esperando el otro. Me agarran como pelota. Me tiran y el otro me recibe. Me pasan entre ellos. Me subo a un árbol y me bajan. Cuando ya me cansé, me quedé tirada, mi pelo como escoba...

Vámonos ya, chingada madre me dicen.

¿Dónde me llevan? Ahora sí, dímelo pues. ¿Por qué no me explican bien? Díganme, por favor, ¿a dónde me llevan? ¿Qué hice, qué delito cometí?

Y ya ahí, cuando voy viendo, se presenta el hombre que llegó a pedirme.

Te lo voy a decir: “Tú me dijiste que no, tu papá y tu mamá no quieren entregarte para que me case contigo. Ése es tu delito. Si hubieran aceptado, hubiera estado bien, por eso tú lo vas a pagar...”

Pero ¿por qué voy a pagar? ¿Por qué me sacan así y me hacen esto?

Cállate ya, hija de tu chingada, por las buenas o por las malas.

Y otro señor me va poniendo un cuchillo así de largo en mi corazón.

Lo vas a aceptar de buena manera. Si no quieres, aquí vas a

quedar.

No, no me mates, no me mates; por favor, no quiero morir.

¿Lo vas a aceptar?

Sí, voy a aceptarte le dije mentiras , de veras.

Era mentira en mi corazón.

¡Malhaya sí...!

Está bien, no me pegues, no me regañes, no me arrastres. Mira mi cabello, todo lo que me hicieron...

El otro no habla. Con la máscara de pinche diablo puesta, no habla, nomás dice mmmm, como mudo pendejo. Con una pistola me apunta uno y el otro con un puñalote. Entonces, el de la pistola dice:

Ora sí que vas de buena manera o te voy a dar...

Nomás estamos discutiendo y hablando, según eso, y otro se fue a hacer pipí; el otro me está mirando. Se hacen señas, no sé que me iban a hacer.

Van a ver el camino.

Aquí es, aquí es dicen señalando y hablando quedito entre ellos.

Mientras hacen eso, me empiezo a levantar, jalo mi brazo y me suelto. Ya estoy recuperada y empiezo a correr. ¡Pucha! Me fui pa'bajo. Me fui corriendo. No importa si hay espinas; si era cueva, me metí; si había río, lo salté. Eso no me importó.

Me persiguieron otra vez. Me perdí. Casi por media hora. No sé cómo me vieron. Me escondí en los matorrales y salió corriendo un animalito.

Vi algo que se movió allá dijeron.

Así me encontraron.

Ora sí, hija tu puta madre. ¿Vas a ir de buena manera? Si te quieres quedar, te dejo muerta.

No me mates.

Por eso, si vas a querer... vas a estar conmigo ¿o qué?

Sí te voy a querer, pero no me mates, vámonos, pues.

Y me salí otra vez. No quiero caminar y otra vez me dicen:

Anda, hija de tu chingada madre, ándale.

Y me pateaban y me empujaban. El del cuchillo y la pistola se cansaron y empezaron a hacer sus planes:

Mejor la dejamos muerta para que así no nos haga sufrir tanto.

Bueno, sale pues, mejor con cuchillo.

No, mejor dispárale.

Prepararon la pistola y yo, trincada, empecé a gritar:

No me mates, no me mates, por favor, te lo juro, te voy a querer, te voy a querer, sí...

Sí, cómo no. Mira cómo haces sufrir a mi compañero dice uno.

No sé por qué me trajiste, por qué me estás haciendo esto, pero no me mates, por favor.

Me solté otra vez y me fui corriendo. Encontré la carretera. Empezaron a tronar la pistola, pero no me dieron. Me alcanzaron nuevamente.

Bueno, vamos con calma, no me regañes, no me pegues, no me mates, por favor.

Que no te quiero matar.

Dejen el cuchillo y la pistola.

Si corres, te cerramos los ojos de una vez.

Me quedé más quieta. Mis pies sangraron, se lastimaron, se me salieron las uñas; todavía tengo las marcas. Mis chanclas se hicieron pedazos; mis pelos se quedaron en el camino, pues me arrastraron del pelo. Cuando ya no podía caminar, me cargó en su hombro y así me llevó ese pinche demonio. Ése que tiene cola me puso en su hombro cuando ya no tenía yo fuerza.

Cuando llegamos a la orilla de la carretera, tenían estacionado su puto maldito carro contratado. Ahí, en la orilla del monte, los estaba esperando para cuando saliéramos. Lo tenían todo planeado los pinches malditos bandidos, rateros, matadores malditos. Así lo digo mil veces. En ese tiempo no hablaba yo. No decía nada. Me metieron en el carro. Yo no quería entrar. Y me tiró, como un bulto, como un costal, en el asiento de atrás. Quería brincarme: "Chinga tu madre...".

aunque me lastime, pero me voy a brincar.

No sé qué dijeron de dónde me iban a llevar. Me van aplastando pa'que no brincara. Con toda mi ropa rota, como es ropa tradicional, nomás me amarré mi faja ya bien fea. Cuando ya no aguanté, empecé a llorar, pero no tengo lágrimas. "Ya cállate, ya cállate."

Desgraciado. Malditas gentes. Digo esto porque el tipo que me hizo eso no está bendecido, me trataron como sea, por eso lo digo. Se portaron como animales, en forma de Satanás, fue trabajo de Satanás.

Ya que estoy adentro del carro, se pasó conmigo el señor que llegó a pedirme al principio. Se fue conmigo y me tenía abrazada, aplastada para que no me brinque. Nos fuimos y el chofer nos llevó. Ya era oscuro. No conozco los lugares, pues nunca he salido fuera de mi paraje. Sólo conozco el caminito por el que me voy a mi escuela, sólo eso. Mientras, mi papá, mi mamá, no saben dónde estoy ese día.

Mis compañeros de escuela que me vieron y huyeron cuando me agarraron, fueron a avisar rápido a la escuela del albergue. Comunicaron todo, les dijeron a las autoridades lo que pasó. Que fue gente de la misma colonia la que me hizo eso. Entonces salieron a buscarme al monte, donde vieron que me agarraron, pero no me encontraron. Se cansaron de buscarme, hasta que entró la noche. Al mismo tiempo se lo fueron a comunicar a mis papás.

Que se robaron a tu hija, se la llevaron.

Mis papás se preocuparon.

¿Cómo es posible que hicieron eso?...

Mi mamá empezó a llorar para que me encuentren. ¿Dónde me van a encontrar si me robaron? Mientras caminan, investigan, pero no me encuentran. Ese pinche muchacho me llevó a Chiapa de Corzo. Decían que vamos a dormir ahí, pues tiene una hermana. No es su hermana, sino su prima hermana. Me llevaron con esta señora y ella le dijo:

Me imagino que te la robaste, cómo eres. ¿No tienes boca para hablarle de buena manera? ¿Por qué lo estás haciendo así?

lo regañó . Pues bueno, ya qué, pobrecita. ¿Qué sientes, qué tienes?
¿No tienes hambre?

No sé qué le dije.

¿Quieres comer?

No quise.

Cómo ta'su pelo. Cómo eres. Mira cómo está su ropita. Cómo está su pie. Condenado, me caes mal le dijo su prima.

Es que fui a pedirla, pero no me la dieron. No me contes-taron. Por eso, mejor de una vez la agarré. Hice un plan y me hi-cieron favor de sacarla.

¿De dónde la sacaron?... ¿De su casa?

No, en medio del camino. Es que va a su escuela para empezar mañana sus clases. Se junta con sus amigas en la tarde del domingo, la topamos en el camino y la trajimos. Así la voy a querer. Me voy a juntar con ella, de veras. Es que la quiero, la quiero.

Pero no es posible así. Si tú fueras mujer, si te hubieran hecho esto, ¿será que aguantarías? Y si no te quiere, ¿por qué la obligas? Así no.

Ya la traje, ya está en mi mano.

Y me dice luego:

¿Qué te voy a dar? No tengo ni zapato ni tenis; éste es grande y está chico tu pie. Si te quieres cambiar... cámbiate.

No quiero, no quiero nada.

¿Quieres comer?

No quiero.

Estoy bien enojada. Y estoy tratando de ver cómo me salvo otra vez. No me queda gusto de estar con él, no me voy a quedar con él. Nada. De ahí nos dio dónde dormir la señora.

Duérmete aquí, donde están mis hijas me dijo a mí . Tú, vente a dormir acá, donde están mis hijos. Así van a estar. ¿A dónde van a ir mañana?

Mañana me voy a otro lado. Ya no viene el chofer, tiene otro viaje, nada más me vino a dejar acá. Mañana viajo por mi cuenta.

Me voy a esconder a otro lugar, delante de Carranza; ahí está mi tía en su rancho.

Escuché lo que le está diciendo a su hermana. Estoy pendiente porque me voy a salir. Espero que se duerman y me voy. Pero... ¿adónde me voy a ir si no conozco el lugar? Espero que duerman y me tengo que salir. Pero no me duermo, pues me duelen mucho mis pies, mis uñas. Me están sangrando. Está pa'amanecer, creo. Me voy a ir cuando esté un poco claro, pero debo perder a aquél. No sé si podré, pues ya lo intenté dos veces y no pude. Él me estuvo espiando toda la noche y no pude salir. Traté de dormir, pero no me entra el sueño. Me asomé otra vez, pero estaba ahí, espiándome hasta el amanecer.

Dijo su prima:

Ya vengan a desayunar... Tiene que saber su papá lo que le hiciste a esta niña. Está chica y no es posible que le hagas esto.

Sí, pero yo así quise. Antes de que acepte a otro hombre, mejor no. Por eso lo hice así.

Cuando intenté ir a hacer pipí sola, me salí.

¡Huuuuuy!, hice mi carrerita otra vez, con dolor, pero me salí. Así nomás voy metiéndome. Ni conozco el lugar. Me fui.

¡Ayúdenme! dijo el condenado, y me fue a perseguir.

Pa'su... Me encontraron tan fácil. Estoy bien cansada y adolorida. No puedo andar con mis pies. Me regañó:

Te estoy diciendo que sí te quiero. No te vas a salvar. Nunca te vas a salvar, ya te tengo.

Y me cargó y me tiene agarrada. No tengo fuerza ya. Así nomás me sacó a la carretera. Eso se parece a un río, no sé, como un mar pasamos, por unos tirantes de palos que están en medio y me va pa-sando; ¡qué miedo!, Dios mío, qué necesidad. Pensé: "Ya me voy, Dios mío", dijo así mi corazón. Como nací niña, cuánto sufrimiento, qué tanto me están haciendo.

El hombre me lleva. Ni siquiera me deja para hacer pipí; me acompaña. Ay, Dios mío, viene el carro otra vez, me mete en él y nos vamos.

Ya no aguanto el dolor; siento escalofríos. Están rajados mis pies, mis dedos, mis uñas. Ya no me puedo poner en la santa tierra. Me llevaba en el carro hasta donde vive su tía. "Falta una o dos horas", dice.

Al pasar dos horas nos bajamos del carro, nos fuimos a pie y no me soltaba para que no huyera.

Suéltame, pues, voy a caminar sola.

¡Qué caminar sola!, yo sé cuál es tu puta mañana.

Haz de cuenta que ya me tiene como su mujer, la verdad. Me jala y me abraza, así me lleva. Me jimba en su hombro.

Tengo mucha hambre, pues no he comido desde el domingo en la mañana. Me ofrece comida y no quiero nada. No puedo tragar y no tengo saliva. Quiero llorar, y no tengo lágrimas. Me llevó cargando en su hombro y llegamos a casa de su tía. El rancho está delante de Carranza, muy lejos de mi casa.

Tía, buenas tardes.

Ay, de dónde vienes, ¡qué milagro! Te extrañábamos.

Sí, ya vine. Préstame tu casa, por favor.

¿Por qué?

Es que... Te cuento después.

En eso, su tía miró que estoy desordenada, horrible, fea.

Ay, hombre, ¿pero qué le hiciste? ¿Dónde encontraste a la niña?

Me la encontré por ahí.

¿Cómo le hiciste?

La traje a la fuerza.

¿No le pudiste hablar bien? ¿Lo sabe tu papá y tu mamá?

Pues no.

¿Y cómo le hiciste?

Nomás présteme su casa, por favor.

Bueno, pásale.

Ay, hija me empezó a decir, pobrecita, pobre de ti. ¿Cómo te trataron, cómo le hiciste, como te trajeron?

Y me puse a llorar enfrente de su tía.

Chin... míralo... ¿cómo haces esto?... ay, pero ¿cómo...

Préstame un cuarto, por favor, voy a platicar contigo.

¿No quieres algo de tomar? me dice el hombre.

No sé si quiero.

Ándale, no me gusta que no hable bien. Dale tía, no ha tomado nada, tiene sed.

A ver, tómate tu pozolito, agua de pozol.

No quiero, no quiero recibir.

No sé cómo estoy ya. Ya no pido nada.

Si me muero, que me muera. Ya me hicieron sufrir mucho. Está mal lo que me hicieron.

Ya nomás eso digo.

Me batieron mi agua de pozol y vino su tía a decirme:

Tómale, hijita, toma un poquito.

Esto sucedió un lunes. Amaneció el martes. Nos dio un lugar. Me encerró en un cuarto aparte y me echaron llave pa'que no me saliera. Empieza a platicar con su tía. Les dije de buena manera:

¿Me van a sacar o no?

Ya me había recuperado un poco con el agua de pozol.

¿Me van a sacar? Porque no me gusta que me encierren.

Y no me sacan. Me dan de comer, pero no puedo tragar. Nomás agüita tomaba y algo de comidita, si era suavcita. Puro llorar y llorar. Así estuve como cinco días. En eso va llegando la mamá del muchacho.

Órale... ¿por qué así?, ¿dónde está?

Su mamá supo que su hijo me llevó y llegó directamente a casa de la tía.

Dijo que mi familia estaba bien encabronada. Que todo el mundo en la comunidad también. Así que salió a buscarlo.

Si no te entrego, no sé qué me van a hacer a mí. Mejor así, por favor, ya vámonos dijo su mamá . Llévate a la niña. ¿Por qué lo hiciste? No sé qué estabas pensando, si sabías que sus papás te dijeron que no, pero no escuchaste, y a la fuerza te la trajiste. ¿Qué voy a hacer yo?

Pero ya tenían planeado lo que iban a decir:

Bueno... está bien dice el marido de la tía , si así lo quieren, pero que regresen a su pueblo ya casados.

“¡Uta máquina! ¿Qué me van a hacer? ¿Qué voy a hacer? Me van a casar”, pensé.

Pero... ¿quién va a ser el testigo?

Nosotros podemos hacer de testigos. Vamos a Villa las Rosas. Ahí hay registro civil y ahí lo metemos.

No sé qué tantas mentiras dijeron.

Pero no la saques todavía, porque se va a ir dice el hombre . Se va a ir y no voy a poder con ella. No voy a poder, ya sé que se va a escapar y a saber adónde se va a ir.

Bueno, la dejamos ahí, y vamos a llamar a los testigos.

Y se fueron a ver a los testigos. De ahí al registro civil en Villa las Rosas. Fueron a pedir el casamiento.

Regresó por mí y me llevó. Mientras estábamos en el registro civil, me están deteniendo, y vino mucha gente de sus testigos. No sé de dónde salieron hombres y mujeres. Me trajeron, haz de cuenta, como a una vaca. Atrás de mí todos ellos.

Entramos al registro civil. ¡Putá, nomás esto y esto y esto! Apuntaron mi nombre, cuántos años tengo y de dónde soy. Porque yo no sé tanto. Pura mentira dijeron. Para firmar el papel, falsificaron mi firma. Pusieron su huella... no sé cómo lo hicieron. Lo tenían todo arreglado.

Vámonos ya, ya está el carro. Órale, vámonos rápido.

Se fueron todos: su mamá, los testigos de su colonia. Según les dijeron a los testigos, que yo me vine de la comunidad con ese señor y con su mamá. Todos eran de su familia, ninguno de mi familia. Dicen todos que ya estoy casada. Nos regresamos, pagaron el carro hasta la colonia del hombre. Ya me está esperando ahí un montón de gente.

No sé si no vieron para que me cambiara o cómo estuvo eso, no sé. Ya que pasó, a los cinco días, por la mañana subimos a nuestro municipio que se llama Huixtán.

Ahora sí ya están mi papá y mi mamá.

Ahora vas a dar aclaración de quién es la culpa.

Que yo tengo la culpa, así me dijeron sus familiares.

Llamaron a mi papá, a mi mamá, a mis padrinos de bautizo, de primera comunión, todos están. Empiezan a arreglar mi asunto. Nada más lloro. No tengo mi espíritu. No sé cómo me siento, como que soy otra. Sentía mi cuerpo como borracha. Presentaron sus papeles:

Aquí está, pues, estamos casados; ya estamos bien. Ella lo firmó allá dice el hombre.

Dice que he firmado donde no he firmado yo. Lo hicieron ellos; no sé cómo lo hicieron.

No es cierto. Es una mentira dije así.

Pues es tu firma. ¿Cómo es que está aquí tú firma?

Las autoridades de Huixtán dijeron:

Pues sí, aquí está la firma.

¡Púchale!, se sintió mal mi mamá. Mi papá piensa que ya acepté el casamiento. No le gustó eso. Le creyeron mi papá y mi mamá.

Ya vino casada. Que lo vea ella, entonces dijeron mi papá y mi mamá.

Vi que se enojaron rápido. No se acercaban, pues aquellos lo presentaron como que había aceptado el casamiento. Mi pinche padrino de primera comunión está a favor del hombre. Dijo:

Está bien. Ya ni modo, vino casada. Es mejor.

No me apoyó en nada. Es un pendejo, no sé qué sentía por él. Y ahí entonces mi mamá dijo:

Pues está bien así, si así quiso, si ya se casaron, sin respeto. Se fue así, sin avisar. Si se quería casar, nos hubiera dicho que se iba. Pero no así nomás.

Todavía no había platicado con mi papá cuál era mi situación. Cuál era mi dolor, lo mal que me sentía. A dónde me voy a ir. Nadie me va a querer. Quizás este hombre sí me quiera, pero yo no quiero. Tampoco me gustó cómo me robó, me hizo pedazos, así jamás me iría.

“No voy”, dije hablando en mi corazón, sola, pues con nadie

platicaba.

“Ta’bien, yo sé que me va a pegar mi papá, como me pegaba cuando no cumplía con los mandaditos. Ése era mi delito y me regaña y me pega. Mejor no le digo. Pero... ¿a dónde me voy a ir?” Me dolía la cabeza. Estaba bien enferma en ese tiempo.

Ya váyanse, ya vete.

Me mandaron a la casa del hombre otra vez. Mi padrino también dijo que me fuera.

¡Que se vaya! ¿Para qué la quiero ya? dice mi papá . Nomás que les paguen los días a las veinte o treinta personas que nos ayudaron a buscarla en el monte.

Les pagaron a estos señores, pero eso a mí ya no me interesaba. Sentía coraje, no me concentraba. Estoy perdida, como borrachita. Me dijeron que me fuera y nadie me ayudó. Me quedé solita y sin nadie a quién pedir un favor, ayuda, nada. Al contrario, me metieron más fuego para que me fuera con el hombre.

Me fui con él, desgraciadamente.

Estuve unos días bien; ya ni modo, dije yo. Sus familiares me daban consejos, me decían que me querían mucho. Yo me la pasaba llorando. Siento mi corazón lastimado, herido, era puro llorar los primeros días. Pasaron ocho días y me fui recuperando. Me puse a pensar que, después de esto, puedo ir adonde yo quiera.

¡Qué pena siento!, ¡qué vergüenza! Me platicaron mis compañeras de escuela cómo quedaron mis ropas. Ahí empecé a reaccionar: ¿dónde está mi ropa?, ¿dónde está mi mochila? Me puse a llorar: lástima de mis estudios, lástima de mis cuadernos. ¿Con quién platico? Con nadie.

Días después de que estoy en casa del hombre, empezó a tomar. En su borrachera me empezó a regañar:

También me hiciste sufrir. No quisiste de buena manera. Mira, me sacaste buen dinero, cuánto dinero; cuántas deudas me dejaste, pinche pendeja, cabrona; pero me lo vas a pagar muy caro.

¿Qué cosa le voy a pagar? Viene su papá y su mamá:

No la regañes por algo que hiciste tú; tú la sacaste, la robaste. Esto que estás haciendo está mal, no debes regañarla, porque tú obraste mal.

Cállate, ya ves mi situación con ella. Ahora sí la tengo en mi mano a la hora que yo quiera, puedo hacer lo que yo quiera dice el hombre.

Y cuando me pide algo, su pozol o algo, me da coraje: "¡Ahí está tu pozol!"

Me dan ganas de embrocar en su cara esta agua de pozol.

¿Y por qué me estás regañando? No sé qué tienes, qué traes le dije.

Ta' bien, sufre como me hiciste sufrir, un montón. Nunca vas a terminar de pagar todo lo que me haces, pero la vas a pagar... Lo que yo diga tienes que obedecer.

Una vez me dio una cachetada y empecé a llorar. Lo vio su mamá y le dice:

No le pegues, pues.

Me viene a tapar su mamá.

Vente, hijita...

Como me mira que estoy chica, le dice a su hijo:

No le pegues. Todavía está chiquita, ¿acaso es una mujer grande pa'que le pegues? Déjala. Si tú ya estás encabronado, es cuestión tuya, pero no la molestes. ¿No ves que está triste y encima le pegas?

Está bien como lo estás haciendo. Te está defendiendo mi mamá, pero cuando estemos solos, voy a darte. Si quiero, te mato de una vez. Es que no se me pasa el coraje por tantas deudas que me dejaste, tanto que gasté. ¡Putra madre, puta suerte! No deja mi mamá que te regañe, que te diga nada. Si te pego, no quiere, no quieren mis hermanitos ni mi papá, nadie quiere que te pegue, ¡chingada madre! Pero un día voy a hacer una casa aquí, al lado de la casa de mi papá y vamos a estar solos. Aquí sólo vamos a vi-vir unos días. Un día te voy a dejar muerta y te voy a enterrar, hija de tu puta madre,

pa'que se me quite el coraje.

Después empezaron a pelearlo sus papás:

Pues si así sientes tu deuda, ya vete. Ve a pagarla, es tu deber; porque si te esperas, el interés va a subir.

Se organizaron varios jóvenes de la comunidad para ir a buscar trabajo, a ganar dinero a la finca. Se van como quince días a cortar café a Tierra Caliente.

Bueno me dijo , ya me voy; te quedas con mi mamá y yo me voy a mi trabajo. No quiero que vayas a casa de tu mamá.

Si te vas, me voy a casa de mi mamá.

No me iba a ir, nomás lo dije. Ya no me quieren mis papás porque pensaban ellos que fue mi gusto, pues no había platicado nada con ellos.

Cuando se fue el señor a buscar dinero, un día me quedé durmiendo todavía en su casa, solita ya, pero cuando faltaban cinco días para que se fueran a la finca, empecé a soñar con mi amiguita Mercedes:

Oye lo que te digo: prepárate, cuídate por favor me dijo.

Después vino a hablarme un muchacho que también es mi amigo:

Oye, Mica, ahorita es tiempo. Este día quiero que te vayas. Re-grésate, porque si no te sales, por Dios, te vas a morir. Te trajeron para matarte. No es bueno, salte de aquí por este camino. Por aquí te vas y me enseñó por dónde . El hombre no es tuyo, el que te hizo esto no es tuyo, no es posible, salte y vete de aquí.

Bueno, ¿pero cómo le hago?

No lo pienses, salte. Ese hombre es malo, te lo digo claramente, no es tuyo, es un sobrante.

Otra noche que me quedé dormida me volvió a decir:

Ya te dije que te salieras, vete mientras no está. Huye por favor.

¡Híjole!, me puse a pensar: "Por Dios santo, ¿qué voy a hacer?" Así pasó en mi sueño y me desperté. ¿Qué voy a hacer? No voy a querer a este hombre. No he dicho que lo quiero. No voy a vivir con él. A como dé lugar me tengo que ir a otro lado. Voy a hacer algún truco para salirme, porque su mamá nunca me saca fuera de la casa. No

me manda a traer agua. No me deja que vaya sola. Si tengo que salir, va pegado a mí su hijo chico; si voy a hacer pipí, van pegados; si voy a una fiesta, van pegados a mí; si voy a traer leña, pegados. Si no hay que hacer nada, aquí estoy, adentro de la casa. ¡Putá máquina! Haz de cuenta que fuera una polla, me tienen con un lazo amarrado a mi pie. Me dejaban encargada con el papá o con el hermano para que no me salga a jugar ni a platicar en la calle.

Empecé a pensar mucho en mi sueño, lo que me vinieron a advertir mis amigos. Dije que estaba enferma con mucha calentura, dolor de estómago, de cabeza, que no sabía por qué me enfermaba. Dije mentiras y les avisé a su papá y su mamá:

Ahora sí me voy a ir a casa de mi papá y mi mamá.

¿Te vas?

Sí.

Ta'bien sí te vas, pero espera hasta que venga mi hijo.

No voy a esperar a que venga tu hijo, no voy a aguantar el dolor.

¿A dónde vas?

Con mis papás. Ya sé qué medicina me salva allá. Aquí no la hay.

Bueno, si quieres, te la voy a buscar.

Me trajeron pastillas, me dan inyecciones.

No quiero nada de esa medicina. No se me quita con ésa.

Qué planta conoces para que la vaya a buscar.

No sé. Aquí no la conozco. En mi casa sí.

Ah, nooo. Toma la pastilla para que te baje el calor y viene a sentirme la frente para ver si tengo calentura, pero es mentira.

Vayan a decirle a mi padrino de bautizo que vive cerca, que me voy con él, que me haga favor.

Ay, pero no es posible.

Fueron a traer a sus familiares de ellos para que me dieran medicina y trajeron pastillas que meten en mi boca. Cuando no me ven, las escupo. Seguí "enferma" tanto tiempo, que vino mi padrino.

¿Qué sientes, hijita?

Estoy enferma.

Ora sí no sé qué te hicieron, mi hija. Te tienes que cuidar. Ustedes son responsables si le pasa algo dijo mi padrino.

No sé se preocuparon los papás.

Vamos a llevarla y esperamos que venga tu hijo dijo mi padrino.

Me salí aguantando "mi enfermedad". Me fui quejando todo el camino a pie. Llegamos a Chempil, a Huixtán y a San Andrés Puerto Rico. No me dejaban que pisara el agua, capaz que empeoraba. No me va a pasar nada, ¡pucha! Llegué a hablar con mi pa-pá y mi mamá:

Préstame tu casa siquiera un ratito.

No sé porqué ya está contento; algo se le quitó. Ya no me toma en cuenta; como me fui con el hombre, piensan que fue mi gusto.

Ya lo había pensado, antes de que me saliera de aquella casa, que así me iban a recibir. Sabía que no me iban a querer mis papás, ya lo sabía, pero sólo voy a estar unos días y después me voy a San Cristóbal.

Aquí no me voy a quedar, pues nadie me quiere, me maltratan por culpa de esos pinches matadores y rateros; por eso mi mamá no me quiere ni mi papá. He caído en el chisme, creen lo que les dijeron y no me quieren apoyar, ta'bien. Me voy a ir lejos. Me dejaron entrar en su casa y se fueron mi padrino, su mamá del muchacho, su papá y sus hermanos.

Cuando ya estoy en casa, me siento feliz y contenta. Los días siguientes platiqué con mi papá y mi mamá, les dije lo que me hicieron, pero no me creyeron.

Si no me creen, pues nada más voy a estar aquí un rato. Présteme su casa, mañana me puedo ir a San Cristóbal. No es cierto lo que les dijeron, no sé quién les dijo el chisme de que yo los dejé, que por mi voluntad me casé. Yo no quise casarme. No es cierto. Al contrario, quisiera que me apoyaran.

Ese día, por las buenas, ya empecé a platicar con mi papá. Le dije que gracias a Dios no me morí; que a pesar de todo lo que me hicieron los hombres, no me morí.

Ustedes sufrieron porque creyeron los chismes, pero yo no sólo sufrí los chismes, sino que fue real lo que me pasó. Discúlpenme, perdónenme. Ahorita nomás les pido prestado su lugar, ya mañana me retiro. Es mentira que estoy enferma, nomás lo hice para que me vinieran a dejar acá; quería saber si ustedes estaban enojados. Si están enojados, voy a estar unos días con ustedes y después veré a dónde me voy; así lo tenía pensado.

Entraron en razón, empezaron a preocuparse.

También perdona, hija, ya pasó, ya terminó.

No estoy contenta de plano, no estoy contenta. A los cuatro días van llegando los papás del muchacho a buscarme a mi casa. Me escondí, pues no quiero estar con ellos. Dijeron un montón de cosas para que regresara. Yo no quise. Le dije a mi papá:

Bueno, me voy a ir a San Cristóbal con tal señora que conozco.

Es mejor, hija, pues no te van a dejar en paz. Va a venir y te va a encontrar otra vez.

Ya no quiero que me vuelvan a hacer cosas, pendejadas, ya no. Me voy a ir.

Y me salí. Me fui con mi papá y vine a San Cristóbal. Él conoce a otra señora y me dejó recomendada. Le explicó todo y ahí me quedé. Mi mamá se quedó llorando otra vez.

Después llegó a mi casa el hombre. Vio que no estaba y averiguó que estaba en San Cristóbal. Llegó a perseguirme. No me encontraba, pues estaba escondida.

“Es que ya no quiero más, ya no quiero, muchas gracias”, dijo mi corazón.

Todo esto pasó en mi vida. Hasta que se cansó de buscarme y ya no regresó.

Un día que me encontró con mi papá, se dijeron no sé qué cosas, pero ahí terminó. Jamás volví a ver su cara. El señor se buscó otra mujer para tener a quien pegarle, y se quedó con ella. Lo que me pasó con este hombre me hizo mucho daño en mi vida, en mi cuerpo, en todo.

Después empecé a pensar en trabajar. Entré de sirvienta unos días para que se me olvidara lo que pasó. Me pagaban poquito para comprar ropita y mandar a mis hermanitas. Lo que me pasó me dio experiencia para cuidarme más. Me di cuenta de algunos hombres que molestan a las mujeres cuando pasan y me daba tristeza. No me gustaba salir de paseo sola, por miedo; no salía cuando me daba descanso la señora. Cuando pasó un año de no salir a la calle, de estar escondida, regresé a mi casa a estar nuevamente con mi mamá, con mis hermanos; para estar juntos otra vez. Ninguno de ellos había salido fuera, sólo yo.

Ya tenía yo más experiencia, había crecido más, me sentía que era una mujercita, que ya tenía algo que hacer en mi casa, ya sabía cómo hacerlo. Voy conociendo cuál es el trabajo que tienen que hacer las mujeres grandes, cuál es su mandado. Ya no es como antes, que no sabía, que me regañaban. Al contrario, ahora me respetaban en mi casa. Me mandan a hacer algo y lo hacía. Cuando salía a la calle, siempre lo hacía pegada a mi mamá. Ya no quiero salir sola.

En la calle de la comunidad me molestan otra vez. Me tratan como si fuera un sobrante. Que no soy una mujer ya, porque me robaron. Todo el mundo en mi comunidad lo supo y me decían que ya no valgo. Eso sacan de su boca algunos hombres y mujeres a los que les gusta el chisme. Les gusta compartir sus pinches pláticas, rumores que han escuchado. Que soy una inútil, que estoy regalada. No sé cuántos días aguanté. Me faltaban al respeto, me chiflaban, se burlaban los hombres. Algunas mujeres también, que soy esto, que soy puta. Me da tristeza cuando me lo dicen en la cara, cuando me hacían burla, cuando no hay respeto. Sentía que no valía nada. Me decían que ya no lograría otro marido, pues ya estoy jugueteada, que ya no sirvo. Esto dicen y se lo dicen así a mi papá y a mi mamá. Escuchan rumores y me cuenta mi mamá.

Me hago a un lado y me voy a llorar solita. ¡Qué tristeza que me hicieron eso, que me digan que no sirvo! Siento que no me

quieren, que no me tratan de buena manera. Las palabras duelen, son horribles, puras malas palabras. Hasta cuando voy junto a mi mamá, me chiflan, me hacen relajo, puras burlas. No hay respeto ya. Cuando pasan unas muchachas, no les dicen nada porque son señoritas; en cambio, a mí sí, porque dicen que ya no soy nada, soy un sobrante, soy una puta, porque así quise.

“Dios mío, ¿por qué me dicen así? ¿Por ser mujercita? Nací mujercita y me hacen sufrir. Yo no pedí que me hicieran así. Dios mío, no me respetan, me ponen en vergüenza con mis amiguitos.”

También algunos parientes se burlan, me señalan. Cuando caminaba sentía calores de vergüenza en mi cara.

Cuando me vine de San Cristóbal, pensé que iba a estar con mi mamá y mi papá en paz. No tenía pensada otra cosa, no pensaba volver a casarme, ni si me iba a encontrar a otro hombre. No, pensé quedarme así nomás, cuidaría mis animales, algún ganado, pollos, puercos, voy a tener mis cosas para sostenerme. No necesito que me vengan a pedir para que me vaya. Ya no quiero que me molesten tanto. Sólo quiero vivir, quiero mi paz.

¡Cuánto lloré, pobres de mis ojos, cuántas lágrimas tiré, cuántas gotas regué; aguanté todas las cosas que me hicieron! Luego pensé: “Ta’bien, ni modo. Mamá, papá, hermanitos, voy a dejarlos; me voy a retirar de acá. Es mejor cambiar de lugar y buscar otra vida. Aquí nomás me están removiendo mis sentimientos y me da tristeza. Capaz que un día me vuelve a pasar lo mismo cuando salga al monte a cuidar a mis animalitos; mejor me retiro. Aquí no es mi lugarcito, tengo que dejarlos. Me voy lejos por su culpa de ellos; estas personas no me dejan en paz, no me dan alegría en mi camino en la santa tierra. Hacen pendejadas. Me están destruyendo la vida, mi salud, son personas malas, porquería de gente. Ora sí, ya me enojé”.

Gracias, Padre, porque si no me morí, fue gracias que me cuidaste, a que me abrazaste, por eso estoy ahorita presente. Pero la gente no me deja, no me mira así nomás; siempre están con sus pinches pendejadas, sin respetarme. Lástima que no soy hombre, lástima

que no soy una persona fuerte. No hay quien me apoye, a quién se lo voy a decir... Nadie, sólo yo. Dios mío, sólo tú sabrás hasta dónde voy a llegar más tarde. Tarde o temprano quiero vivir en mi futuro. Quisiera lograr algo, Dios mío. Tú me mandaste a esta santa tierra. Mil veces te digo gracias, gracias porque estoy viva. Mil veces digo gracias, pero no estoy feliz, no sé lo que me hace falta, lo que necesito, no entiendo. Pero un día me voy a salir de acá, me prometo a mí misma que me voy a ir a otro lugar para que me olviden estas personas que no me tienen respeto y me dicen en mi cara que soy puta. Ay, pero qué tristeza.

Esto no lo digo a mi mamá, sólo lo pienso, me lo guardo cuando estoy en mi cocina, lo hablo con mi corazón, trabajando con mi cabeza lo que voy a hacer después. Y si me voy al río a lavar, voy pensando, me voy platicando, porque no tengo con quien. Todo mi pensamiento ya está diciendo que me tengo que ir. Todos dicen que ellos son muy buenos y que yo soy mala.

Como mi mamá y mi papá son católicos, se van a la iglesia, van a escuchar la palabra de Dios y me llevan junto con mis hermanos. Pero qué pena, qué vergüenza me da que miren mi cara. Sentía mucha vergüenza y no se me quitaba. Un día en la mañana les dije a mis papás:

¿Saben qué? Ora sí, no sé cómo lo vean, pero me voy a retirar de acá. No se me olvida mi cuaderno, mi libro, donde los dejé tirados en el monte. Lástima. ¿Dónde estarán mis apuntes? Gracias porque me mandaste a estudiar, pero ¿dónde quedó? Ya no tengo nada. Le voy a seguir, me voy a ir a estudiar, me voy a San Cristóbal.

¿Te vas?

Sí, me voy. Son muchas burlas aquí, tantas pendejadas lo que me dicen, no quiera Dios que eso me vuelva a suceder. Ve a buscarme algo por ahí, ve a preguntar a San Cristóbal; voy a trabajar, aunque sea de sirvienta. Sea como sea, voy a entrar a trabajar. Y, si puedo, voy a entrar a estudiar. Nomás hazme el favor de buscar, de ayudarme. No vayas a creer que te voy a pedir dinero. No vayas a

pensar que me vas a dar todo para buscar trabajo. No-más ayúdame a buscar trabajo, por favor.

Ay, hija dice mi mamá , ¿cómo es posible que te vayas? Ya se calmará, va a pasar.

No, ya no, ora sí me voy. No puedo estar contenta, estoy siempre preocupada, cada día que amanece. Hasta aquí, nomás. Ya no voy a estar con ustedes.

Ay, hija, no me hagas eso, no quiero que te vayas, hijita.

Sí, mamá, no puedo estar contigo. Mira lo que me están haciendo. Ahorita están chiquitos mis hermanos, pero van a ir creciendo poco a poco. Ya no puedo ayudarlos. Estuve unos cuantos días con ustedes, pero ahorita ya salió este maldito problema; si no hubiera sido por esto, no me muevo. Me voy a buscar otro lugar donde vivir; no te preocupes, papá, ni tú, mamá; deja de llorar y no me vayas a sentir cuando me vaya. No te voy a dejar para siempre, voy a venir de vez en cuando, no te voy a dejar abandonada.

Sí, hija, pero aunque vengas ya no será igual; mejor no te vayas.

No, ya no quiero. Ustedes no me pueden cubrir, no me pueden dar su tiempo, ¿acaso me van a mirar? Capaz que me sucede otra cosa; ya no quiero. No te pongo en vergüenza, papá, ya me voy. Ya decidió mi corazón.

Mi papá empezó a ir a San Cristóbal a buscarme un trabajito.

Bueno dijo mi papá , ya te encontré trabajo en el INI (Instituto Nacional Indigenista, ahorita se llama Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI), en un puesto médico.

Ahí llegó mi papá para buscarme trabajo. Encontró un buen doctor, trabajador del INI, que le dijo:

Está bien, si tiene a alguien que quiera venir a hacer prácticas, está bien. Casi no tenemos mujeres, puros hombres. Si quieres traerla mañana, aquí hay dormitorio donde se pueda quedar.

Regresó a mi casa y me dijo:

Ora sí, hija, ya lo logré. Si quieres ir, ¿ya lo pensaste?

Sí, papá.

Muy bien, no te vayas a arrepentir, después ya no digas que no quieres.

No, nada eso. Me voy a seguir estudiando. Ora que ya encontraste trabajo, me voy, me voy.

Mi papá sintió pena y pasó a comprar su cuartito de trago (aguardiente); medio jarrito.

Entonces, mañana me voy. Hazme un favor, papá: llévame a mostrar en San Cristóbal.

Bueno. Dice el doctor que vas aprender como enfermera.

Ay, no importa, lo que sea. Voy a agarrar experiencia, eso voy a hacer.

Ay, Dios mío otra vez dice mi mamá, mejor no te vayas, cancelalo hija, no quiero que te vayas.

Mamá, deja que yo me vaya en paz. Ya no aguanto las pen-dedadas de esos. Tú no tienes la culpa, es la gente que me mira así, no me da alegría, puro miedo me meten, me hacen burla.

Si te vas, hijita, no vas a tardar en tener alguna pareja. Sé que no eres fea, no eres mala.

Mamá, no me llores, no pienses eso, mamá. Preocúpate de cuidarte. No te voy a dejar tirada, te vendré a visitar. Na'más que me reciban donde voy a trabajar y ya. No creas que me va a pasar algo.

Tú, no hubieras ido a buscarle trabajo. Tan rápido que lo encontraste... ¿dónde va a ir? ¿Viste si está bien el lugar donde se va a quedar ella?

Sí, está bien, el señor doctor es muy buena gente. Ya platicué bien. Déjala, ya se va. Yo le obedecí, pues me dijo que le buscara trabajo y lo encontré. Que vaya.

Sí, pero no es posible... M'ijita está bonita, no va a tardar en asomar otro hombre por ella. Qué mala suerte tuve con ella, mi primera hijita, cómo ha sufrido. Yo también sufrí mucho por ella.

Déjala, no le hagas eso, ni modo. Un día se tenía que ir, se va a asomar otro muchacho por ella, y ora sí ya tiene experiencia. Aun-

que yo no quiero que se case, me gusta que estudie, quisiera que mi hija, tuviera alguna profesión. Lástima que así termina. Hija, naciste niña, naciste mujer, ni modo. Todos se aprovecharon, desgraciados, condenados. Más adelante cuídate, que se fortalezca tu pensamiento, tu conocimiento, cuídate. No te dejes engañar. Protégete, pon tu valor y sé responsable de ti misma...

Cuando me vine a San Cristóbal por primera vez a buscar trabajo, entré de sirvienta con una señora que conocí en San Andrés. Mi papá dijo que era buena señora y me fui. Me estaba escondiendo porque el hombre que me robó, me seguía buscando.

En ese tiempo no me mostraba, me encerraba, cuidaba niño, lavaba pañales y no me pagaban nada. Mi pago sólo era que me dan de comer y donde dormir. No me siento contenta ni feliz. Así estuve un mes.

Como dormía sola, el marido de mi patrona empezó a molestarme, a agarrarme, me quitó mi cobija y me espantó, porque tenía mucho sueño. Empecé a gritar y salió corriendo este pinche hombre...

¿Qué te pasó? preguntó la señora.

Mira lo que me está haciendo tu marido, me vino a quitar mi cobija...

Ay, no me digas, ahorita vamos a ver qué hacer, desgraciado.

Desde entonces ya no quise dormir sola en la casa, tuve mucho miedo.

Así es su maña me dijo su mujer. Es su maña. Está acostumbrado, así les ha hecho a otras señoras, pero ¿no te hizo nada?

No, pero no me gusta que me toquen.

De ahí me fui a vivir con la mamá de mi patrona. La señora se enojó con su hija y la regañó.

¿Cómo es posible? Está triste y todavía le meten miedo. ¡Cabrona! No contestó nada la señora y me fui a acompañarla.

Aguanté unos días y me fui con mis papás, pero sólo aguanté un rato. Luego me regresé otra vez, porque me siguen mo-

lestando los hombres de mi comunidad. Y mejor me vine de sirvienta.

Cambié de casa, pero seguí con el mismo trabajo. Era mi maestro de quinto que, según lo conozco, habló bien, le tuve confianza y me fui a trabajar con ellos. Pero vuelve a pasar otra vez lo mismo. La mujer del señor estaba enferma en el hospital. Me quedé cuidando la casa. Este maestro, ¡pinche malvado!, cómo me hizo. Había cuatro puertas. Entró la primera y cerró. La tercera puerta es la cocina, donde estoy. Escucho que va caminando. No es la primera vez que estoy trabajando con ellos, ya llevo como dos o tres meses. Me están pagando. Su mujer me paga veinte pesos, un montón de dinero al mes. Logro comprar mi ropa, mis chanclas, muchas cosas. Desgraciadamente, se enfermó la señora. Ella nunca me dejaba dormir sola, dormía con sus hijos, pero se enfermó, se fue al hospital y también sus hijos se fueron con ella. Yo tengo que lavar ropa y no sabía si su marido me haría mal. Cuando llegó su marido, entró y cerró las puertas de donde estaba yo y me empezó a agarrar. En la última puerta hay una rendija por donde puede salir una persona. Se le olvidó y no lo cerró.

Ixchel, ven quiero hablarte, sólo que no vayas a decirle a mi mujer.

Como ya sabía, abrí la puerta y salí corriendo. Le dije:

¡Pinche!, eres maestro o qué eres. No vengo a trabajar a tu casa para que me quieras hacer cosas, pero le voy a decir a tu mu-jer...

No, no le vayas a decir.

Me correteó. Me enojé porque las puertas estaban cerradas. ¡Chingue a su madre! ¿Qué voy a hacer? Agarré una silla y me salí corriendo, salí a la calle. Jamás regresé, me fui a buscar a otra casa. ¿Qué hago? Mi papá, mi mamá están lejos... Así me salvé. Me fui otra vez a la casa de la señora en donde estuve. Gracias a Dios no me pasó nada, no lograron hacerme nada.

Antes de que me fuera a San Cristóbal, había tenido un sueño y no hacía caso. Mi sueño me decía lo que puedo hacer, pero no hacía caso; mi sueño me mostraba la planta para la diarrea,

la planta para el vómito, y cuando hay problemas, qué puedo hacer... Me lo estaba diciendo mi sueño, cómo se controla cuando hay un problema grave, me estaba enseñando. A veces viene un señor que me explica cómo debo hacer, y otras, una señora, una señorita arreglada... Pero no hacía caso... Al amanecer veo si está como me mostraron, veo ese lugar, pero está así nomás la santa tierra, pero me quedó en la mente. La última vez puse interés en escuchar...

Este hombre se siente mal.

No sé curar.

Por eso, ven acá, así le vas a hacer.

Te voy a dejar y le vas a poner su vela para que tenga buena salud, larga vida. Le vas a poner sus velas grandes, aquí está tu material y esto, es protección para su salud y se lo vas a dar a este señor porque a cada rato se enferma.

Cuando voy viendo, estoy hincada, ya le formé su vela, sus puntas de ocote, incienso, un vaso de agua, refresco, todo, y de repente empecé a curar, a hacer limpias y pedir, hablando con Dios, para que tenga buena salud el señor, y, según mi espíritu, se está curando, mi cuerpo está durmiendo... pero mi espíritu está trabajando. Mientras estaba haciendo esto, le dije: "No sé si voy bien así".

Sí, vas bien, así es. Sigue, ése es tu trabajo, te lo deajo.

¿Será que puedo hacerlo como lo soñé? dije.

Me quedé dudando, pero nunca se me olvidó. Después volví a soñar otra vez. Una mujer vino a decirme:

Esta mujer necesita que le revises su panza porque está embarazada.

Y no hacía caso, ni sé sobar la panza.

Ven aquí, necesito que me la atiendas.

Se acostó la mujer.

Ven, mira, te voy a enseñar. Cuando esté atravesado, tócalo y míralo, así te das cuenta.

Como en una bolsa de nailon transparente, miraba al bebé. Está mal, atravesado.

Lo que vas a hacer es jalarlo por acá, pones así su piecito, su cabecita, su hombrito.

Empecé a hacerlo. Quedó posicionada su cabecita como es normal.

Así le vas a hacer. Éste es un ejemplo que te doy, pero tienes que verlo. Van a venir, las atiendes, ya no voy a estar.

Al amanecer veo donde estaba acostada la señora y no hay nada. Ni siquiera a mi mamá se lo contaba.

No hacía caso, ni siquiera entendía. He atendido a mis hermanitos, pero nada más. Y volvía a soñar.

Te voy a dar eso, te voy a regalar mi experiencia, tómala, es mi conocimiento.

Mi espíritu preguntaba, ¿qué planta se usa cuando hay pleito de familia?, ¿qué planta se usa cuando uno va a morir del cólico?, ¿cómo se toma? Y me dijo, pero yo no hacía caso de eso.

Me dice, como si fuera mi amiguita: “Qué bueno que te saliste, que tuviste suerte y saliste”.

Y me dice mi amiguito en mi sueño: “Está bien lo que hiciste, no va a ser tuyo ése. Nomás quiso aprovecharse y abusar de ti, porque eres buena, porque eres humilde. Tarde o temprano vas a tener el que verdaderamente será tu pareja. Ven aquí, te lo voy a mostrar”. Y me llevó y vi que ahí venía un señor guapo, que salió del monte, donde había pastos bonitos, como un potrero de ganado. Me llevó mi amiguito: “Ése es tuyo, no otro. Ese chavo que viene, con el sombrero, con ropa de tipo vaquero, es tuyo, delgadito, morenito, te lo digo por si lo quieres saludar”.

¡Mmm! No quiero.

Y, de repente, vamos caminando y nos topamos en el camino con ese chavo.

Hola, buenos días me dijo.

Hola, buenos días.

¿A dónde vas?

A ninguna parte, voy por este lado.

¡Ajá! Yo también.

Nos saludamos en mi sueño y ni lo conozco, no sé dónde vive, si habla español o tzeltal, tzotzil; no lo conozco, pero sí es buena gente, de buen corazón. Ahí me desperté.

Cuando entré a hacer prácticas de enfermería, estuvimos casi año y medio haciendo trabajitos, hay que hacer práctica de todo: qué es la enfermería, cuáles son las enfermedades.

También salimos a dos o tres comunidades, a casas, albergues, internados con niños de la escuela. Salimos por la ruta tzeltal, aten-demos y damos vacunas, pláticas de higiene. A veces venimos caminando, cargando nuestras cositas para llevarles nuestros termos con vacunas y también organizamos a la gente, platicamos con padres de familia para que haya higiene en sus hijitos, prevención, pa'que no se mueran, que no haya desnutrición. Somos dos mujeres y la mayoría hombres.

Ahora sé que me gusta participar, caminar y dar pláticas.

Casi la única mujer, pero sin miedo, sin pena; nos organizamos. Yo, de muchacha, entro a platicar con los muchachitos y me gusta mucho. A veces nos toca caminar. En algunas comunidades no entra el carro y tenemos que caminar cargando nuestras cositas. Llevábamos sleeping, termo, y otras cosas para la vacunación que damos.

Hay un compañero, Sebastián Luna, con el que empecé a llevarme como amigo. Le gusta participar, platicar. Dicen que sí hay algunos médicos indígenas, que saben de plantas. Empiezan a dar pláticas, y yo también pregunto qué planta es buena para algunas enfermedades. A veces terminamos tarde de dar las pláticas a los niños y nos quedamos ahí en la noche.

A los representantes de la comunidad o a la autoridad les dábamos pláticas en las noches unas dos o tres horas. Hay una ventaja: tienen más comunicación entre las comunidades. Cuando hay promotores(as), me daba alegría y me daba más ánimo de platicar.

Después hubo otras promotoras, comenzó otra etapa, entraron más, somos ocho mujeres y ocho hombres, en total dieciséis. Nos

distribuimos en las comunidades. Estamos dando nuestro servicio a las comunidades. Hacemos de puesto médico, tenemos orden del día de lo que vamos a trabajar, hacemos un plan, nos reunimos. Ese tiempo me gustaba, teníamos ánimos. Somos trabajadores y trabajadoras, nos daban nuestras horas de pláticas, nuestro asesor viene de Mérida, Yucatán.

Vamos haciendo las cosas, poco a poco. Nuestro asesor nos animaba, preguntaba cómo vamos, nos da tareas, revisa lo que hacemos, uno a uno. Hay que organizar, trabajar y valorar nuestros conocimientos, fortalecer a los que les hace falta para que, un día, podamos hacerlo nosotros mismos.

Me daba gusto estar pendiente y llevar a mis pacientes al puesto médico. Ya sé aplicar inyecciones y con qué medicina lavar la herida, y dar pláticas.

Para operar un perro lo agarramos en el mercado, lo llevamos y le hicimos como si fuera gente. Lo tratamos como persona, como hacían en el hospital. Nos enseñaron a aplicar anestesia, para que no sienta dolor el pobre perro, para revisar sus tripas, su páncreas, todos los órganos que tiene adentro. Después le costuramos su herida. Ya que terminó, empezamos a cuidarlo como gente, a darle su comida, como persona dentro del hospital.

Ese día, qué alegre, no sentía miedo, una parte sí, pero obtuve conocimiento, supe cómo atender a un enfermo. Después de año y medio, salí. Nuestro asesor nos dijo que, al parecer, habría plazas para los que tenían más antigüedad. Los otros, no se sientan mal, no se molesten, se van a quedar todavía aprendiendo.

Yo sentí que ya lo logré, dije que estaba dispuesta, pero me dijo que había compañeros que ya tenían antigüedad, dos personas que entraron unos meses antes que yo a hacer sus prácticas. Nosotros tenemos que seguir aprendiendo, dijo nuestro asesor, o pueden ir a dar su servicio a las comunidades.

Yo no quise, me sentí molesta, de plano.

Algunos no quieren, que mejor se regresan a acompañar a sus

padres, ayudar a cuidar sus borregos. No sé qué pensaron los demás. No dije si seguiría haciendo prácticas, empecé a pensar lo que haría.

Entré de sirvienta para conseguir mi alimento para vivir. Aceptaron que yo trabajara, pero no dejé de asistir al puesto médico donde hice mi práctica, seguía dándole sus vueltas como me dijo el asesor.

Como sirvienta entro a trabajar a las seis de la mañana y salgo a las dos de la tarde; de ahí me voy para el puesto médico, así le hacía yo cada día.

Un compañero promotor de salud, Sebastián Luna, que me platicaba, que no era abusivo, me iba a dejar a la casa donde me quedaba. Lo conocí recién entrada a mis prácticas y me había separado de él cuando salimos. Me empezó a decir:

Discúlpame, perdóname lo que te voy a decir, pero te quiero mucho, te amo mucho, cuídate, no hables con cualquier persona.

¿Por qué me dices eso? No me gusta, no eres mi papá, por qué me vienes a decir eso.

No soy tu papá, pero tarde o temprano vamos a vivir juntos.

Mi corazón empezó como tambor, ahora tengo miedo.

La verdad es que quiero buscar una pareja, si aceptas mi palabra, pues seremos una familia.

No, no quiero. ¿Por qué me dices eso? Mejor habla con otras compañeras que van a querer ser tu pareja, yo no quiero nada.

Vas a vivir sola y un día tienes que estar con un compañero.

Yo no quiero, muchas gracias.

La verdad, yo no tengo mujer.

Me contó que es huérfano, pobre también, que no sale bien su maíz, qué hace su papá, que no lo dejaron estudiar, que no sé qué... Todo eso me contaba, pero no tenía interés en lo que me decía.

Acéptame, yo te quiero, vámonos a vivir juntos, vamos a tener nuestra casita, a buscar nuestro terrenito, a vivir juntos, piénsalo, mamita.

Ay, qué bonito me dice...

Cuando íbamos de camino al puesto médico, empezó el problema en el INI... Lo tengo en un documento:

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 12 de julio de 1983. En la cabaña de las instalaciones del Centro Coordinador Indigenista de San Cristóbal de Las Casas, a las dieciséis horas del día 14 de julio de 1983, se reunieron los representantes de las siguientes comunidades: parajes Polhó, Pechiquil, Carmen Yaalchuch, Matzam, Tzajalchén, ejido de San Pedro Pedernal, San Andrés Puerto Rico, unión de ejido 28 de Septiembre, bienes comunales de Villa de la Rosa y comunidad de San Felipe Ecatepec, con los representantes del Instituto Nacional Indigenista, designados por el señor antropólogo Salomón Nahmad. Citó el licenciado Jorge Hernández Moreno y licenciado Juan Larios Tolentino, así como el comité ejecutivo nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores Indigenistas, con el propósito de examinar y tomar resoluciones en relación con el pliego petitorio presentado por las comunidades indígenas y de la región, a las decisiones relativas a la toma de las instalaciones del Centro Coordinador de Constitución. Se indica cada uno de los puntos de los referidos pliego petitorio y resolución correspondiente:

1. Contra la carestía y a favor de la comunidad indígena.
 - a) Implantación de proyecto de ayuda y asesoramiento.
 - b) Por la evaluación de los precios de garantía de los productos agrícolas indígenas.
 - c) Entrega de créditos suficientes y oportunos a las comunidades para fertilizantes, semillas mejoradas, instrumentos y trabajos.
 - d) Dotación de insumos baratos.

Resolución del señor licenciado Jorge Hernández Moreno:

Declara sobre estos puntos que el INI asume su responsabilidad de canalizar las solicitudes procedentes para la obtención de insumos baratos y a crédito y, con su cuerpo de técnicos, dar la asesoría necesaria para la instauración del programa productivo que la institución tenga capacidad de proporcionarnos contra la represión a los

trabajadores indígenas.

2. Recontratación y basificación a compañeros indígenas.
 - a) Recontratación o indemnización a compañeros de base despedidos.
 - b) Emplear e indemnizar a los compañeros indígenas que laboraron como enfermeros y se solicita la base en diez plazas.
 - c) Se pide lo suficiente y adecuados materiales para el trabajo de los enfermeros, medicina, instrumental y vacunas.

Resolución del secretario tesorero:

Declara que se recontratará a los señores Salvador Gómez Castellano y Manuel López, indígenas de la localidad, en las funciones que tuvieron hasta el día en que terminó su contrato. Por lo que se refiere al personal paramédico y enfermeros, se estudiará su posible reposición en vista de que, al parecer, ese personal era comisionado de la Dirección General de Educación Indígena de la SEP. La institución se compromete a que, en un plazo que vence el 31 de agosto del presente año, se pondrán en operación los puestos médicos instaurados por el INI que dejaron de funcionar el año pasado, ya que los indígenas prefieren que sea esta institución y no otra la que proporcione la atención médica. Se informa que ya está establecido un convenio de colaboración con el IMSS. Además, con el personal de médicos y enfermeros que existe en San Cristóbal, se realizaron programas de emergencia para el cuidado de la salud en ese mismo sitio, con horarios y fechas convenidos con las comunidades en tanto se resuelve el servicio en los puestos médicos.

3. Asesoramiento jurídico en la restitución y ejecución de tierras ejidales y comunales, en asuntos laborales, agrarios, penales, civiles, etcétera.

Resolución: la institución se compromete de inmediato, con los dos abogados adscritos al Centro Coordinador en San Cristóbal, con un programa de asesoría, asistencia jurídica para la defensa de casos legales que tengan las comunidades o los indígenas en referencia

a la tenencia de la tierra, asuntos civiles o penales, etc. Se propone a las comunidades designar a uno o varios jóvenes de cada comunidad para ser capacitados en la defensa y asistencia legales en un programa que pudiera diseñarse con un cuerpo más amplio de asesores.

4. Pedimos la destitución del director del INI, Félix Báez; del coordinador estatal, Víctor Ángel Rodríguez; del director del INI en San Cristóbal, Paulino Aguilar Moreno; de Sofía Larios del Departamento de Antropología; de Jaime Valdez, jefe del Departamento Jurídico, y de Augusto Navarrete, administrador del Centro Coordinador.

Resolución: para la institución de la demanda de cambio de los señores Víctor Ángel Rodríguez, Paulino Aguilar, Jaime Valdez y Augusto Navarrete, se hará una investigación de los casos citados y se presentará a las comunidades y a sus representantes el día lunes 25 de los corrientes lo que sobre este particular haya resuelto la institución. Advirtieron los propios indígenas que han perdido la confianza en estas personas, por lo que demandan su salida.

5. Creación de un consejo técnico estatal, donde las organizaciones indígenas reciban orientación sobre la programación de los presupuestos para la satisfacción de una necesidad básica.

Resolución: la institución acuerda instaurar consejos técnicos. Informó que existe ya una propuesta formal para crear un comité de etnodearrollo en cada uno de los estados de la República en que trabaja. Se compromete con las comunidades a diseñar la mejor manera de crear estos organismos, de modo que se abran los accesos de participación formal, a nivel municipal y estatal, a los grupos indígenas de las instituciones que planean el programa de desarrollo socioeconómico de nuestra población.

Agotado el análisis del pliego petitorio, el representante indígena Sebastián Luna Girón, del paraje Tzajalchén, declara que el día sábado 9 del presente, el señor Paulino Aguilar Moreno violó el sello de las puertas de la Dirección del Centro Coordinador y extrajo una máquina

de escribir, por lo que lo hacemos responsable de esos hechos. Además, declara que el señor licenciado Jaime Valdez utilizó, en el tiempo de la toma, un automóvil propiedad de la institución, de lo cual lo hacemos responsable. Los compañeros indígenas Manuel Ruiz Palomo y Lorenzo Jaime Jiménez Cuchillo también afirmaron que lo dicho era cierto. El compañero Sebastián Luna, a nombre de todos los representantes indígenas, demanda que no haya represión en contra de ninguno de los participantes en la toma del Centro.

El licenciado Lario Tolentino declara que en ningún momento el Instituto Nacional Indigenista ejercerá represión en contra de los indígenas, pues es tradición del mismo ejercer la defensa de los derechos individuales y colectivos de los propios indígenas. Se acordó, por parte de los representantes indígenas y de las autoridades del Instituto Nacional Indigenista, hacer la entrega física de las instalaciones a las nueve horas el día 15 de julio del año en curso.

No habiendo otro asunto que tratar, se dio por concluido este acto siendo las veintiuna horas, del día de la fecha. Firmaron de conformidad los que en la misma intervinieron, además de los representantes de otras comunidades. Por el Instituto Nacional Indigenista, el licenciado Jorge Hernández Moreno, secretario tesorero; licenciado Juan Lario Tolentino, asesor general del Sindicato Nacional de Trabajadores Indigenistas; licenciado Jaime Flores, secretario general; Etelvino Orpinel Olguín, secretario de conflictos por las Comunidades Indígenas; Adolfo Calvo Ton, por el paraje San Pedro Pedernal, Huixtán; Lorenzo Jaime Cuchillo, paraje Polhó, Chenalhó; Agustín Gómez Pérez, paraje Pechiquil, Chenalhó; Miguel Luna Girón, paraje Matzam, Tenejapa; Juan Gómez Girón, paraje Tzajalchén, Tenejapa; Micaela Icó Bautista, San Andrés Puerto Rico, municipio de Huixtán; Rosendo García, Huixtán, Huixtán; Juana María Ruiz Ortiz, Chenalhó, Chenalhó; Mario Domínguez, Unión de ejido 28 de Septiembre, Socoltenango; Cándido Pérez Martínez, comunidad San Felipe Ecatepec, San Cristóbal de Las Casas; Rodolfo Hernández González, Bienes comunales de Villa de la Rosa; Alonso Pérez Girón, paraje Carmen Yaalchuch, Huixtán...

Ésta es una historia que ocurrió en 1983. En esta lucha que se

hizo con los representantes de las comunidades también estaba yo, pues tenía interés y me gustaba escuchar y encontrar una solución, algún beneficio, pues necesitamos que haya respeto en las comunidades.

Se vio que muchas cosas hacen falta, se formaron coordinaciones entre trabajadores del INI. Nosotros hacíamos la lucha, yo, como mujer, estaba haciendo la lucha. Ellos empezaron este problema. Ya estábamos trabajando sobre algo de salud, de medicina indígena y plantas. Fue muy interesante la lucha que venía haciendo yo con los otros compañeros; unos viven, otros ya murieron, pero me ha interesado y me ha beneficiado.

Tuvimos hambre, preocupación por lo que hicimos en ese tiempo durante los primeros días que se tomó el INI. Ahí estábamos, día y noche, sin dormir. A veces hay comida, otras no, pero no importa. Me gusta estar participando. En aquel tiempo tenía ánimos. "Vamos acá, haga esto, necesito esto", es para bien, para buscar una vía, una salvación, defender el derecho de los indígenas, "qué quieren, qué piden", pues ahí estamos, agarré valor. Los indígenas vieron que no había respeto a sus derechos, hicimos otro programa y llamaron al secretario de Salud.

Después de eso, salud asistencial del gobierno del estado de Chia-pas y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), en 1983 o 1984, organizaron más promociones y establecieron más comunicación con los médicos indígenas, parteras, hierberos, iloles (curanderos) y rezadores del cerro. Ahí fue cuando la lucha fue más abierta. Se hizo una asamblea general y se reunieron más médicos unos trescientos o quinientos y hierberos. Estuvimos los trabajadores, así como asesoras y promotoras, que hablaban diferentes idiomas. Hubo muchas recolecciones de plantas y fue muy emocionante que en este programa de salud se promoviera de todo. Hubo charlas en las que tanto parteras como iloles explicaban cómo curaban. Estuve muy atenta a todos los compañeros; la verdad, también son muy importantes los médicos y parteras. Tuvieron ánimos e

interés porque sabían de las muchas necesidades y preocupaciones que había. A los médicos tradicionales no los respetan, no hacen caso de sus conocimientos, los rechazan, a algunos los molestan, los matan o los acusan de hechiceros, se sienten muy abandonados.

Platicamos, hicimos informes sobre cómo hacer para proteger su conocimiento, conservar sus valores. Muchos médicos tradicionales, parteras, hierberos y rezadores del cerro se animaron. Y me sentí muy alegre, con ganas de seguir trabajando. Mucho antes empezaron a trabajar este programa en el INI, aparte del UNICEF, de atención primaria. Nuestro asesor me preguntó si quería trabajar; le dije que sí.

Vamos a ir a las comunidades. Es para recolectar plantas y hacer entrevistas a las parteras y curanderos, pero no vas a ganar mucho.

Le dije que sí, con todo gusto, a mí me gusta trabajar.

Pues sí, pero ¿sabes cuánto vas a ganar? Seis pesos mensuales.

Me sentí muy alegre, sentía como si fueran millones de dinero. Seis pesos mensuales, tres pesos a la quincena, ¡eeeeeh! Antes era bastante dinero, eso fue como en 1983. Ahí fue cuando hubo más temas de mujeres, más preocupación por ellas. En la asamblea general de médicos indígenas surgieron muchos temas de mujeres sobre las enfermedades y lo que se puede hacer; fue tiempo de mucho trabajo, nunca terminaba. Ahora sí dieron más chance a las mujeres. A mí, por ejemplo: yo hacía promoción, no era la responsable, sólo promoción general, entrevistas, trabajo con los demás compañeros. Hay como dos o tres hombres, más los médicos indígenas, y mujeres somos como dos; hay pocos asesores. Cuando no tenemos el conocimiento y queremos hacer un proyecto, por Dios santo que nos hacen falta y tenemos que buscar quién nos lo hace, quién nos prepara un proyectito. Por eso hicimos la movilización, más que nada con Sebastián Luna Gómez, y se hizo la asamblea general con su propia Organización de Médicos Indígenas del Estado de Chiapas, A. C. (OMIECH). No me acuerdo cuántos hombres estaban, fue en 1985, y fue muy bonito, muy alegre lo que hicieron los propios

indígenas. Nació todo en el mes de noviembre de 1985.

Necesitamos un representante que nos coordine... empezaron a decir.

Me mandaron y estuve apoyando, organizando, pero no estaba en mi mente ni en mi corazón que yo quedaría así.

Que haya una responsable del área de mujeres y parteras... ahora sí me quedé, y hasta la fecha estoy luchando con las mujeres.

Me siento muy alegre porque sigo siendo miembro de la organización; la única mujer que se quedó. Empecé desde que nació, sólo me quedé yo, los demás se retiraron. Después entraron otros en 1986, pero sólo había una mujer: yo.

En 1984 me junté con Sebastián Luna Gómez. Desde 1980 que entré a hacer las prácticas de enfermera, ya estaba él. Su tía me respetaba y me decía: "Pues ese hombre te quiere, te quiere mucho". Pero yo no quise, no quería casarme. A mí me gusta estar organizando a la gente, hacer reuniones, asistir a talleres; pero él me decía que me iba a hacer su mujer. Yo no quiero, no me gusta.

En 1983, cuando surgió el problema del INI, estaba más cerca de mí, como compañeros. Cuando uno me hablaba, él me decía que me quería. Ellos no me dejaban en paz cuando él no estaba ahí.

Salíamos a las comunidades, hacíamos reuniones, prácticas de enfermería, cargando las cosas en la espalda tipo gringo. Me respetaban mucho y yo hacía mi trabajo. En la noche dormíamos, éramos dos o tres mujeres, pero podíamos dormir tranquilas, bonito, no nos molestaban, no hacían nada y me sentía muy contenta, feliz.

En 1982 abre su boca y dice que me quiere, que quiere que sea su mujer. No lo quiero aceptar, pero seguimos haciendo trabajo juntos. Y le cuenta a su mamá, pero yo no quiero. Hay una tristeza en ese tiempo. Tanto y tanto me decía. Como no lo acepté, empezó a tomar porque yo no quería aceptar su palabra.

No quiero, aunque sea bonito lo que dice. He visto cómo ha sufrido mi mamá, cargando su hijito y le pegaban, la celaba mi pa-pá, y

con mi mamá nos escondíamos. Eso es lo que tengo en mi mente, en mi corazón... A algunas mujeres las golpeaban cuando ya estaban grandecitas... Algunos hombres les dejaban morados los ojos, vi sus caras. No lo siento tanto porque no es mi familia, pero también se siente. Lo vi con mi mamacita. Cuando mi papá es-tá en su juicio, no le pega, no la regaña, pero cuando está borracho, cargando a su hijito recibe golpes, patadas, por eso no me quiero casar. Tanto que me quería aquel, pero no quería aceptarlo y empezó su sentimiento y a tomar trago.

Vinieron sus familiares a decirme:

Mira, no lo hagas sufrir, él te quiere, acéptale, quiérello.

Es que no me gusta.

No tiene mujer, yo lo conozco lo he visto. Acéptalo, no te enojas, no lo regañes. Ya no vive su papá, vive con cinco hermanos, él es el mayor, y con su mamá, acéptalo.

Él me decía que, desde que me conoció, pensó que nunca me iba a dejar. Ahora sí que tenía miedo. Cuando era niña me hicieron algo, otra persona, y me puse a llorar.

No llores, Mica.

Lo que me estás diciendo no me gusta.

Ya no sé qué hacer, no se me despega. Después de un tiempo, vino su mamá. Estábamos en una reunión y le dice:

Aquí te presento a esta muchacha, un día va a ir a nuestra casa.

Desde entonces su mamá me empezó a querer, me empezó a decir "m'ijita", y un día me llevó.

Pues ya ni modo. Me preguntó si lo iba a aceptar bien, y como ya tenía miedo, le contesté que sí, si me espera tres o cuatro años, porque primero quería estudiar, trabajar, quiero mi casita, después nos juntamos, si quieres.

Cuando mucho, te voy a aguantar un año nada más...

No, no quiero...

Pero sí vas aceptar.

Le dije que sí, pero era mentira. Pensaba cómo le voy a hacer: iba

a dejar la organización. Pero llego el día...

¿Qué iba a hacer? Lo acepté, me quedé con él, ni modo, para que me dejaran en paz los que me quieren mucho. Me hablaban uno, otro y otro... Ya no quería, ya basta; sin respeto, me acariciaban, besaban, y lo pensé bien y me quedé con él. No fue mucha mi alegría, pero después estuve contenta, cuando me empezó a mostrar que sí, que amaba tanto nuestro trabajo. Me ofreció casamiento, pero no quise, nomás nos juntamos, tuvimos nuestros hijos. Estuve muy contenta. Desgraciadamente, cuando apenas llevaba un año con él, va metiendo a otra mujer, la cual tenía marido; no sé cómo dejó a su marido.

Estaba trabajando con mi esposo en la organización, llevando a cabo talleres en las comunidades. A veces nos íbamos a la misma comunidad, o cada uno por su lado. A mí me tocó en la comunidad de Chenalhó y ahí se queda uno dos días; a él le tocó en la comunidad de la selva, pero no sé qué ocurrió y empezó a meter a otra mujer en el cuarto que rentábamos, donde estábamos viviendo felices. Cuando regresé, llegué directamente a la oficina y allí me van diciendo: "Ya entró tu rival".

¿Qué podía decir? Ya no quise entrar a donde estábamos rentando. Con razón, lloraba, ya no quiero ir, ya lo presentía mi sangre. Ya ni modo, ya estoy embarazada, ya no voy a seguir... Al ver que no entré a la casa, me siguió: "Sí, lo hice, perdóname... Ella me quiso, pero jamás te voy a dejar".

¡Qué dolor! Dolor en mi corazón, pero seguimos trabajando, no por estar embarazada dejé el trabajo. Seguí saliendo a las comunidades, haciendo el trabajo de la organización, recolectando plantas, entrevistas, organizando a más médicos tradicionales.

Ya me siento señora, ahora sí ya me sentía mamá. Cuando nació mi hijito me dieron descanso, un mes, y continuó mi trabajo, entre la tristeza por no tener bien mi familia. La otra mujer metía mucho chisme con mi marido y aquél llegaba a pegarme, a darme; empezó a decir que no era su hijo el que tuve.

Cuántas veces me ha dejado morado... y no sé quejarme ni pedir apoyo.

Tuve mi primer hijo, me lo quitó la vieja y el hombre me sacó a la calle de las ocho de la noche hasta la una de la mañana. Tenía miedo y le pedí, por favor, que soltara a mi hijito, pero la vieja lo tenía. No se me olvida que me sacaron a la calle, ¿cómo aguanté esa vida? Es muy triste. Le echaban seguro a su puerta, no puedo abrir, toco y toco... no me entregaban a mi bebé. Me preocupaba, porque hacía quince días que había nacido mi hijo y estaba muy enfermo. ¡Cómo me hicieron! Me arrastraron en el patio, no tengo fuerza para responder, me duele todavía porque hace quince días que me alivié. La vieja bien que miraba al hombre que me estaba golpeando con m'ijito. Vino a quitarme mi chal y se llevó a m'ijito. El hombre empezó a pegarme más, me ganó, me caí, me arrastraba por el patio... ¡pinche vieja! Ni siquiera me defendía, sólo me quitó a m'ijito y se metió en el cuarto. Solita luché contra él, me hice a un lado y gateando me fui a esconder en un rincón. Pensé que me iba a dejar, pero cuando me vio, volvió a agarrarme: "Salte a la calle, hija de tu puta madre..."

Tenía algo, pero no me acuerdo si lo tronó o no [un arma]. No logré que me dieran a mi hijo. Bien que lo sabía yo, antes de que empezara la organización, él ya estaba haciendo la lucha, me hablaba, no me dejaba, como que ya lo presentía mi cuerpo, mi sangre, y cuando me fui con él, lloraba. Él me decía: "No llores, di-me qué quieres, ¿nos casamos por lo civil, en la iglesia?" ¡Qué bonitas palabras! Lo juraba todo en ese tiempo, pero cuando metió a la vieja, estaba haciendo esas cosas...

Cuando sucedió el problema, no me dejé. A la persona que le pedí el favor de que me ayudara, me dijo que me fuera a dormir a su casa, pero tampoco quise, por m'ijito; daba lástima, y por fin me amaneció.

Allá llegó un señor policía: "Saque a mi hijo, que me lo devuelvan y me voy". Tenía seguro la puerta. Le pedí por favor, pero me

encabroné y empecé a golpear la puerta sin lástima. Ya para amanecer, como a las cinco de la mañana, sólo quería que me entregara a mi hijo. Vi dónde lo tenía la pinchi vieja arrugada, lo agarré y me fui. Sólo así escuchó el hombre.

Cuando estuve en la organización, no ganábamos bastante dinero. El trabajo era bastante, pero no importaba. Yo tenía interés en hacer este trabajo en mi pueblo, en las comunidades, por lo que me daba orgullo, sentía que podía organizar. Y se hizo una asamblea, se reunieron cientos de médicos y parteras, fuimos a las comunidades a traerlos en camiones de tres toneladas; se veía muy bonito, como flores, con sus trajes de diferentes comunidades.

Estuvieron todos los médicos tradicionales, me sentía muy alegre. Nunca se reunían, pensaba que nunca lo lograría. Los que vinieron estaban grandes; cincuenta, sesenta o setenta años tenían los médicos tradicionales; los más jóvenes eran de treinta y cinco años, pero la mayoría eran mayores y unos cuantos de ochenta años, que venían porque les gustaron las pláticas que hacíamos para desarrollarnos, rescatar a los antepasados. Quisimos mostrárselo al gobernador general Castellanos Domínguez, para que hubiera apoyo, mostrarle el trabajo de los médicos indígenas, cómo atendían las enfermedades, los partos. Desgraciadamente, el día que vino no hubo apoyo, le gustó lo que hicimos, dijo que estaba bonito y se fue alegre: "Me gusta. Una vez que se me fracturó mi brazo, me atendió un médico tradicional, un huesero". Contó su historia, nos miró. Cuando terminó la asamblea y empezamos a buscar la manera de que nos diera apoyo, ni siquiera nos tomó en cuenta, ni caso.

Los apoyos no son del gobierno, vienen de fuera de las ciudades, poco a poco. En el programa de UNICEF, que era de atención primaria a la salud, que según esto iba a durar; se formaron grupos de personas, como ocho doctores y seis técnicos, y otros sobre plantas medicinales. El programa se empezó en 1983 e iba a durar hasta el año 2000, pero desgraciadamente sólo duró un año y medio y

empezaron los problemas.

Nos quitaron tres carros yip para viajar y querían llevarse todos los documentos de la organización que teníamos; la historia de lo que habíamos hecho. Los jefes empezaron a atacarse entre ellos, la verdad es que no sé cómo empezó, pero el más tremendo se llamaba doctor Jara, que vino a supervisar lo que había.

Mi Sebastián Luna Gómez, como es el encargado que coordinaba a los médicos tradicionales, dijo: "Vamos a sacar todos los documentos que tenemos para que no se lleven la historia de la organización que hemos venido haciendo".

Los sacamos y los llevamos a una casa prestada, los almacenamos.

El doctor Jara llegó al día siguiente con su equipo, a supervisar, a registrar. Buscaban los documentos de la historia de la oficina, cómo empezó la organización.

¿Dónde están los documentos?

No sé, no sé nada. Deben estar ahí, yo no soy responsable de cuidarlos.

¡Tramosos!

No me digas tramposa, porque yo no sé nada de cómo estuvo o qué están haciendo.

Hubo más problema cuando se dividió la unión de la UNICEF. De plano se acabó. Ahí estaba nuestro asesor, Solís Cervantes, pero no estaba de acuerdo en que vinieran a supervisar. Pensaban que iba a funcionar, pero no. Se programaron muy bonito, pero no se cumplió. Se salieron todos los trabajadores de atención primaria y nosotros nos quedamos adentro... Así contestamos.

Vamos a ver si nosotras funcionamos. Nosotros vamos a seguir, le vamos a echar ganas, de por sí lo hicimos desde el principio, hemos organizado... No sé por qué vienen a decir cosas que no nos parecen; pero seguimos, tenemos que seguir.

Les voy a contar quiénes estuvieron, más o menos un año y medio: Víctor Icó Ramos Grajales, jefe de Servicios de Coordinación de

Salud Pública en el estado de Chiapas; Jesús Manuel Lizárraga Ruiz, coordinador general de los programas; doctor Rodrigo Arboleda, consultor de la UNICEF; María Luisa Peláez, consultora de la Dirección General de Educación para la Salud de la SSA; doctor Gonzalo Solís Cervantes, coordinador de Campo; doctor Óscar Martínez Molino, coordinador administrativo; doctor Gerardo González Figueroa y Horacio Rioja Rodríguez, ellos eran doctores; de su equipo, algunos eran indígenas: Enrique Castro Muñoz, Manuel López Hernández, María Estela Rivera Valencia, Guadalupe Pérez Moreno, Sebastián Cruz Velasco, Juan López Hernández y Manuel Lucio Pérez Moshan.

Nuestro equipo era otro grupo, de puros médicos tradicionales; somos muy pocos. Unos tres hombres y unos dos médicos indígenas. Los otros son mayoría y no hubo coordinación, y hubo desalojo de todo. Ni modo, así se reventaron las coordinaciones y nos quedamos nosotras. Nos fuimos a las comunidades y seguimos haciendo, no porque hubo problemas ya no íbamos a seguir.

“Es para nuestro bien, para fortalecer nuestros conocimientos. Nuestros hijos ¿a dónde irán después? ¿Cómo van a conocer nuestra cultura nuestros nietos, y también ustedes, aunque no tengan hijos todavía? Es muy importante para las nuevas generaciones”, nos dijeron los médicos indígenas.

Ahí fue donde empecé a conocer las diferentes organizaciones no gubernamentales, ONG. ¿De qué se trata?, ¿qué podemos hacer? Me gustó mucho esa parte de las organizaciones. En ese tiempo tuve ánimo, porque era soltera, sin marido, sin hijos, me gustó. Sentí muy amplio el campo en que jugué, tuve muchos compañeros y compañeras, compartí experiencias, información. Para mí eso fue muy útil, agarré poder, valor y fue muy bueno. No había dinero, no ganábamos mucho, no teníamos suficiente.

Cuando íbamos a las comunidades buscando a los médicos tradicionales, parteras, rezadores del cerro y yerberos, entrábamos a hacer entrevistas de enfermedades, diagnósticos, y a ve-

ces nos agarraba la noche. Como no nos conocían, no nos entendían, y aunque soy mujer, no sentí miedo. Cuando nos agarraba la noche, algunos no nos permitían quedarnos a dormir, o no nos dejaban entrar a su casa. Al terminar la entrevista, a caminar donde nos agarró la noche para que nos conozcan. Nos quedábamos bajo los árboles, bajo las rocas. A veces, cuando nos agarraba el agua, rápido buscábamos nailon y hacíamos una casita en el campo, esperando que pasara el agua. De ahí nos levantábamos, nos íbamos buscando y volvíamos a caminar. Cuando nos agarraba el hambre, llevábamos nuestra lonchera y, además, nos vendían pozolito, tortillitas, y así no pasábamos hambre ni frío debajo del árbol. Buscábamos varitas secas y empezábamos a hacer fuego y nos calentábamos. Así logramos esta organización de médicos indígenas. En ese tiempo no ganábamos mucho. Por ejemplo: cuando entré a hacer recolección de plantas para medicina indígena, nos pagaban seis pesos mensuales y era bastante dinero. Ni INI ni UNICEF; nosotros mismos somos el equipo de medicina indígena. Decían los médicos indígenas que tenían preocupación cuando entraron, no los respetaban, no querían reconocer lo que sabían. Mucho antes ya tenían problemas, pues los mataban, los acusaban de hechiceros. Hubo muchas muertes de médicos.

Empezaron los rumores, como una enfermedad que sentían, que se las echaron, que son brujos. Entonces dijeron: mejor que haya prevención, para tranquilidad de ellos y que puedan trabajar. Cuando vimos que sí se reunían, nunca lo dejamos. Desde 1985, cuando se legalizó la OMIECH, fue más abierto, más tranquilo.

Yo continúo mi trabajo, nunca lo dejo. Aunque estaba mal en mi vida personal, seguía luchando, porque tengo interés en esta organización, porque la tengo en mi corazón. Quiero tener logros, quiero ver el futuro, saber qué va a haber más después. Tengo problemas en mi casa, con mi pareja, pero ya que me salgo con las compañeras a las comunidades, hay más logros, encuentro alegría,

yo estoy cargando a mi hijito...

Estuve sufriendo mucho, como que tengo miedo de lo que pueda suceder, pero jamás me quejo. No le digo a mi papá ni a mi mamá. Sólo un día le dije a mi mamá, cuando me pegó, que ya no quería regresar con él porque tenía otra mujer y yo no soy un animal, y no soy un hombre, y con varias mujeres no me gusta. De ahí que le dije que jamás regresaría, me escondía yo en la casa donde estábamos rentando. Y me buscaba, me llevaba, pero no quiero, no quiero, no quiero... aunque esté embarazada, aunque tenga a mis hijos. Un día le dije a mi mamá que ya estoy para ocho meses.

Es cierto, mamá, ahorita tengo problema con él, ya no voy a ir...

Está mal lo que haces. Porque un día sí te va a dejar, y si te alivias, va a decir pendejadas, si acaso es su hijo. Y mientras, que te quiere y no te deja, y si tú lo despides y dejas que te deje, acéptalo. Júntate con él, nada más que te alivies, porque si te pasa algo, ya sabemos quién es el culpable que no te atendió. O sea, te pasó algo o te moriste o alguna cosa... No están separados.

Sólo por eso que me dijo mi mamá, lo acepté. Porque me dio lástima y tiene razón. Y ahí nació mi hijo, no en su casa, sino en casa de la partera. Me fui solita. La partera me atendió. Faltaba un día para que naciera mi bebé, y me dejó golpeada. Me pegó, dijo que no era su hijo el que iba a tener y me pegó en mi panza. ¡Qué adolorida me quedó! Esa misma noche me empecé a sobar y a sentir cómo estaba mi bebé, pero no se movía. Al otro día, otra vez, pero no hay nada, no se mueve y me puse a pensar: "Ay, Dios mío, que no le haya pasado nada a mi bebé". Y no se mueve y me siento triste y adolorida de mi cabeza por tanto golpe que me dio. Y se fue. Había una reunión sobre algo de medicina indígena y se fue a México. Me quedé sola con su vieja, y como no me dio gusto quedarme con ella, me salí. En la tarde empezó a dolerme la panza y me fui a buscar a mi partera... Gracias a Dios que con la partera pudimos nacer a mi bebé... Ay, Dios mío, ahora sí que pude lograrlo, no hubo tanto peligro y nació bien; y yo solita, sin familia.

Cuando llegó de México, dijo que sí me va a llevar, pero mi mamá y mi papá no me dejaron. Y después le reclamaron. Pasaron quince días y ya no quería irme a la casa de él, pero me fue a traer y me llevó a la fuerza. Se llevó todas mis cosas para que viviera con él y con la otra mujer. No me gustaba. No sé si fue por eso, empezó a darme golpes. A los quince días de haber nacido mi bebé, empezó a pegarme. Me dio tristeza. Lo hizo por los malditos chismes que le metieron en su cabeza. Cuando estábamos solitos los dos, él y yo, estábamos muy contentos. Me sentía contenta con él, vivíamos juntos, trabajábamos juntos en la organización y era feliz. Y ya después, cuando metió a la otra, fue el demonio que se le metió.

Seguí metida y jalando hijos, andando en las comunidades. No porque tuve un hijo voy a dejar la comunidad, con mi hijo a mi espalda, daba pláticas a las mujeres. Y así me sentía contenta. No sentía que fuera mi bebé, lo sentía como mi juguete, me sentía muy feliz con mi primer hijito.

Y ya ahí sufrí muchas veces los golpes, muchas veces me iba a matar la vieja con sus golpes. Puta suerte, ahora sí, supe que me quería matar. Estaba yo acostada con mi hijito, y esperé a que no estuviera nuestro marido. Él salió, se fue a otra reunión fuera del lugar y nos quedamos en la casa, en un cuarto ella y en un cuarto yo. Y así, solita con mi hijo, y ella también tenía una hija durmiendo. Me sentí mal porque no tenía dinero para rentar otro cuarto, ya lo tenía pensado. Y en la noche intentó matarme. Y se preparó. ¿Y quién me dijo? La prima hermana de mi esposo me contó, me vino a decir al otro día:

Ay, cuñada le dice la otra vieja (yo no le digo cuñada, le digo por su nombre), ay, no sé cómo me siento ahorita, que no pude hacerlo, no lo logré...

¿Qué te pasó?

Esta vieja que está en mi casa, la iba yo a matar...

¿Por qué la ibas a matar?

Porque le tengo coraje. No me gusta que esté dentro de la casa,

no quiero ver su cara. A media noche me levanté. Ella estaba bien dormida con su hijo. Ya tenía preparado mi cuchillo y mi costal para meterla ahí, pero no pude. Me salí, a los dos o tres pasos ya quería clavarle el cuchillo, pero se levanto su bebé y empezó a destaparse la cara y me espanté. Si no hubiera llorado, desde cuándo me la hubiera echado...

¿Y cómo le vas a hacer, si no está su marido? ¿Dónde la vas a dejar?

Ya tengo preparado mi costal de azúcar, ¿acaso está grande? Está chaparrita, la meto en el costal y encima le pongo basura. Y la voy a tirar al basurero. Ya cuando venga su marido le digo: "Tu mujer, quién sabe dónde se fue. Dejó tirado a su hijo". Le voy a decir así, pero desgraciadamente no pude.

Me dijo la prima hermana de mi esposo:

Ay, cuñada, por favor, ¡preocúpate! No quiero que estés ya en la casa de otra. Eso me dijo esta mujer, la pendeja me lo contó. Pensé que ya no te iba a encontrar. Mejor hazte a un lado. Ya no te metas ahí.

Ahora sí que me preocupé.

Tengo una tía que vende comida en el mercado y voy a hablar con ella, así no gasto tanto en la comida. Mi bebé está chiquito y sólo le doy su lechita que mama.

Me empecé a salir, a vivir solita. Me buscó donde estaba. Ni modo, nos juntamos otra vez. Fue doloroso cómo me trató, por sus pinches pendejadas no supo qué pensar y se metió con dos mujeres. Sufrí cinco años con él, no supe qué pensar ni controlar. Después empecé a dialogar con él.

Algunas organizaciones han tenido problemas de parejas y me empezaron a dar información también. Y como que entendí y dialogué con él. Si no me quiere, que me deje en paz. Y empecé a orar, a hablar con Diosito, con el Padre eterno, la Virgen María. Cuando empezó a tomar trago, me salía, me escondía. Él se ponía muy sentido, muy preocupado. Buscó a un curandero para que me regresara a su lado. En el trabajo, seguido nos encontramos, en la ofi-ci-

na, los talleres, pero no me mira donde me voy a dormir, donde me voy a vivir, porque le dije que ya no lo quiero.

Después, por fin, tengo donde dormir. Hice una galerita al lado de la de mi prima hermana. Ahí me dio un pedacito donde vivir. De ahí que me encontró y empezó decirme que me pedía perdón. Con un hijo y ya voy para dos hijos, no sé cómo hacerle, cómo curarme. Platiqué con él:

Si es verdad que me quieres, pues trátame como si me quisieras. Necesito dinero para el hijo, pásamelo y no me regañes. Si de verdad me quieres, deja de pegarme. Si de verdad me quieres, trátame bien, por favor. No te voy a mandar a la cárcel, no voy a ir a quejarme. Yo no soy así. Te lo digo de buena manera. Me perseguiste para decirme que me querías, llorabas que me querías, pero sólo me haces sufrir, como Jesucristo cuando murió en su cruz. Delante de la cruz me estás diciendo que si me quiero casar, y por las dos leyes, ¿qué te paso? ¿Ahora sí, de verdad, me quieres? Déjame en paz, quiero andar sola. Gracias por darme dos compañeritos. Muchas gracias, me dan alegría, voy a crecer a mis criaturas. No todo el tiempo van a estar así... No seas pendejo, no me digas eso por favor...

De ahí siguió tomando. Le pedí a Diosito que lo mande a su casa, que se vaya, que viva con la mujer. ¡Pucha! No quería irse con ella. Va un día y regresa. Le di chance que se fuera, que estuviera más con ella, que me deje en paz. Pero no me dejó así nomás, me pidió disculpas. Aunque me pida disculpas, ya que se vaya. A mí no me gusta, no soy un animal para que me estén maltratando.

“Dios mío, te pido un gran favor: dale consejo a este tu hijo, que cuando esté borracho, por favor, que se vaya con su mujer; cuando esté en su juicio esté presente conmigo. No lo quiero ver borracho. No quiero que me esté maltratando, no quiero que me pegue, me duele, ya no aguanto. Tantos pelos que me ha arrancado, tanta sangre que me ha sacado. Tantos golpes, tantos moretes que me ha hecho. ¡Qué vergüenza siento, Padre eterno, Padre celestial! Madre mía, padre Rosario, Guadalupana, ayúdame, apóya-

me. Perdóname lo que hice, mis pecados, que se retire, te pido el gran favor. Tócale su corazón, su cabeza, su mente, que se ponga de buenas. Que me vuelva a tratar como al principio me trató. Cuando me quería, lloraba y me perseguía. Que se haga responsable de mí y de mis hijos. Dios mío, ayúdame, protégeme. Escucha mi palabra, dámelo, Señor, Padre mío...”

Tantos problemas que tengo y las pendejadas que estamos haciendo. Déjalo en su cabeza... Cada que no está, le pido, por favor: “mándalo a su casa, que vaya con su mujer, que lo atienda, que le lave su ropa. Dame tu gracia, Dios mío. Yo no voy a quedarme a cuidar un borracho. Voy a salir a trabajar. Quiero que me quiera de buena manera; salud, amistad, amor. Dios mío, dame tu sabiduría... Ámame, dame fuerza en mi corazón, Dios santo. ¡Dios mío!, mira cómo me trata”.

La otra mujer ya empezó a juntar a sus compañeras. Supe que ya había cinco mujeres tzeltales que dicen que me van a esperar en la calle, que ya vieron que ando sola, que van a buscar chile y me lo van a poner y que me van a matar, que me van a meter en mi parte el chile, a ver si aguanto eso. Por eso, empecé a orar, en el día y en la noche. Cuando me dijeron que me van a echar chile, yo también me preparé y me fui a andar. No voy a andar con montón de gente, mis amigas están en la comunidad. Empecé a buscar mi chile también, finito, en polvo, y busqué mis alfileres. Si de verdad me van a hacer algo, Dios mío, aquí está mi protección también, con alfileres, chile en polvo, y siempre me salgo preparada, trenzado mi pelo, no lo llevo suelto, y bien amarrada mi cinturita y dispuesta.

“Pero, Dios mío, si me van a agarrar, cálmalas, que no me vengán a agarrar. Estórbales el camino. Yo no he matado gente. No he sacado pus de su pie o de su mano. Yo no le he quitado a su marido. Mira cómo me trata.”

Le digo al hombre que me deje en paz, pero no lo hace. Me quiere, hasta llora: “Perdona, disculpa, mamita, sí es cierto, tienes razón”. Pero sólo un rato. La vieja mete chismes... esta mujerci-

ta, hija del diablo, maldita. Pienso que no es hija de Dios. Tiene el chisme en su mente, yo no voy a quitárselo y sabe cuánto me costó. Él me quería porque no le hacía caso. Pues la verdad me dio lástima. Cuántas veces me he separado de él no importa; si tengo un hijo, no importa. Nunca me fui a quejar a una institución, ni ante la autoridad, ni con mi papá, ni con mis hermanos.

Mis hermanos, que son menores que yo, dicen que se quieren meter, que me van a apoyar: "No, papito, no quiero que entres. Déjalo, yo lo voy a ver", les digo.

Y mi mamá, cuando entra y escucha rumores de que me maltrata, me dice que lo deje, que no lo registrara como su hijito, que le pusiera sólo mi apellido, pero no quise. ¿Acaso yo sola hice a mi bebé? Tiene padre y tiene que registrarlo.

Déjame en paz, mamá. Yo lo voy a ver. No se metan.

¿Y si te mata?

No. No me mata. Ya sé cómo le voy a hacer.

Y empecé a hacer mi trabajo sola. Algunas compañeras me vienen a decir: "Si te regaña, no hagas caso. Hazte a un lado" y un montón de consejos. Pero mi poder vino de la oración y de todo lo que hablaba la santa tierra, las flores. ¿Sabes cuál fue la oración que me vino a la cabeza?: "Dios, aquí está su silla, su mesa. Si me quiere, que se preocupe por mí y tenga tranquilidad, Dios mío, santa tierra, santo suelo, ayúdame, aquí está para que tenga felicidad, la cama, la mesa, el fuego, los trastes..." Es lo que hablaba yo, por Dios santo.

Sólo un año estuve feliz, solitos los dos. De novios me trataba muy bien. Cuidaba que no me cayera, qué quería, si no tenía sed. Me iba a dejar a mi casa cuando éramos novios. Desde 1980 nos conocimos y empezó hablarme en 1981. En 1982, me sigue hablando de amor y no le hacía caso. En 1984, ya estando juntos, él metió a esa mujer. Y de ahí me dio sentimiento todo lo que me hizo.

Ahora me quedo con una experiencia, una armonía, una historia y dos hijos. Empecé a planificar mi familia y él me preguntaba: "¿Qué

estás haciendo?” Usaba una planta natural y él se encabronaba porque no tenía otro hijito.

Si tú me tratas bien y no me regañas, a lo mejor sí quiero otro pequeño para que seamos felices.

Sí tuve otro hijo, y al tercer bebé empezó a pedirme disculpas: que ya no lo vuelve a hacer, que va a estar bien. Pero yo no quiero.

No quiero que me maltrate. Basta ya con eso... Empecé a hacer la lucha para mí, porque no quiero que me estén echando a perder la vida ni que jodan a mis criaturas. No soy juguete ni basura, como me trataba, como me hacía.

Y le pedí a Dios con oraciones y secretos que he visto que usan los médicos para proteger. Empecé a armarme de valor y a ponerme atención a mí. Pedí protección para mí misma, porque tampoco mis hijos son basura ni juguetes.

Me di cuenta y analicé muy bien cuándo pelea, discute. Se lo mandan en su cabeza, en su mente, en su corazón. Le dicen que no sirvo, que soy mala. Lo cree todo. Cuando toma trago, es más peligroso. No sabe tomar el santo trago. Se va en el espíritu, en la mente. Se le quita el pensamiento. Cuando toma, se mete en problemas. Sí es una enfermedad y muy dolorosa.

Y sufrí mucho. Hasta quedé sin zapatos, sin chanclas, me quedaba descalza.

Empecé a hincarme de rodillas. Cuántas veces le pedí perdón a Dios. Cuántas veces lo hice, me sentía muy solitaria, me hacía falta fortalecerme. Cada día empezó a nacer mi conocimiento, mi pensamiento. Por eso puse interés en la organización y en mis sueños. Los remedios venían a mí en sueños, cuando estaba yo en problemas en esos tiempos. Los demonios me venían a agarrar, eran tipo judas, y otros en los sueños me decían: “No te deben agarrar, hazlo así, así le vas a hacer”. Ahí alguien me decía cómo defenderme. Otros me maltrataban en mi sueño. Puse atención a los sueños y los utilicé, me serví del conocimiento que veía. Como trabajaba con mujeres

que sufrían, tomé la información. Y vi que sí cambió, resultó muy bien, como lo soñé.

Pedí para mi bien y el de mis hijos y me dio estos resultados. Estuve en problemas, pero nunca dejé el trabajo en las comunidades, con nuestras medicinas tradicionales.

Antes de que falleciera mi esposo, dialogamos e hicimos la paz, me quedé contenta, no hay problema. Se fue a descansar su cuerpo, me dejó con cuatro hijos... hasta ahí. Nada más quiero que crezcan mis hijos. Desafortunadamente, el santo trago no deja de entrar en la cabeza de mi hijo. Tengo un hijo que agarró el vicio y quiere matarse solo: "Ni modo, quiero morirme... Ya se fue mi papá, también yo me quiero ir". Eso dice, es lo que más me remueve. Sólo él ha sentido mucho su muerte. Traté de ayudarlo, de defenderlo, pero él no quiere dejar su bebida. Lo mando a los anexos para que deje de tomar, pero a los tres meses vuelve otra vez. Ésa es la preocupación que tengo ahorita. Él no quiere poner de su parte. Es muy problemático, doloroso, dondequiera hay cantinas.

Ése es mi dolor, mi sentimiento. Si mis hijos no tomaran y fueran a estudiar, estaría contenta. Ahora lo que me hace feliz es el trabajo, la lucha que hago con las mujeres.

Algunas compañeras tienen mucha envidia o coraje, porque no les gusta lo que hago y dicen:

¿Cómo hace eso? Me cae mal. Ésa tiene marido, trabajan los dos, ¿cómo le hacen? Cargando, abrazando al hijo en la comunidad, en las pláticas, las reuniones...

Sólo escuchaba, pero no hacía caso...

Mira, su mujer llega tarde, ¿cómo le gusta a ese hombre que salga su mujer?

Se burlaban, pero no les hacía caso. A mis amigas les pido que me hagan una protección y así lo hacemos. Me siento alegre. Convi-vimos en mi casa, pero no estoy haciendo nada malo. Siempre sale

olor aromático de mi casa porque siempre utilizo el incienso que me recomiendan, para que no entre el demonio.

Hago mi oración, mi protección para mis criaturas y sale el olor. Un día defendí a la mujer de un señor que toma mucho y le pega, y como estaba borracho y enojado, me empezó a decir:

Pendeja, hechicera...

Y un montón de cosas, porque ven que me llevo bien con mis compañeras. Y de allí se hizo el chisme, salió mal la información y el señor me dice que soy bruja: "Maldita, animal, bruja que matas a la gente, burra".

Piensa que soy bruja, porque recolecto mis plantitas. ¿Ése es mi pecado, mi delito? Déjalo en paz. Voy a buscar a mi grupo de amigas, a ver qué va a pasar...

—¡Pinchi vieja, cochina! Pásame a tu amiga, voy a dormir con ella.

Hablé con mi marido, y fuimos a ver al dirigente de la colonia. Pensé que me iban a decir de cosas, pero al contrario, me defendieron:

Ese hombre es de otra religión, y usted católica dijeron las autoridades.

No puedes meterte con una mujer, hay que respetar la religión de cada uno. Lo importante es que no te moleste, déjalo...

Se encabronó mucho ese señor. Como dos años estuvo enojado conmigo. Después, como se embarazó su mujer y no la podían atender, me buscaron y nació una niña preciosa. De ahí se calmó. Ahora sí se atendió con la pinchi bruja, no fue al hospital. Le di su receta y todo eso...

En otra ocasión, como a los cuatro años, volví a tener otro problema con él...

Mi marido salió de la casa y se fue a tomar. Yo no me di cuenta. Cuando voy escuchando ruidos, ¡somatones! que escuchaba, gritos. ¿Qué es eso? Era mi marido que estaba borracho y estaban peleando. Quién sabe cómo se encontraron, pero el chiste es que se estaban peleando. ¡Putá máquina!, ¿qué hago? Defendí a mi marido, espanté a aquel hombre para que dejara de molestar. Metí dentro de mi casa

a mi marido y lo empecé a regañar: "Mira lo que pasó?"

Después vino el señor todo enojado y me jaló del pelo y me tiró... ¿Cómo me va a defender mi marido si está bien borracho? Me levanté como pude, le di un pedrazo y dejé tirado al señor.

Ya cuando entré a mi casa, a trenzar mi pelo, se me cayó bastante... Lloré mucho y regañé a mi marido, porque lo defendí. Luego le dije: "Quiero meter queja con la autoridad", pero mi marido no quiso; y aquello se quedó atorado en mi corazón. Lo que hice fue pedirle a Dios que me cuidara y me defendiera, fue lo único.

Ya murió mi esposo, después que tanto me trataron de bruja... La gente no entiende. Por ejemplo, los evangélicos me dicen que está mal porque creemos en las imágenes, dicen que no vale, que no es poderoso... Como no creen, por eso me maltratan.

Aunque mi difunto esposo ya no está, quedó su trabajo. Cuando una persona que muere ha hecho un buen trabajo, sigue siendo, nunca muere.

Cuando estuve con él, me respetaban, pero cuando murió, tengo desventaja porque empiezan los problemas. No hay respeto porque nos miran solas. Piensan que quiero marido, algunos hablan así, pero a mí no me gusta. Y tengo que poner tope para que se hagan a un lado.

Ya no es lo mismo que cuando estaba yo chica o joven. Ahora estoy pensando cómo vivir, salir adelante con mis hijos, únicamente eso, pero algunos no saben o no entienden.

No es fácil nacer mujer, es muy dura su situación. Como una no sabe cómo prevenir, cómo controlar, es muy difícil.

Cuando estoy trabajando, voy corriendo porque ya es tarde y me encuentro a un hombre que me dice que si me quiero casar con él, que si me quiero juntar con él.

¿Cómo que voy a juntar contigo?

Es que yo te quiero.

Pendejo este viejo, ya estaba viejo, arrugado...

Vas a ver, le voy a decir a tu señora, vas a decir que no... pobre de ti.

Si le dices, acuérdate bien... Ya sabes cómo te va... Te voy a agarrar y te voy a pegar.

Pégame si quieres, pégame, acércate... quería agarrar una piedra y no había cerca... Vas a ver lo que estás haciendo.

Si le vas a decir a mi mujer, te voy a pegar, te voy a matar.

Éntrale, pues, entra... quería meterlo en la casa donde estaba trabajando, pero no entró, mejor se fue.

Me dijo que me va a perseguir y después: "Oye, ¿no quieres ganarte cincuenta pesos?" Pucha, me extrañó eso... Eso pasó con ese maldito viejo, luego se fue. Me quedé espantada y luego me fui a platicar con otros grupos de mujeres, así aumenta nuestro conocimiento. Por eso nunca dejé de participar, de ir... Me dan claridad en mi cabeza, me dan más...

La mayoría de los hombres son más abusivos cuando encuentran mujeres débiles, por eso hay muchas compañeras a las que les pasa eso, las roban, las matan, se aprovechan de ellas, las dejan muertas, destazadas, eso es muy doloroso. Algunos hombres se creen muy machines, molestan a las mujeres. Es muy triste ser mujer, pero poniéndole valor, podemos salir adelante...

Así pasó, con ese señor, el viejo, que me tapó el camino. Pensé en ir al Ministerio Público. Primero fui a mi trabajo a pedir permiso, no iba a llegar por mi situación fea que tuve... para ir a arreglar.

Me fui a investigar dónde vivía el señor. ¿Qué colonia? Fui a ver quién era la autoridad, cómo se llama. Pregunté si conocía a tal persona, tal hombre, su forma, su altura... ¿lo conoce?

Sí, lo conocemos.

Y ¿por qué?

Informé lo que me dijo. Ni miedo tuve. Cuando me amenazó, sí me preocupé, pero después me dio rabia. Cuando era yo niña, me

lastimaron, pero que me vengan a molestar ya de vieja... Como ve que soy una viuda...

Está bien, lo citamos. Vienes a tal hora.

Al siguiente día lo llamaron. Estuvieron diez autoridades tradicionales de diferentes cargos. Les comenté el motivo.

¿Cómo es posible?, eso sí está mal... Qué bueno que viniste a decir, porque este hombre está acostumbrado a molestar a las mujeres. Hasta iba a matar a su nieto mismo, por una cosa que no le parece. Así ha quedado un antecedente. Si vuelve a hacer algo, se va ese hombre... Es acuerdo de nosotros.

Entonces, ¿me van a apoyar o no?

¿Cómo no te vamos a apoyar?

Pero no fue. Lo vuelven a citar, pero no vino. Así, tres veces.

No va a venir.

Si no viene, me voy a meter a su casa. Si no hago nada, va a platicar que me gusta a los demás hombres, pero no es cierto. A mí no me gusta, ya estoy grande y no estoy pensando en esas cosas, no es justo. Además no soy chiquita y él ya está viejo.

Bueno, a tal hora ven otra vez.

Fui otra vez y no llegó.

Por favor, señores, échenme la mano, vayan a traerlo si lo conocen.

Y sí, sí vino. Ya están juntas las autoridades, ya se informaron quince autoridades que tienen formadas en las colonias. Cuando se hizo así, llegó. Se sentía fuerte, sano, muy seguro.

Buenos días, buenas tardes...

Le informaron y no lo quiere aceptar. Me echó la culpa y me enojé. He respetado, pero si así me hace...

Las autoridades son de diferentes colonias, idiomas tzotzil, tzeltal, algunos chol, que han formado autoridades en la colonia.

Sí está mal, está mal lo que hizo.

Los señores estuvieron a favor mío. Le dije:

¡Yo no soy cualquiera! Si de veras me respeta, yo respeto también;

si me hacen pendejadas, que me disculpen, pero a mí no me gusta...

Pues lo sentimos mucho, cometiste un delito le empezaron a decir. No eres criatura y amenazar en la calle de que la vas a matar, eso es un delito grande. Gracias a Dios que te trajeron acá, en nuestra colonia. Ella vino a decirnos a nosotros, nos respeta. Si hubiera ido, como lo pensó, directamente al Ministerio Público, nunca ibas a salir, porque las mujeres ya escucharon que tienen derechos y salen ganando. Tú te lo estás buscando, estás haciendo mal.

Lo siento mucho, como dice la señora, yo la apoyo. Aquí no queremos que vengan a molestar a las mujeres...

Se quedó callado.

¿Vas a aceptar o no?

Es que no sé qué pasó en mi cabeza.

Si no quieres aceptar, nosotros vamos a firmar para que te lleven...

Lo empecé a espantar.

Si no aceptas, ahorita vine sola, pero voy a movilizar a mis compañeros y compañeras.

Sí, es cierto. Disculpa, entonces, lo que te hice...

Lo aceptó ese pinchi viejo. Después quedó el acta. Si lo vuelve a hacer, van a dar sus firmas las autoridades y lo van a mandar a la cárcel... porque está acostumbrado a molestar a las mujeres.

La señora no está pidiendo tanta multa, es respeto lo que está pidiendo. Si hubiera, tienes que pagar.

Que nos pague una reja de refrescos, para que tomen porque tienen sed...

¡Y no quería dar ese hombre!... Por favor, que pague algo, porque tuvimos sed de tanta plástica.

Así estuvo. Lo arreglé otra vez sin licenciado. Porque lo hice, porque no me gusta que me hagan eso. Si me respetan, yo respeto también.

Pienso que cuando estuve batallando con su difunto padre, en ese tiempo agarró el vicio m'ijo. Ahora que creció, lo estoy aconsejando. Cuando tenía trece años empezó a tomar. Ya grandecito, por los amigos, malos amigos. Toman trago los jóvenes, se drogan. Algunos chamacos no sé cómo dominaron a mi chamaquito. Tengo dos hijos que agarraron el vicio del trago, les gusta estar con sus amigos.

Por eso siento un poco lastimado mi corazón. A veces me pongo triste, a veces me pongo alegre. No lo estoy dejando abandonado. Tampoco veo que se mejore, pero no pone de su parte. Yo ando metiéndolo en los albergues, en alcohólicos anónimos. Ni por eso agarra la onda. Quisiera que ya no tomara m'ijo. A uno lo estoy mandando a los albergues; otro hijo está agarrando la onda también. No sé porqué nació así. Les venden el trago don-dequiera. Por eso los jóvenes agarran el vicio, muchos, muchos jóvenes. Me da tristeza. Y mi segundo hijo, pues así lo va agarrando. Se me está agotando el dinero.

A veces quisiera tener algo mejor en mi vida. Me siento un rato, me recupero, y me caigo. Me voy con mujeres, grupos y organizaciones que dan pláticas. Ahí es donde voy a estar contenta y a desahogarme. Cuando llego a mi casa, veo que no se deja de tomar. Mi primer hijo y el segundo. Es peligroso, nunca veo que descansa de tomar. Insisto en meterlo en los albergues, pero el dinero no alcanza. No gano tanto aquí, en la organización. A veces lo del trabajo no alcanza cada quincena, sólo para tapar el hambre. Cuando estoy trabajando, saco lo más importante, el conocimiento de cómo vivir.

Le hablo a Diosito para que salga para la comida. A veces sale, a veces no. Con esos dos chiquitos estoy echándole ganas, a ver si me sale para vivir. Estoy preocupada, triste. Si Dios quiere, dejan el trago o no.

La lucha sigue, la lucha nunca termina. Ahora estamos viendo con las mujeres por qué mueren las mamás, por qué mueren los niños. Eso es lo que estoy viendo. Por problemas familiares, de la sociedad, políticos, de muchas cosas que les pasa a las mujeres y a

los niños. No así nomás.

Estamos reforzando los conocimientos de las parteras, de las mujeres. Es importante rescatar lo tradicional, fortalecerlo, pues don-de hay más problemas complicados, es con las embarazadas.

Vamos a entrar con las mujeres embarazadas en atención del parto, donde han tenido más problemas, más peligros. Les damos a conocer, llenamos su costalito, donde está hueco, llenamos su pensamiento. Hay peligro de que mueran las mamás por retención de la placenta, en el parto, desangradas. A muchas así les sucedió, pues no supieron cuidarse y no buscaron a su partera, o no quiso alimentarse, hay muchos pretextos. Algunos hombres también tienen la culpa porque no quisieron reconocer hasta dónde estaba el problema. Es lo que pasa con las mujeres donde no hay amistad entre la familia, pues a la hora del parto muere el niño. Cuando no hay amistad con el marido, si no hay amor, se muere en el parto, o después del parto, o por un sangrado, o un desmayo. No hubo atención, no la llevaron al hospital, o no llamaron a algunos curanderos. Desde el primer mes de embarazo hasta el parto, si no hay atención, puede morir la mujer o el niño. Y puede venir mal posicionado el bebé. Algunas pobres, cuando están embarazadas, el hombre se va lejos. O se va a buscar a otra mujer, o llegan a regañarla.

Cuando a una mujer le pasa algo, muere o la maltratan, no siento que sea otro cuerpo, siento que soy yo, ahora no me están pegando, pero cuando voy con las mujeres, siento que es a mí, que es mi carne, mi misma sangre. Lo veo, lo siento. No es mi familia, pero sí lo siento como propio.

Me dicen que las mujeres no saben pensar, que la mujer es negativa; en cambio, los hombres son positivos, saben pensar de todo, tienen más derechos. Siempre es eso, y la verdad es que algunas mujeres han podido hacer cosas, aunque algunas rechazan su valor, porque no les permiten, no les dan chance.

En las comunidades, cuando empezamos, los hombres les decían a las mujeres: "No vayas. Tú quédate con tus hijos. Tú ve a hacer la

comida". No les permiten que vayan a la reunión. A veces hay talleres de mujeres y ellos dicen que no, nada más hombres. Pero poco a poco empezamos a platicar con ellos, a decirles que las manden, que es importante. Ahí empezamos poco a poco. Y no sólo con las mujeres, sino también con los hombres.

Manden a sus hijas; y poco a poco se amplió la unidad en las comunidades.

Muchos no reconocen el trabajo de las parteras, creen que es más válido el enfermero o los doctores. Les dicen a las parteras que cuando sientan que el bebé de sus pacientes está atravesado, que lo manden al hospital.

Nosotros no pensamos así y nos defendemos tradicionalmente. Algunas parteras ya se sienten preocupadas. Les dan para su pasaje, le dan su gasto, material o maletín. Las engañan. Les dan capacitación a ellas, y esa cosa es al revés. No respetan su derecho, su forma de trabajar.

Pero cuando no había doctores, ellas lo atendían a su manera, tradicionalmente. Los iloles son los doctores. Pasan y piden protección, también las parteras si no saben pulsar, hacer diagnóstico (pulso), pero atienden el parto, saben lo complicado que es. Antes, ellas lo han hecho, cuando no había doctores, sólo nuestros antepasados. "Podemos rescatarlo", decían.

Es lo que estamos haciendo y lo que vamos a hacer con ellas. Es lo más importante para las nuevas generaciones, que respeten. Algunas se van a estudiar y todo cambia. No estamos en contra de la medicina (alópata), pero que respeten la cultura, la tradición. No porque sea más bonito lo de ellos o lo de acá, sino que haya coordinación. Saber qué siente el cuerpo, dónde siente tranquilidad, felicidad. Atención es lo que queremos. Las mujeres van a buscar quién las atienda. Hay algunas parteras mujeres, pero si no hay, aunque sean hombres. Buscan a las parteras porque les tienen más confianza, se sienten más alegres, más felices, más abiertas, más cómodas de aliviarse en su casa. Que esté su familia, todos. Eso es lo que están

buscando las mujeres.

He hecho todo lo que es posible. Me han rechazado, que no sirvo para esto por ser mujer. Me han acusado de cosas injustas, que no es posible. A veces las mujeres me llegan a preguntar qué vamos a hacer, qué hago. Les doy información y me da orgullo cuando me preguntan. Y sí sirve mi palabra.

Hay avance en el trabajo que estoy haciendo. Cuando viene la gente, platico, atiendo, doy información, intercambiamos mutuamente. A veces a algunos hombres les interesa mi palabra, me comprenden, pero a algunos no. Son muy alzados, muy creídos, muy machistas. Entonces no les hago caso.

Es muy amplia el área de mujeres y parteras. Desde chiquitos, recién nacidos, adolescentes, señoras, y hasta ya de grandes, después de la menopausia, pues son muy diferente las enfermedades. Es importante saber de sus vidas, de su historia, de todo, qué es lo que ha hecho cada mujer, lo que han sufrido, cómo resolvieron su problema en sus familias, dentro de su hogar. Me da gusto ver que algunas han sabido salir adelante.

Compartimos nuestros dolores, nuestros conocimientos, todo lo que ha quedado atrás, rescatando...

Me he dado cuenta de que hay que tener fe en cómo platicar con las mujeres, con respeto por lo que tienen, lo que hacen. Tienen forma de curarse, saben, pero si no respetas sus conocimientos, pues no te van a decir. Las mujeres parteras o no parteras lo tienen todo en su mente, lo saben todo, pero no saben leer. Eso no importa, lo que vale la pena es su conocimiento, su experiencia. Su material, su equipo, es su mente, su corazón, sus manos, su pulso para hacer diagnóstico. Hay mucha confianza, mucha tranquilidad de las mujeres embarazadas, y aunque no estén embarazadas, cuando las mujeres tienen otras enfermedades, se fortalece el conocimiento, hay una que sabe más de plantas, otra menos, otra sabe más secretos, otras de más peligros... Es un libro que tienen en su corazón, en su mente, aunque no saben leer ni escribir, su testamento está en su mente, en

su corazón, por eso es importante animarlas a platicar para que así reflexionen sobre sus experiencias, sus ideas, sus conocimientos y los compartan con otras compañeras, que hagan intercambio, para que aumente y se complemente lo que les hace falta a unas. Otras lo hacen por medio de sus sueños, y es más válido, pues aunque algunas no lo crean a veces, es verdad, pues unas sueñan que les dan su don. Es muy útil que ellas mismas, que ya saben lo que les interesa y lo protegen rápido, lo cuiden para que no se lo roben. Otras veces no lo cuida, no lo protege, se enferma mucho, le dominan su espíritu y pierde el don que le han dado. Que su mamá, su abuelita la protejan para que crezca con su don: será curandera, hierbero, par-tera, rezador del cerro u otra cosa que le den su conocimiento, sus secretos.

Según mi experiencia, es el regalo que me ha dado Diosito. Si se presenta como una mujer, mi amiga, mi hermana, mi sobrina, o mi comadre, es una virgen. Si se presenta un hombre, es Dios que me está dando mi material, mi conocimiento, lo que voy a hacer. Nunca termina el problema de la mujer.

Hay algunas que se van al hospital, pero dicen ellas mismas, no hay nada gratis, hay que tener el dinero para estar dos, tres o cua-tro noches para pagar la cama, la medicina, todo es pagado. Cuando me han atendido, no me han atendido muy bien, me dicen: "Espé-rate un rato, ahí quédate". Han atendido a mis hijos y ahí lo veo, no es rápido, hay un poco de dificultad. Algunas parteras han visto, han entrado y no es igual que en sus casas como lo atienden. Cuando necesitan agua caliente o plantas están en su casa, pero en el hospital no. Les gusta lo natural. Si necesitan comer, ellas saben cómo curarse, eso es lo que me ha encantado compartir.

A mí me da felicidad este trabajo en la OMIECH. Nunca estoy sentada en la oficina, sino en las comunidades. Fue un poco difícil cuando tuve a mis hijos, los anduve cargando, llevando a la comunidad. En una ocasión que fuimos a la selva, se volcó el carro, por poquito no resbaló la llanta hacia una cueva, pues todo el autobús

se volcó. Estuvo con las llantas boca arriba. Me salí con mis hijos. Algunos compañeros, compañeras, salieron raspados, golpeados; gracias a Dios no me pasó nada, no me lastimé ni tampoco mis hijos. Sólo nos dio miedo. Aunque nos volcamos por ir a las comunidades, ni por eso tuve miedo. Siempre tuve que seguir viajando en mi vida, en mi trabajo con mujeres, con las comunidades.

En algunas comunidades no entra el carro y hay que caminar dos, tres, cuatro horas, todavía cargando hijos, de subida, cruzando en hamacas donde no hay puentes. No tengo con quién dejar a mis hijos y, además, no tengo dinero para pagar para que los cuiden. Así crecieron mis dos primeros hijos, también ellos tuvieron que aguantar el frío, el calor y cualquier cosa, caminando, cargando su comida, uno cargado atrás y otro adelante, como burrita me sentía.

Ser mujer es difícil, pero me gustan los encuentros, los conocimientos, mucha sabiduría. Cuando tenían seis o siete años, recuerdan por dónde pasábamos, qué hicimos. Me cuentan lo que hice, ¿cómo es posible? A veces me da risa, otras me siento un poco preocupada: ¿cómo pude hacer eso?

Tuve compañeras de trabajo que se salieron porque no aguantaron, porque estaba lejos, porque había que comprar la comida, porque no las dejaba salir la mamá o el marido. Mi marido, un día que me tocó salir, me dijo que no quiere que siga trabajando: "Salte, veo que sufres". Pero no quise obedecer, a mí me gusta platicar con muchas mujeres, muchas personas, intercambiar.

Así tuve a mis cuatro hijos, nunca busqué quién me los cuidara, los atendí. Cuando los metí en la escuela, el kínder, los dejé recomendados, quién me los iba a traer, sólo eso. Cuando estoy yo, los veo; así los crecí.

Ellos saben que todo lo que hago queda en mi historia; mi vida, mi experiencia es para ellos. Me tocó mostrar y enseñar cuál es el trabajo. Gracias a mi papá, mi mamá, me enseñaron muchas cosas, la función del trabajo de la mujer, de los niños y los hombres.

Agradezco a mis papás que me dieron poder y herencia y,

más que todo, me siento grandecita porque veo, donde platico o doy mi palabra, veo los frutos de mi participación. No es todo mi poder, sino por mi madre que me dio el poder y su fuerza desde la niñez, pues me controló, que no sirve ser desobediente, no contestar las palabras y no sirve hacer cuando no hay respeto. Así que valoro mucho la educación que me regaló. Mi papá y mi mamá aguantaron hambre, mi mamá sintió bastante dolor, tristeza, sentimiento, hambre y cansancio, y muy pesado sufrimiento cuando me crecí. Hicieron su lucha y su esfuerzo tanto mi papá como mi mamá para buscar dinero y poderme crecer y tener mejor salud. Y me amaron los dos y para ellos fue una felicidad que les daba a mis papás.

Y gracias a Dios, porque también veo a mis hijos y cómo los tengo que educar, según lo que me habían enseñado mis padres. Cuando estamos chiquitos no comprendemos cuando nos dicen algo nuestros padres y nos molestan. Ahorita que estoy analizando, en ese entonces estaba muy equivocada. Me siento alegre y contenta por el conocimiento que tengo, con los grupos y con las mujeres en donde estoy. Tengo mucha alegría porque mis papás me dieron la información de cómo cuidarme, de cómo ser buena para mi futuro.

Mi papá dejó que saliera a caminar a otra ciudad para que encontrara trabajo para ser maestra. No pude ser maestra, pero ahorita estoy en una organización aprendiendo a organizar a las personas. Hay muchas maneras de entrar. He logrado utilizar el conocimiento para atender algunas enfermedades. He salido y participado en talleres en comunidades, encuentros, foros nacionales e internacionales, y me da mucho gusto tener espacios de trabajo y logros para el futuro.

Tengo hijos, pero no por eso me voy a detener. Hasta el momento aún no lo entienden muy bien, pero cuando algún día sean papás o mamás, tal vez ahí lo comprenderán. De las experiencias que les voy a dejar, ellos escogerán cuáles fueron buenas y cuáles malas para que las puedan utilizar en su beneficio.

El cuerpo se acaba y queda como cultivo, pero la plática y la

his-toria van generándose, van ampliando y van complementando a otros; ésa es la lucha que estoy haciendo y me da alegría. La lucha es muy grande, muy poderosa, es como una semilla que queda.

También me animé mucho con la participación de las mujeres sobre el derecho a la tierra, pues muchas andan en busca de sus derechos de sobrevivencia, de obtener tierra. No solamente los hombres tienen derecho a comer, tanto mujeres como hombres somos iguales, así que debemos respetarnos cada uno nuestro derecho y palabra. Es triste ver cuando uno no sabe cuáles son sus derechos. Esta política social no siempre nos beneficia a todos, ya que muchos políticos nos comen nuestras raíces y las ramas, tanto a hombres como a mujeres, y es muy triste, pero de alguna u otra manera veo que las mujeres ya están ampliando su participación en las regiones.

En varios países los indígenas ya son dirigentes y eso me da mucho gusto y ha conmovido mi sentimiento y mi corazón. Lo que estoy haciendo no es por interés personal. Trabajo, pero no gano una gran cantidad, solamente para sostenerme, para seguir adelante para el futuro. En estos casos hay que buscar la manera de solucionar los conflictos y construir buenas propuestas para la buena vida y la salud. Para encontrar sus derechos y sus luchas, deben estar con sus grupos y sus pueblos, de esa forma habrá apoyo de varias personas, es decir, no hay uno ni dos, habrá un chingo.

Los políticos sólo nos vienen a engañar. Cuando están con sus gabinetes ya no se acuerdan y no nos escuchan. A los pobres indígenas, por no saber hablar español, solamente en su lengua, cuando se manifiestan ante el gobierno, no les hacen caso. A mí me da mucha tristeza esta situación, cuando a las mujeres no les toman en cuenta sus peticiones. Por eso trato de despertarlas y ubicarlas sobre algunos temas de la política de la salud indígena. Y les transmito lo que he escuchado y lo que he aprendido. Hay muchas políticas de qué hablar, como es el caso de los zapatistas. Se sabe que hay muchas mujeres en la lucha por las necesidades de sus comunidades y no lo hacen porque no quieren formar una organización. Nace por una

necesidad y en busca de apoyo hacia los pueblos. Entonces veo que es importante para las mujeres y para mí, y la lucha que estoy haciendo es muy valiosa. Es pesado, pero no debemos dejarnos. He tenido fracasos en mi lucha, pero no me dejo y lo sigo haciendo. Tengo preocupaciones, pero ahí vamos.

Cuando hay comunicación, se va uno desarrollando y se fortalece también. Me doy cuenta cuando salgo de un lugar a otro, por ejemplo, cuando viajo a las grandes ciudades, nos hemos encontrado varias mujeres y compartimos experiencias y nuestras historias, entendemos la realidad de nuestra vida y que para encontrar sus derechos y sus luchas deben estar con sus grupos y sus pueblos, de esa forma habrá apoyo de varias personas, es decir, no hay uno ni dos, sino un chingo. De esta forma podemos valer nuestra palabra por intercambio de experiencias, valor y esfuerzo.

Y, por supuesto, hay que buscar personas que nos puedan ayudar; si no buscamos, no hay cómo. Los problemas nacen a veces de nuestro orgullo, y por otro lado, con nuestras amistades. Y ayudamos cuando una persona está jodida. De esa forma utilizamos las experiencias y compartimos con ellas para que sepan cuáles son sus derechos.

A las muchachas no las dejan acudir a una reunión o pláticas sus papás o sus maridos. Si la pareja pelea, la pobre mujer es esclava, maltratada y no hay respeto hacia ella. Esto sucede cuando una mujer se deja; siempre le teme a su pareja. El hombre nos burla y nos pega cuando no hacemos nada, pero cuando actuamos con valor y hacemos saber cómo debemos vivir mejor y sin problemas, puede que logremos hacerlo entrar en razón, y no a la fuerza, quejándonos o metiéndolo a la cárcel, ya que hay muchas formas de evitarlo. Yo misma lo he logrado y he buscado como resolver mis conflictos.

Muchas mujeres temen que sus maridos las abandonen, por eso no quieren denunciar; es muy grave. Entonces les doy tranquilidad, seguridad, confianza y alegría para que puedan dialogar, como hacen los políticos y los zapatistas, que hacen diálogos para solucionar te-

mas políticos, para tener paz y mejores servicios para la comunidad. Así debe ser en el núcleo familiar. Para que tengas poder, es necesario asistir a pláticas y más pláticas y obtener más conocimientos para apoyar a los demás.

Me siento alegre cuando muchas mujeres, a las que he dado las pláticas, me agradecen, para mí es un logro. Entonces veo el fruto de mi trabajo, muchas mujeres ya participan casi al ciento por ciento, y los hombres ya las dejan también.

Por eso es muy importante participar y salir afuera. A los foros y encuentros que se han hecho por parte de la organización, me llega la invitación y asisto. Aunque no conociera nada en las ciudades, pero es bonito saber y escuchar lo que hay en otros lugares y aprender de otras experiencias nuevas y buenas. Entre los lugares que he visitado están: Oaxaca, Quintana Roo, Distrito Federal, Yucatán, Belice, Morelos, Puebla, Veracruz, Guatemala y Alemania. Estuve en varios lugares por invitación de otras organizaciones hermanas.

En una de las experiencias recientes, al visitar Alemania, vi cómo están trabajando, casi de la misma forma que en Chiapas, en rescatar y difundir sobre la salud de las mujeres alemanas. Nuestra visita fue para el intercambio de experiencias con las mujeres. Me sentí muy alegre, porque nunca me imaginé que pisaría esa ciudad. A pesar de que no tengo estudios ni llegué a la secundaria solamente a sexto año, gracias a Dios llegué a conocer ese santo lugar, ya que es muy diferente de mi lugar nativo. Estuvo muy interesante la plática de cómo están trabajando. Porque también ahí hay partes que no les reconocen ni les respetan sus valores culturales. Las experiencias que vi en ese lugar casi son similares a los problemas en Chiapas, porque no les quieren reconocer sus conocimientos a las mujeres parteras. En ese país intercambiaron experiencias sobre las plantas medicinales y de cómo se están organizando en sus grupos; hacen foros de mujeres, foros de parteras, contra la violencia a mujeres, por los derechos de las mujeres, encuentros de derechos de género. También hay pláticas sobre enfermedades venéreas, sida,

cáncer y otras. De esa forma estuve participando.

En otra ocasión llegó una convocatoria para participar en un concurso nacional que se llevó a cabo en Tuxtla Gutiérrez, fue mi primera oportunidad, en 1984. Escribí mis experiencias sobre las participaciones que he tenido con las mujeres de la comunidad.

El segundo concurso fue internacional y se llevó a cabo en el Distrito Federal, donde nuevamente redacté mis experiencias de trabajo y las experiencias de mi propia vida.

Me sentí muy bien, porque me dieron alegría, ánimos, aunque me faltaba hablar bien el español. En mi participación en la plenaria tartamudeé un poco por no saber español, pero la experiencia y el conocimiento de mi trabajo la tengo, sé cómo defender a mi pueblo, a mi gente y a mi comunidad.

A base de mi lucha y mi esfuerzo gané el premio de la Juventud 1985. Mi reconocimiento fue un diploma por tantos años de lucha y esfuerzo, y me siento muy contenta.

Actualmente sigue mi lucha y no digo mentiras a la gente ni las engaño ni mucho menos soy alzada con ellas. Ya soy mujer de respeto y de hacer respetar a otras, mi lucha es participar, concientizar y compartir experiencias. Y eso me agrada bastante.

Ésta es mi historia. He aprendido mucho y sigo aprendiendo. Tal vez alguna(os) no me crean, tal vez porque no han sufrido como yo, o no han tenido dolor, por eso no sienten nada.

Trato de vivir y no sentir tantos problemas en mi vida. Hay momentos dulces y amargos, pero no me dejo vencer. Mi cuerpo se ve que camina, mi cuerpo anda, pero no saben cuál es mi sentir. Mis sueños me dicen muchas cosas, así me he salvado de los peligros. Desde chiquita también sufría, mis papás me atendían, pero no muy bien, porque no sabían cómo hacerlo, sobre todo porque soy la primera hija y a mi papá y a mi mamá les faltaba experiencia. A veces me enfermaba y sucedieron muchas cosas; tuve suerte y ando acá todavía. Por eso les platico mi historia, para que sepan lo que fui y lo que ando haciendo. Y para que otras mujeres se-

pan y se atrevan a contar sus experiencias y sus tristezas, o ideas buenas y su buena vida también.

Tenía miedo de contar mi historia, pero para mí es como un regalo que les doy y que lo siembro; dejaré mi historia, mi palabra y mi experiencia, ya que algún día mi cuerpo no estará.

Quien quiera conocer mi historia, ahí estará para las nuevas generaciones. Entenderán cómo construir una buena vida, una buena organización y a tener flores sanas para las nuevas generaciones, será como construir poemas con nuestra vida.

Cuando escucho que hay mujeres a las que les hacen daño o las maltratan, siento que soy yo; por eso hago las pláticas con las mujeres, les doy información, las animo y les doy valor para que se defiendan de los abusos.

Ésta es mi historia, lo que pasó en mi vida, lo que pude contar. Ojalá que sirva a las otras compañeras cuando se sientan débiles.

Muchas gracias por escucharla.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en septiembre de 2009

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC